Fray Mocho

Revista Semanal



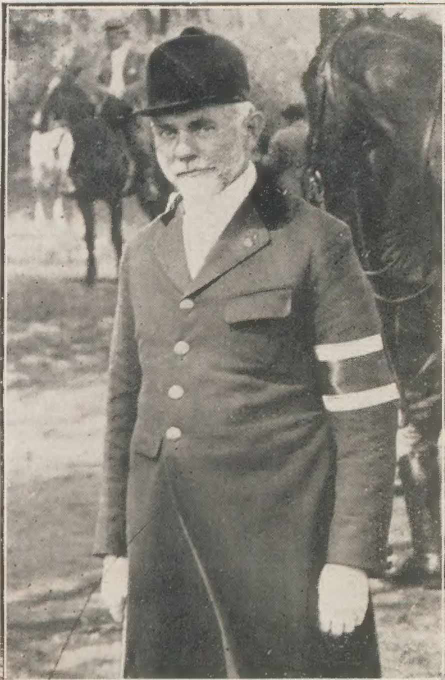


"AMAPOLAS"

POR G. DARBOUR

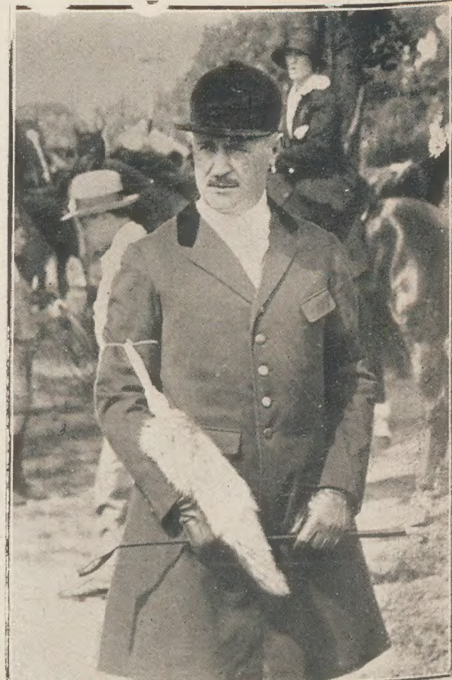
N°. 862

Cacería del zorro organizada por el Club Hípico Alemán



Señor Alberto Pass, director de la cacería





Señor Rodolfo Walser, que hizo de zorro



Un par de simpáticas y hábiles amazonas



Una pareja que dió bastante que hacer al zorro



Otra yunta que puso en serios aprietos a la vulpeja



La cabalgata dirigiéndose al lugar de la cacería.

FRAY MOCHO

Fundado el 3 de Mayo de 1912

Dirección, Redacción y Administración. CERRITO 607

Año XVII

Buenos Aires, octubre 30 de 1928

No. 862

LOS GRANDES DEPORTES, por Rojas



*Atletas de porvenir,
mostraron tales progresos,
que se hicieron aplaudir
cuando lograron batir
el "record" alzando pesos.*

EL MALVADO

Por León Walmsley

No existe ningún camino que conduzca a Kaveli; ningún modo de llegar, excepto a través del lago, cuyas aguas eran cruzadas por el "Alice", perteneciente a la Asociación Comercial Sudafrina, o los nativos especialmente contratada. Kaveli, que aspira al título de poblado, aunque sólo es un mísero caserío en los confines de la civilización, está limitado al Este por las altas cumbres de los Mapana; y el lago tan límpico y azul, que circunda por el Oeste y el Sud, se pierde en el inmenso pantano Pi tí Piti, que se extiende, viscoso y fétido, sobre una superficie de casi cien leguas cuadradas. Kaveli tenía el orgullo de poseer un centenar de chozas indígenas, un almacén general de la Asociación Sudafricana y una casa edificada en la pared rocosa de las montañas, destinada al intendente, único blanco, autoridad y representante en aquel lugar.

Sturdee, el intendente, estaba preparando el informe mensual cuando un sirviente lo interrumpió para anunciarle que una embarcación, con un hombre blanco por pasajero, se acercaba a la costa. Inmediatamente se dirigió al borde del lago a tiempo para ver desembarcar a un hombre alto, moreno, de aspecto severo, que sin vacilación se adelantó hacia él.

—¿Señor Sturdee?—preguntó— Yo soy Heald, de la policía de Natal; espero que no le causaré molestia; pero, posiblemente, usted adivine el objeto de este viaje.

—No; no sé por qué ha venido. Sólo... que fuese Peters; me había olvidado; pero espero que no sea nada serio.

Heald sonrió.

—Es un asunto bastante serio. ¿Todavía está allá?

—¡Que yo sepa, sí! — respondió el intendente.

—Entonces, esperará. — contestó el recién llegado.

No eran muchos los visitantes a Kaveli, especialmente en la estación de las lluvias; así es que, aunque Sturdee sintió cierta antipatía hacia Heald, no por eso dejó de acogerlo con hospitalidad.

—Tengo un dormitorio disponible — dijo, — de manera que no se ocupe de tender la carpa. Acompáñeme a mi casa, que todo está su disposición.

Cuando hubieron terminado de cenar, el intendente invitó a su huésped a ocupar el balcón de la casa, que estaba expuesto a las pocas brisas de las montañas, y allí, en sillas de bambú, fumaron y conversaron hasta entrada la noche.

Cuando el intendente le alcanzó su caja de cigarros, Heald se mostró muy complacido.

—Le agradezco su atención — dijo, extendiendo la mano para tomar el licor que el sirviente había servido. — Uno no espera tantos agasajos en un lugar como éste.

—¡Ah! — contestó Sturdee, sonriendo, — le sorprendió que cambiara de traje para cenar. ¿Y por qué no? Precisamente en un lugar como éste es tan fácil dejarse llevar por la pereza y la indiferencia, que uno necesita aferrarse a los detalles de cultura y civilización para no perderla por completo. ¿Sabe que usted es el primer hombre blanco que he visto desde que empezaron las lluvias?

—¡Caramba; no lo envidio!

Después de mirarlo un largo rato en silencio, el intendente contestó:

—Pues no lo envidio a "usted". No tiene una tarea muy placentera si tiene que atravesar el pantano. ¿No podría decirme qué es lo que busca? Como él paró algunos días aquí, me siento interesado.

—¡Naturalmente! — contestó.

—Ambos somos representantes de la ley. Es una historia interesante hasta cierto punto, y no tengo inconveniente en narrársela, pues le aseguro que me molestaría bastante si al fin no resultase ser... pero su verdadero nombre es Stardman. Doctor Félix Stardman, y está acusado de ser el autor de un crimen.

—¡Crimen! — Sturdee se incorporó. — ¡No puedo creerlo! ¡Si el hombre tiene la cara de un santo!...

—¡Sí; y le falta el pulgar de la mano izquierda! — interrumpió Heald con frialdad. — Ese es un detalle más interesante, desde el punto de vista de la policía. Nunca oyó hablar de Stardman, ni de ese asunto holandés? Hace ya algunos años, durante el último de la guerra. No causó gran sensación entonces, porque teníamos otro concepto de la vida.

Heald se detuvo para echar algunas bocanadas de humo.

—Stardman estaba practicando en Durban, después de haber regresado de una de las universidades americanas. No era una gran figura social, pero, científicamente, no había quien lo igualara. Una inteligencia brillantísima, que se dedicaba más especialmente a las enfermedades tropicales y subtropicales. Trabajaba mucho entre los nativos y atendía a su consultorio solamente para poder continuar con sus experimentos, que, como usted se puede imaginar, le acarreaban muchos gastos. Bueno; después Stardman se casó. ¿No se ha fijado usted cómo, generalmente, esos estudiosos eligen a sus esposas... de otra clase social? Ella pertenecía al elenco de una compañía teatral de último orden, y creo que su único fin era pescar un marido rico. Era bonita, sí, y no transcurrió un mes antes de que se casaran.

Nuevamente el policía calló, pero Sturdee no interrumpió el silencio, sino que miraba el ascua del cigarro de su visitante como si estuviese fascinado.

—Eso fué durante la guerra, y Stardman, que era americano, se ofreció como voluntario. En mil novecientos quince lo mandaron al Frente Oriental y su trabajo fué magnífico, sobre todo en el nuevo tratamiento de la disentería; pero un holandés se llevó el mérito, aunque ignoro los detalles. Inesperadamente volvió y no pudo telegrafiar porque los movimientos del buque eran mantenidos en secreto. Entró en su casa para encontrar... bueno... ya se imaginará... y los mató a los dos. Al menos eso es lo que creemos, porque no hay testigos oculares del hecho. Se le vió ocupar un "riakshaw", que lo condujo desde el puerto hasta la casa, y después... nada. ¡Desapareció! Imposible interrogar a los sirvientes, porque horas antes la esposa les había concedido permiso para salir de paseo.

Por primera vez el intendente interrumpió el relato y con voz intensa preguntó:

—¿Está convencido de que Peters es el mismo Stardman?

—¿Si lo estoy? — y Heald sorbió el licor. — Sí; teóricamente... lo estoy. Si su amigo, allá en el pantano, me permite sacar una impresión de su pulgar derecho y ella coincide con la que encontramos en la culata del revólver, convendrá conmigo en que tengo suficientes pruebas como para arrestarlo, aunque no resulte ser el Stadman de quien hablé.

El intendente le sirvió "whisky".

—Así está bien, gracias. No; sin soda. Tengo un poco de fiebre —dijo Heald—y lo voy a tomar puro, para ver si me compone.

Sturdee se sirvió, y, bebiendo a sorbos, quedó pensando en los detalles que acababa de oir. Tres meses antes, él y el hombre que dijo llamarse Peters estaban sentados conversando en ese mismo lugar. Podía verlo, ahora, alto y delgado, muy delgado, frisando en los cincuenta años, con ese aire retraído peculiar a todo hombre que se entrega a una vida estudiosa. Los ojos hundidos bajo una frente ancha e inteligente, eran de un azul claro y la parte inferior de la cara, semioculta por una escasa barba, aumentaba la expresión benévola que animaba a todo el rostro. Los quince días que duró su permanencia en el lugar los habían pasado en la misma forma, conversando todas las noches sobre el Africa; su suelo, su clima y la vida del país con relación a los experimentos que hacía Peters. El médico tenía fe en su trabajo y la gran ambición de su existencia era librar para siempre al continente de sus más terribles plagas.

¡Este hombre era un criminal, huyendo de la justicia! Sturdee suspiró hondamente:

—¿No ha tenido noticias desde la fecha en que se cometió el crimen hasta el momento en que recibió los detalles últimamente?— preguntó. Su huésped sacó del bolsillo un tubito y tragó dos píldoras de quinina antes de contestar.

—Hemos conseguido seguirle la pista, más o menos. Llegó primero a Inglaterra y luego a Nueva York. Posiblemente usted oyó hablar del famoso doctor Brandt, el cirujano que hizo tantas maravillas en prótesis facial. Bueno; sabemos que Stardman lo visitó en su clínica y sospechamos que como antiguos amigos y compañeros de estudios que eran, Brandt le habrá ayudado a desfigurarse en parte. Nunca pudimos llegar al

LAS VOCES

—¿Quiénes son esas almas armoniosas
que llenan de cadáveres el huerto?
—Son las rosas
que ayer han muerto.

—¿Por qué fluye en silencio la corriente?
¿Por qué no canta el surtidor perlado?
—Es que la fuente
se ha secado.

—¿Qué voz suspira queda? ¿Qué congojas
lloran en el follaje tanta melancolía?
—Es la agonía
de las hojas

—¿Qué horror solloza solitario y lento?
¿Quién llama a media noche a nuestra casa?
—Es el viento
que pasa.

—¿Quién abrió la bodega? ¿Quién remacha
los odres viejos y su vino vierte?
—Ha sido el hacha
de la muerte.

—Y ese obstinado bronce que golpea en la calma
de la noche, ¿es conjuro, blasfemia ú oración?
—Ese es tu propio corazón,
que dobla a muerto por tu alma.

José MARTINEZ JEREZ

fondo del asunto porque el cirujano falleció repentinamente en un accidente de automóvil; pero estamos seguros, segurísimos, de que no tuvo tiempo de colocarle un pulgar postizo.

—¡Esa fué una treta inteligentísima! — continuó Heald con entusiasmo y admiración. — Un hombre puede alterarse la cara por completo en pocos meses y creo que esa sería su intención: ocultar totalmente su identidad. Pero nosotros poseíamos dos datos importantísimos; primero, la falta del pugar izquierdo, y segundo, el interés, la pasión que tenía por sus estudios. Sabíamos que tarde o temprano llegaría a las regiones tropicales y, con paciencia, esperamos.

En diciembre, la policía de la costa oriental africana envió un mensaje respecto a un hombre blanco radicado cerca de Nyanza, que era popularísimo entre los nativos porque sabía curar de todo, hasta resucitar a los muertos, según aseguraban los indígenas. Carecía del dedo pulgar de la mano izquierda; pero cuando llegamos sólo nos encontramos con la noticia de que había curado varios casos de lepra, y de la enfermedad del sueño; aparte de esto, nada.

—Entonces, desde el crimen — dijo Sturdee — este hombre no ha hecho otra cosa que dedicarse a beneficiar a la humanidad.

—Sí, y también a huir de la justicia. La gran pasión de su vida está en el éxito de sus experimentos, y le aseguro que si no hubiese sido por su remedio para la disintería hubiese estado yo bastante mal, en Fort Jackson. ¡Me curó en seguida!

Sturdee se rió amargamente.

—Es una ironía, ¿verdad?, que usted esté persiguiendo al hombre que posiblemente le salvó la vida.

—En la policía la vida entera es una ironía; y como ya he dicho no tenemos tiempo para el sentimentalismo. ¡Si ese hombre fuese mi hermano, ello no me impediría cumplir con mi deber!

—¡Ah! ¡Usted hace del deber un dogma!

—¡El "deber" debe ser el segundo dios de cada hombre!

—Entonces, ¿cuál le parece que será el "deber" de Stardman? ¿Qué haría usted en su lugar? ¿Se entregaría a la justicia sabiendo que le costaría la vida, y comprendiendo que estaba en su poder aliviar los sufrimientos de la humanidad?

—Si hubiera hecho lo que hizo él... sí: me hubiese quedado en esa habitación hasta que llegaran las autoridades, sometiéndome a la justicia. Ese sería el deber de cada hombre.

—Y causaría, indirectamente, la muerte de miles de personas. Verdaderamente no me parece muy lógico.

—¡Qué me importa la lógica! — exclamó Heald con vehemencia—. ¡Ahora se deja vencer de nuevo por el sentimentalismo! Si un hombre le quita la vida a otro, debe entregar la suya: esa es la ley de Dios y de los hombres, y — Agregó con énfasis — eso debe bastarles a todos.

—En ese caso — continuó Sturdee haciendo caso omiso del enojo de su huésped — si usted le quita la vida a un hombre, cuya desaparición signifaca la muerte de muchas personas inocente, usted también es culpable.

El rostro de Heald se contrajo y miró con dureza al intendente.

—Peters es, posiblemente, un gran amigo suyo. No quiero ofenderlo, pero... casi parecería que usted no tuviera mayor interés en que la justicia lo alcance.

El intendentente no contestó: miró al caserío que se extendía a sus pies, al lago y, en la lejanía, al pantano de cuya fétida superficie se elevaban espirales de neblina pestilente. Cincuenta lenguas más arriba, en medio de ese infierno de microbios y enfermedades mortales, el hombre de quien hablaban se había radicado, arriesgando su vida con tal de estar cerca de las incubadoras naturales de aquellas pestes que anhelaba dominar. ¿No era esto castigo y expiación suficientes? ¡Seguramente la destrucción de dos vidas tan inútiles quedaba compensada por la salvación de otros miles de seres! ¿Cuántas personas buenas, honradas y laboriosas, habían muerto de la enfermedad del sueño, de lepra y de malaria, mientras Peters o Stardman (qué importaba el nombre) estaza a punto de destruír la plaga?

Heald se levantó de su silla llevándose una mano a la frente al tiempo que decía:

—Este... sabe... discúlpeme, no; retiro esa última observación que hice.

—Gracias — le contestó el otro—. Es un amigo, a cierto modo, y me afectó profundamente todo esto que usted me ha contado. ¿Se siente mal? Le conviene acostarse ahora mismo. El viaje que lo espera es terrible, no se lo envidio. ¡Hace un calor...! — Y golpeó las manos llamando a un sirviente—. Juma lo atenderá y, entretanto, yo avisaré al guía y al botero. ¿Le agrada que le sirvan el desayuno a las seis?

—Eso es; perfectamente. Quisiera partir temprano para evitar el calor.

Sturdee lo acompañó hasta su habitación y después de volver al balcón para terminar el "wisky" servido en su vaso, echó a caminar rápidamente por el angosto sendero que se extendía desde su casa hasta el lago. Se detuvo frente a una choza, llamó, y un negro, de gran estatura, abrió.

—¿Eres tú, Amazi?

—Sí, "bwana n'kubwa".

—Escucha bien; hay trabajo para tí. ¿Conoces al gran doctor blanco que vive en Matumba? Dos horas antes de que salga el sol debes partir para allá. No hay cartas, pero le dirás que vienes de Kaveli para prevenirle, y después le dirás muy lentamente: Stardman. ¡Dilo ahora!

El negro lo repitió; hasta que al fin consiguió la pronunciación perfecta.

—No hablarás de esto con ningún hombre, Amazi, entiéndelo bien; y cuando vuelvas tendrás adecuada recompensa.

—¡Obedezco, "bwana n'kubwa" parto en secreto y antes del amanecer el pantano me habrá tragado!

Sturdee visitó otra choza donde vivía el guía que había prometido a su huésped y luego volvió muy pensativo a su casa.

x x x

El laboratorio era una choza de paja, de forma rectangular, que no tenía más aspiraciones arquitectónicas que amparar del sol durante el día y de los insectos y demás insectos tropicales, durante la noche. Una larga mesa, hecha toscamente, ocupaba todo el largo de la habitación, y sentado ante ella se encontraba un hombre con su atención fija en el lente de un microscopio. A su izquierda, varios tubos de ensayo con tapones de algodón reflejaban los rayos de la lámpara a petróleo, a cuya luz trabajaba. De tiempo en tiempo alzaba la cabeza y hacía algunas anotaciones, muy rápidamente, en su cuaderno, como si le pesara perder siquiera por una fracción de tiempo las maravillas que le revelaba el instrumento. Una sola vez se detuvo para consultar otro cuaderno, y al terminar la lectura, en sus pupilas brillaba una mirada de triunfo. Retiró el cristal que había estado observando; colocó un nuevo portaobjetos bajo el lente, volcó una gota de xiloi y ajustó el objetivo con manos algo temblorosas. Sacó el pañuelo del bolsillo y se enjugó la frente, y en el instante en que se disponía a comenzar una nueva observación sonó, desde el otro lado de la cortina de paja, la voz de su sirviente.

—"Bwana n'kubwa", soy yo, Alí.

El doctor se incorporó contestando con severidad.

—¿Qué quieres, Alí? ¿Acaso has olvidado lo que te ordené?

—"Bwana", ha llegado un hombre que viene desde Kaveli. Trae un mensaje de gran importancia para vos. Dice que sólo a vos podrá repetirlo.

—Tráelo aquí, entonces.

Se apartó la cortina y apareció Alí acompañado de Amazi, que estaba bañado en sudor.

EL ARBOL

Alma, serás un árbol al borde del camino,
solitario y benéfico, como un buen pensamiento,
tendrás una ramita que abrigue cualquier trino
y un poquito de sombra para cualquier tormento.

La vida irá a tus piés dolorosa y sonriente,
llegando con suspiros, partiendo con canciones,
el que esté fatigado que a tus plantas se siente,
los amantes que labren en tí sus corazones.

Serás el solitario que sociedad acoje,
sé buena por bondad y no por recompensa,
dá tu fruto, no importa si un malo le recoje,

que el fruto es siempre fruto, ya se pierda o se coma,
—pasen las almas... pasen, escúchalas y piensa
que las vé entre tus ramas, la divina paloma.

Fernán Félix de AMADOR

LA MUERTE

¿La muerte? Quedé pasmado. Y, apenas abrigué al corazón algún aliento para respirar, y, muy torpe de lengua, dando trasijos con las razones la dije:

—Pues, ¿a qué vienes?

—Por tí — dijo.

—¡Jesús mil veces! Muérome según éso.

—No te mueres — dijo ella; — vivo hasta de venir conmigo a hacer una visita a los difuntos. Que, pues, han venido tantos muertos a los vivos, razón será que vaya un vivo a los muertos y que los muertos sean oídos. ¿Has oído decir que yo ejecuto sin embargo? Alto, ven conmigo.

Perdido el miedo la dije:

—¿No me dejarás vestir?

—No es menester — respondió. — Que conmigo nadie va vestido, ni soy embarazosa. Yo traigo los trastos de todos, porque vayan más ligeros.

Fuí con ella donde me guiaba. Que no sabré decir por dónde, según iba poseído de espanto.

En el camino la dije:

—Yo no vea señas de la muerte, porque allá nos la pintan unos huesos descarnados con su guadaña.

Paróse y respondió:

—Eso no es la muerte sino los muertos, o lo que queda de los vivos. Estos huesos son el dibujo sobre que se labra el cuerpo del hombre. La muerte no la conocéis, y sois vosotros mismos vuestra muerte. Tiene la cara de cada uno de vosotros, y todos sois muertes de vosotros mismos. La calavera es el muerto, y la cara es la muerte. Y lo que llamáis morir es acabar de morir, y lo que llamáis nacer es empezar a morir y lo que llamáis vivir es morir viviendo.

Francisco de QUEVEDO.

—¡Vete, Alí! — dijo el doctor y mirando al otro negro, agregó— ¡Avanza! ¿Qué deseas de mí?

—He venido, "bwana n'kubwa" — respondió Amazi con aplomo— desde Kaveli, para advertiros — se detuvo y luego, imitando perfectamente la voz del intendente exclamó — Stardman.

El médico se incorporó súbitamente.

—¡Qué dices! ¡Explícate!

—No, Gran Maestro, eso es todo; no puedo decir más. "Vengo desde Kaveli para advertiros".

El hombre blanco miró con asombro al nativo y lentamente comprendió.

—¿Hay extraños en Kaveli? ¿Hombres blancos? — preguntó.

—No, maestro; sólo uno. Llegó ayer tarde, en un bote desde Fort Jackson. Anoche durmió en la casa del "bwana" intendente.

—Y ahora... ¿dónde está ahora?

—¡"Bwana", no sé! Pero mi hermano me dijo que al amanecer se embarcaría para Matumba. Hubo una tormenta y llovió mucho y yo me amparé en M'pitu, en la casa de Alí-bin-Nazar. Pero para ellos no habría amparo, se atrasarían, tal vez no lleguen hasta mañana, ¡Maestro, no sé!

—Has hablado bien — dijo el médico expresándose lentamente. Dile a Alí que te dé comida y mantas. ¿Sabrás guardar silencio?

—"¡Kveli, kweli, kwana n'kubwa!" — respondió el negro, retirándose. El médico se sentó mirando a la cortina de paja con la expresión de una persona que ve cosas pasadas. Extendió el brazo, tomó un estuche de plata, lo abrió y extrajo de su interior una jeringa. La llenó cuidadosamente con una dosis de morfina que se inyectó en el antebrazo izquierdo; se pasó por el cutis un algodón empapado en yodo y, después de un momento, continuó sus observaciones en el microscopio.

Como un monstruo prehistórico la embarcación nativa surcaba las aguas pantanosas y al atardecer de ese día la proa se abrió camino entre los juntos que rodeaban el único lugar posible de desembarco en Matumba. La tripulación, compuesta por cuatro nativos, saltó al agua y arrastró el bote hasta que se hundió suavemente en el barro, y, recién entonces, el hombre que se acurrucaba en la popa se movió. Levantóse lentamente como si tuviese los miembros entumecidos y como al pisar tierra tambaleara, dos negros corrieron en su ayuda.

—Casa... hombre blanco — dijo en swahili y la respuesta en el mismo idioma fué casi incomprensible a sus oídos.

—Mazuri... mazuri, Bwana n'kubwa... karibu, — dijo el negro, agregando en inglés.— Cerca... cerca.

El laboratorio estaba apenas a unos cien metros de distancia; pero para Heald, que luchaba contra la fiebre que lo consumía, cada paso le pareció una legua. Dos negros lo sostenían uno de cada lado y también ellos habían agotado sus fuerzas. El bote se había hundido con la tormenta del día anterior, por suerte en aguas poco profundas, pero todas las provisiones estaban perdidas y los alimentos que se habían recibido en casa de Alí-bin-Nazar eran pocos. Sin ninguna piedad, el hombre los había obligado a lanzar el bote nuevamente al agua y desde entonces habían remado y arrastrado la embarcación sin cesar.

Uno de los negros se cayó y Heald, de un puntapié, lo hizo levantar; pero el hombre estaba exhausto y a los pocos pasos volvió a tambalear. El policía no se ocupó más de él y continuó con uno solo para ayudarlo. Al través de la puerta entreabierta de la choza vió brillar una luz y Alí salió al encuentro de los recién llegados.

—¿Hablas inglés? — le preguntó Heald **bruscamente**.

—Sí, patrón: lo hablo. ¿Quiere ver al Bwana doctor? Allí, Bwana; espere, yo aviso.

Pero Heald no le dió tiempo para moverse. Sosteniéndose todavía del hombro de su sirviente apartó a Alí hacia un lado y abriendo él mismo la puerta sacó su revólver para recibir al hombre que avanzaba a su encuentro.



EL GUARDA (al bañero). — Vaya usted corriendo y avise al secretario del Comité de Moralidad mientras yo me quedo vigilando sin quitarle ojo.

—¿Doctor Peters? — El hombre se detuvo al ver el arma; pero su rostro no varió de expresión.

—Ese es mi nombre... sí. ¿Usted es...?

—¡Arriba las manos! Lo siento pero... estoy algo enfermo... usted queda Stardman... arrestado. Luz muy fuerte... quite... luciérnagas — e hizo un ademán como para espantar a los insectos; el revólver se deslizó de su mano y dando algunos pasos inseguros cayó a los pies del hombre para cuyo arresto había atravesado medio continente.

—¡Llama a los otros. Alí, pronto! — ordenó el médico sin perder la calma.

El negro volvió con dos más y entre todos alzaron al enfermo, llevándolo hasta un banco largo, donde lo extendieron como en una camilla. Stardman, con absoluta serenidad, comenzó el examen. Colocó el termómetro bajo el brazo de Heald y le ordenó a Alí que le oprimiese bien el brazo mientras indicaba al otro sirviente que trajera una almohada, mantas y agua caliente. Desnudó el abdómen y con manos suaves le palpó el brazo; observó la temperatura y con una aguja esterilizada le perforó el lóbulo de la oreja para conseguir unas gotas de sangre, que colocó en una solución. El sirviente volvió con dos botellas de agua caliente que colocó a los pies del enfermo; le levantaron la cabeza para acomodar la almohada y le cubrieron con las mantas, de modo que el mayor calor posible se mantuviera alrededor del cuerpo del enfermo.

—Bien. Eso es todo, dijo el doctor. — El "bwana" está muy enfermo y más tarde te necesitaré otra vez, Alí. Ten preparada mucha agua caliente y ofrece hospitalidad a los sirvientes del "bwana"

Los nativos se alejaron, cerrando la puerta, y entonces el doctor se inclinó sobre el enfermo, sonriendo levemente.

—¡Heald! — dijo, hablando consigo mismo. — ¡Ah! ¡Sí te conozco, detective Heald, a pesar de esa terrible barba que tan feo te hace! ¡Pobre diablo; tienes la fiebre negra! ¡Es mejor que estés inconsciente, porque es muy doloroso estar vivo cuando en realidad se está muerto! ¿No lo sabías? ¡Qué oportunidad, ésta: qué oportunidad!

Tarareó una canción mientras cruzaba el laboratorio y examinaba un tubo de ensayo que había colocado en un h rnillo de cobre, calentado por una lámpara de alcohol. Le quitó el tapón e insertó un delgado alambre de platino que hizo girar hasta raspar bien los lados del tubo; volvió a su asiento y continuó trabajando durante media hora. Al cabo de ese tiempo examinó nuevamente al enfermo, tomándole la temperatura y el pulso, y luego llamó a Alí para que cambiara las botellas, operación que pronto fué realizada. Sólo nuevamente el doctor volcó en la jeringa un líquido rojo que contenía uno de los tubos de ensayo, y extendiendo yodo sobre una superficie relativamente grande de la pierna de Heald, hundió profundamente la aguja y esperó a que la última gota del líquido desapareciese del tubo la jeringa; colocó después una gasa sobre la diminuta herida y con las mantas volvió a cubrir al enfermo.

Stardman se pasó un pañuelo por la cara, con sumo cuidado desinfectó la aguja y la guardó, volviendo a las anotaciones que preparaba en el momento en que tan bruscamente fuera interrumpido por la visita del detective.

AMOR Y CONOCIMIENTO

La vida es una escuela de libertad, de tolerancia, de comprensión y de ternura. Pero solemos ser malos discípulos. La Filosofía, el Arte, la Historia, nos ofrecen altas y puras contemplaciones, nos brindan mágicos secretos, pero a condición de que nosotros nos dejemos guiar de su noble desinterés —cuanto más nos emancipemos de toda personal preocupación, cuánto más nos abracemos con las cosas, más pronto y mejor nos dirán ellas su último sentido. Sólo entonces, sobre esta base de lucidez y amor, podremos libremente, segura y plenamente, poner en ejercicio nuestras actividades y prestar a las obras que estudiemos todos los desarrolos ideales, toda las evoluciones del pensamiento y de la fantasía; porque así, aunque la exaltemos y las conmovamos también, en cierta manera, de su medio histórico, será sobre su cimiento real, justo y objetivo, dilatando y acreciendo su propio ser, renovando sus propias fuerzas interiores y substancia Porque al identificarnos así con ellas, al meternos en sus entrañas, al pensar y sentir lo mismo que sus artífices — en lo esencial, y salvo las diferencias naturales de tiempo y evolución, — haremos lo que sus autores harían si viviesen hoy y juzgasen sus propias creaciones.

Cuando yo voy a contemplar estatuas atenienses, cuando leo poemas griegos o latinos, procuro distraer por un instante mi espíritu cristiano, mi estética romántica, mis gustos modernos, todos los cuales me inclinan con violencia al arte dinámico, al principio de la expresión moral y a las revelaciones hondas del "carácter". Intento y logro, merced a la tolerancia, a la sensibilidad y la cultura, transportarme a los tiempos de Fidias y Virgilio, sentir la augusta serenidad, la majestuosa armonía de su arte, que es la suma prefección del ideal humano; comprender el decoro, la elegancia y la nobleza de aquellos varones hijos predilectos de las Gracias y de las Musas; vivir a mi solaz en el mundo clásico, en las edades de oro de la forma, en aquellos siglos florentísimos de inmarcesible juventud.

Para juzgar a un hombre, para conocer a un pueblo, para descubrir los rasgos esenciales de una sociedad, hay que acercarse a ellos lo más que se pueda, estudiarlos en su medio histórico, hacernos, por un momento siquiera, ciudadanos de su país, huéspedes de su morada, amigos suyos, hermanos suyos — pues lo somos — en vez de aborrecerlos y aniquilarlos con feroz intransigencia. No hay conocimiento posible sin un poco de fé, sin un mucho de amor.

Ricardo LEON.

x x x

El enfermo abrió los ojos y trató de orientarse, cosa harto difícil para uno que ha estado durante tres días vagando tan cerca de las sombras de la muerte. La habitación le pareció familiar; sí, reconocía la hilera de tubos y frascos, y la noche anterior, cuando por un momento las sombras se disiparon, recordó haber visto a un hombre que lo cuidaba. Fué bueno y solícito con él, y ¿tenía barba o lo había soñado? El nombre, el nombre... No; a pesar de sus esfuerzos no podía recordarlo.

—¡Vamos, vamos! ¿Todavía tiene sueño? — Heald miró y vió al hombre de la barba que se inclinaba sobre el lecho.

—¡Beba esto! — le ordenó colocando un brazo alrededor de los hombros del enfermo.— Pronto se repondrá; — acercó una copa a los labios de Heald, quien bebió todo el contenido. — ¡Perfectamente! — exclamó el médico, y al ver que Heald se despertaba por completo, se sonrió.— ¿Es fuerte, eh? Bien; ahora tiene el cerebro despejado y puede pensar con claridad. ¿Se acuerda de mí, Heald?

—Sí, sí; lo recuerdo. Hace un momento, cuando entré, me sentí mareado. ¿Me desmayé, no? ¡Pues me parece, Stardman, que esta vez usted ha ganado! ¿Qué piensa hacer ahora?

—Voy a conversar con usted, Heald. Ha sufrido un ataque bastante grave de fiebre negra, esa terrible aliada de la malaria que tantas vidas se ha llevado. Usted debe permanecer quieto, ¿comprende? Yo no le molestaría ahora si no fuera porque es necesario que me escuche. ¿Cómo se siente? ¿Puede pensar con claridad?

—Sí — contestó Heald con tono seco—; supongo que usted se imaginará por qué vine.

El doctor se sonrió y acercó una silla.

—¡Naturalmente! Además, examiné sus papeles; la fotografía era particularmente interesante y debo felicitarlo por varias cosas. Es cierto que yo soy Stardman y que maté a mi esposa y a Edwards; había intentado darle una buena paliza, nada más, el tonto sacó un revólver y accidentalmente mi esposa recibió el proyectil... después de eso, me pareció que perdía el juicio.

—¿Hará una declaración escrita de los hechos que acaba de referir? — preguntó con ansia el detective.

—No es necesario — contestó el médicó. — No quiero hacer ninguna alusión personal cuando digo que me fué relativamente fácil evitar mi arresto. Tenía siempre presente la ambición de mi vida, y cuando sucedió eso estaba efectuando unos experimentos sobre malaria y la fiebre negra. Desde entonces he continuado mis estudios en ese sentido, sin más que tres interrupciones debidas a su perspicacia. Cuando me vi obligado a partir de Uganda, el año pasado, estaba a punto de hacer un descubrimiento; cuando por fin encontré el para mí hospitalario pantano de Pití Pití, calculé que necesitaría seis meses para completar mi trabajo. En mis cálculos no tuve en cuenta su inteligencia, pero ahora "he triunfado".

Stardman se encaminó á su mesa de trabajo para volver con un tubo de ensayo en las manos; lo alzó a la luz y Heald vió que contenía un líquido color rubí. Con un aire de casi infantil orgullo, el doctor habló:

—¡He triunfado, y usted, Heald será el primer testigo blanco de mi victoria! ¡Aquí, en este tubito, está lo que ha formado la ambición de mi vida, la substancia, el suero que!... — su voz comenzó a temblar y sólo con dificultad pudo sobreponerse a su emoción. — ¡Escuche! El punto culminante de mis experimentos llegó hace dos semanas. He buscado durante años una cura para la malaria y su terrible complicación; la fiebre negra; no voy a entrar en todos los detalles; me será suficiente decirle que considero esta substancia como el remedio que tanto busqué. Probé primero con un negro; normalmente, hubiese muerto en dos horas; en cambio, esta mañana lo vi trabajando. Desde entonces he curado doce casos de malaria y cinco de fiebre negra; pero esto no me satisfizo, pues quería probar si el remedio producía efecto en un hombre blanco. Usted comprenderá lo imposible que era eso para mí, ya que debía huír de las autoridades! ¡Entonces tuve una inspiración! ¡Me inocularía yo mismo la fiebre negra, para después efectuar la cura! Sabía cómo se hacía esto, pues ya había contraído la malaria. Hace siete días que la enfermedad se manifestó en mí; realicé la operación curativa, y, ya lo ve, estoy sano.

—Me sorprendió que usted llegase así, repentinamente — continuó el doctor. — Al principio no supe qué hacer, porque estaba dando término a la monografía que había preparado y era importante que el mundo no perdiese los datos allí anotados. ¡Después, resultó magnífico! ¡Otro hombre blanco curado de la fiebre negra! ¡Le inoculté la enfermedad, y ayer pasó el momento crítico que definiría el éxito de mi experimento! Anoche recobró usted el conocimiento y hoy está curado... y yo... he terminado las anotaciones. Tres días y tres noches he trabajado... sin cesar y... ahora.. estoy... cansado.

Los ojos se cerraron y dejó caer la cabeza sobre su pecho; con un esfuerzo la volvió a erguir.

—Ahora tengo que apresurarme — continuó el doctor—; la inyección que usted ve en este tubo es un poderoso veneno: es la antitoxina que hay que inyectar ocho días después de la primera, pues de lo contrario la curación no será completa, sino, por el contrario, fatal; es lo que le voy a dar ahora.

Una expresión de temor apareció en el rostro del detective.

—Vea, Stardman; éste... déjese de historias; yo estoy bien. Creo que no necesito más inyecciones.

El médico no contestó. Sacó un frasco verdoso de un estante, y se acercó a Heald, pero el detective, de un golpe, hizo caer el frasco al suelo.

Stardman recogió el frasco que afortunadamente no se había roto; pero el tapón había saltado, permitiendo que se derramara casi todo el contenido.

—¡Alí! — En seguida apareció el fiel sirviente, acompañado de otros 2, y a una orden de su amo sujetaron al enfermo, que con débiles esfuerzos pugnaba por librarse. Lentamente Stardman inyectó el escaso contenido del frasco en la pierna de Heald, vendándola y, terminada la operación, se dejó caer en una silla.

—¡Una dosis, la última que quedaba, pero suficiente! En tres días Heald estará curado.— Luchó para respirar pausadamente y continuó.—Cuando vuelva, quiero que me haga un favor. Allí, sobre la mesa, está mi monografía y otros papeles; quiero que lleguen a las autoridades médicas. Le dije que me dí la primera inyección; pero la segunda sólo usted la tomó, porque volcó el suero que tenía. Estoy débil... los muchachos lo atenderán... ¿comprende? los... papeles...

—¡Stardman! — exclamó. — Usted es un demonio o el... el... hombre más bueno que he conocido en mi vida. Lo sabré pronto... si vivo.. Stardman...

Era inútil hablar más, inútil llamarlo; el doctor, con la cabeza hundida sobre el pecho y los brazos caídos a cada lado, se quedó muerto en la silla.

SAFO

(Del libro "Poemas y coloquios", segunda edición, corregida y aumentada, que acaba de aparecer)

Al músico y poeta Sr. José M. Oyuela.

En la noche hermosa fué Safo a la ribera
de extraña angustia herida su alma de ruiseñor,
en rumorosas playas de hirvientes ondas, era
con su ansia irremediable ya amargura, ya amor.

Desde la húmeda arena o en lo alto de la roca
miraba el astro, el agua, la tiniebla en el mar;
y un oleaje instantáneo besó su ardiente boca,
cual si el mar en la noche la fuese a acariciar.

Los cabellos flotantes, en el turbión de espumas,
amada, en otros años creía renacer;
y ante el cielo de estrellas, de vagarosas brumas,
sola, olvidada, la onda tras la onda vió crecer.

Presentía en las sombras un ya escuchado acento,
la voz que viene en éxtasis a gemir y adorar;
y al estruendo de la ola y al murmurio del viento
los brazos suplicantes tendíanse a implorar.

Brilló en el mar la luna, de entre la onda fluía
de remotos confines la paz en su fulgor;
a Safo la onda hirviente con amor la atraía
y al oído le hablaban las gracias y el horror.

En el sueño las Musas con la hiedra sagrada
le dieron el tesoro de la gloria inmortal,
y al despertar, en la urna de la noche estrellada,
vió en su dolor lo eterno y en su amor lo fatal.

Fué al mar en el arrobo de indecibles anhelos,
llenaba las riberas su llanto y su pasión,
y rasgada la túnica de vaporosos velos,
de amor, de angustia y muerte clamaba el corazón.

La brisa, el mar, el cielo la envolvían en una
voluptuosa gracia de ardor y juventud;
con su belleza a solas al rayo de la luna
se tornaba inefable delicia en la inquietud.

En olas y en riberas vagó una melodía
suspirada en la queja de ignota confesión;
el corazón en ansias de amores respondía
en la hora en que despierta la extinguida ilusión.

En la espuma y el viento la voz irresistible
flotaba en el misterio del mar en soledad:
era entre vagos sueños lo hallado y lo imposible,
caricia en la esperanza, martirio en la ansiedad.

Se hacía honda la noche con tan dulce lamento,
y a la noche en su pena Safo pudo sentir;
sollozaba, en la ráfaga del mar se oyó su acento,
venía del misterio y aun llega al porvenir.

¿Quién en su alma tañía en la ebriedad del llanto?
¿La voz era ella misma que se puso a llorar?
Al despertar del éxtasis de agonía y encanto
la luna y el lucero brillaban en el mar.

En el bosque, en las playas, en la nube, en la aurora,
la amargura de Safo buscó reposo y paz;
y en su mente angustiada que lagracia atesora
dijo el amor: mañana, dijo el dolor: jamás.

* * *

Después de tantos siglos Safo está siempre sola
frente al mar en la noche. ¿La oyó mi alma hablar?
La oía en el acento del viento y de la ola;
y ella, ¿qué voz escucha? ¿Qué va a pedirle al mar?

Arturo MARASSO.

A la luz de la luna

Por Sebastián Gomila

Noche de primavera. Un copioso aguacero durante la tarde dejó en las plantas y flores del jardín un lagrimeo profuso. Las sendas enarenadas relucen. Las hojas parecen salpicadas de diamantes. Despejado el firmamento tras de la ventolera, la luna es clarísima; el cielo, bruñido; la atmósfera, diáfana a más no poder.

En el fondo, la mole del edificio señorial proyecta sombra esquinada. Chorrean luz de los altos ventanales.

Soberbio preludio primaveral, aportando el airecillo efluvios balsámicos, brindis de amores.

María Luz ha descendido cautelosamente por la escalera lateral, cuya balaustrada bordan los jazmines. Previamente hizo lo propio Angel Ruiz, aprovechando el tropel de la animada fiesta.

Danzaron juntos momentos antes. No quiso ella darle una noticia infausta al son de un tango ni a los acordes de un foxtrot.

Es María Luz una joven misterio, con asomos de retozona a veces, con ribetes de sentimental otras. Algunos le achacan un romanticismo modernizado o una mezcla de espiritualidad y granjería. Hija de los Escobedo, frisa ya en los venticuatro y tiene en perspectiva un fortunón.

Es Angel Ruiz un mozo de sentido. Físicamente perfecto, cultivado, finísimo, un si es no es donjuanesco. Si no el novio oficial de María Luz, poco le falta para ello. Se le ve con buenos ojos, no solamente por sus prendas personales, sino por algo más: por borrar un sesgo amoroso de la joven hacia un galán todo pasión y méritos, pero no grato a los padres.

Al preferido no deja de amoscarle la inclinación pretérita de María Luz. Más que atosigarle, infúndele un prurito irónico. Y no siempre acertó a contenerse. Si alguna vez la joven mostró su desagrado, recalcó Angel Ruiz con este argumento:

—¡Un soñador!... Y qué sabemos si en lo que soñaba era en lo práctico del asunto!...

Rompió ella con el soñador, con Luciano Guillén, mitad por obediencia, mitad por displicencia. En rigor, no se había adentrado del todo el querer. Y aceptó a Angel Ruiz casi en igual forma. Sin embargo, quedóle un resquemor. ¿Merecía éste realmente ser amado? Siquiera en Luciano Guillén había un alma. ¿La poseía entera y verdadera Angel Ruiz?

x x x

Llegó la noticia por radio. Con igual rapidez fué comunicada a los Escobedo. Pero los Escobedo adoptaron una discreción suma con respecto a su hija. Esta lo adivinó más que lo supo.

Luciano Guillén había sufrido un accidente de automóvil...

En el silencio, entre dos ringlas de arrayanes, están ella y él frente a frente.

—¿Qué deseabas decirme a solas, María Luz?.

—Preguntarte si es cierto..

—¿El qué?

—Lo del accidente...

—¿Cuál accidente?

María Luz dentellea la punta del abanico y clava sus ojos egipcios en la faz del joven, que a la luz de la luna adquiere tonos marmóreos.

O finge Angel Ruiz, o nada sabe.

Son posibles ambas cosas. ¡Porque es tan vago, tan vago lo que ella acertó a oír, aunque tan atroz el presentimiento!...

El joven parece todo avidez.

La hija de los Escobedo, pronta en discernir, se dice en unos segundos que puede ser piadoso en esta ocasión el fingimiento, como puede explicarse el desconocimiento. Y el rápido fulgor de sus pupilas lo vela un asomo de llanto.

E insiste:

—¿No te has enterado?

—¡Habla!... Me intranquilizas. No sé...

María Luz se estremece.

El frescor de la noche, la humedad en torno, la brisa sutil, ponen puntitos múltiples en sus desnudos brazos y su garganta. Tal vez juegan papel también la incertidumbre y algo sospechado de improviso.

Hace ademán de volver al salón. Y da unos pasos hecha una autómata.

x x x

Angel Ruiz, cada vez más intrigado, la detiene.

—Está la noche hermosa... No han de notar nuestra ausencia... ¿Es algún secreto lo que no osas decirme?... Soy hombre de honor y te amo de veras.

Se detiene otra vez la joven, y torna a mirarle con una fijeza indecible.

Luego, sin desviar la mirada incisiva, va diciéndole:

—Luciano Guillén ha sido víctima de un accidente de automóvil...

El semblante de Angel Ruiz se ha contraído de un modo extraño. Un rictus especial intenta ocultar una sonrisa delatora.

La orquestina, adentro, ha empezado un one-step.

María Luz ha desviado la vista con repugnancia, y enfila como una flecha por el sendero hacia el grupo de jazmines.

Ha alcanzado ya los peldaños cuando el galán repite:

—Escucha... Pero... ¿cómo ha sido?

Sólo se detiene la joven para decirle:

—¡Eres una mala ánima!... ¡Antes muerta que tuya!...

Y, hecha un hada, penetra en la mansión, confundiéndose entre el bullicio para no soltar las lágrimas ni descubrir su angustia.

La sonrisa truncada de Angel Ruiz fué una revelación para ella.

Por el jardín vaga una sombra que adquiere proporciones y caracteres fantásticos. Ora parece la de un titán, ora la de un pigmeo.

PUEBLO IDEAL

—¿Es saludable esta localidad?

—Sí, señor. Figúrese que para inaugurar el cementerio nuevo tuvimos que pedirle un cadáver prestado al pueblo de al lado.

ALGO GRAVE

El doctor. — Tiene usted que preparar a su marido para lo peor.

La mujer. — ¡Oh, doctor, ¿es que se muere?

El doctor. — No; es que le voy a prohibir la cerveza".

CASO CURIOSO

—Ayer he visto a un sordomudo que no podía hablar.

—¿Cómo es eso?

—Tenía atadas las dos manos.

MALA SUERTE

—Esto es desesperante; no encuentro sombrero para mí en ninguna sombrerería.

—¿Tan grande tiene usted la cabeza?

—No, señor; mi cabeza es como las demás, pero es que yo quiero un sombrero fiado.

LA TRIUNFADORA

La madre España tenía
bajo su cielo andaluz
todo el germen de la luz
que sobre la tierra había.
Pero sucedió que un día
para colmar tus antojos,
tanta luz puso en tus ojos
que sin ella se quedó,
y de entonces se alumbró
con la luz de tus sonrojos.

Cuando vibran la epopeya
del redoble tus tacones,
se postran los corazones
a la zaga de tu huella;
hay un resplandor de estrella
en tu alta frente triunfal,
y suena a grito augural
el ¡olé! de tu garganta
que se me antoja que canta
en jaula de oro un zorzal.

En un antro de verbenas
multiplicó el mayorazgo
la idiosincracia del rasgo
en la sangre de tus venas;
entre alegrías y penas
te vió la noche nacer
y a fuerza debiste ser
en loor del atavismo:
¡estandarte de idealismo
arreado por el placer!

Mensajera de ilusiones
que cruzas la vida en guerra,
como tajando la tierra
con el haz de tus canciones.
Bien me sé que tus blasones
no son de una estirpe real,
naciste en el arrabal
y es más alta tu valía
porque te dió la poesía
un alma de madrigal.

Con el lirismo a la espalda
vas cantando por el mundo
como un astro vagabundo
en un cielo de esmeralda;
ya levantando la falda
por mostrar la pantorrilla;
ya luciendo la mantilla
o agitando el peinetón
eres el hondo pregón
de las glorias de Sevilla.

Cuando besan tus manilas
sobre los senos cruzadas
a las garzas asustadas
de tus dos pezones lilas;
se coloran tus pupilas
con fiebre de ansias extrañas
y son como dos hurañas
mensajeras del deseo
que en un loco devaneo
te quemaran las entrañas.

Cuando aspiran afanosos
tus donaires atrevidos
a triunfar de los olvidos
de los viejos y los mozos,
lanzan tus ojos hermosos
flechas de luz a granel
y los vas prendiendo a el
capricho de tu alma loca
como se prende a la boca
un panalcito de miel.

Flor de lys de los tablados
de los circos y las plazas,
por donde quiera que pasas
hay claveles desangrados...
¡Bien haya los altivados
gestos de tu bizarría
que es tan tuya como mía
porque mi suelo y el tuyo
son la tierra del orgullo
bajo el sol de la osadía!

Tiene el chotis habanero
que musican tus caderas
mucho de las ansias fieras
de mi tango arrabalero;
nacieron al entrevero
de las pasiones caldeadas,
son dos almas hermanadas
a un ensueño vagabundo
que reparte por el mundo
caricias y puñaladas!

Tienen bajo el mismo sol
Don Quijote y Santos Vega
la misma estirpe manchega
y el mismo bizarro rol;
en idéntico crisol
forjaron sus esperanzas;
rompieron líricas lanzas
por la dama y por los fueros
cual cuadraba a caballeros
de las antiguas usanzas

Por la gloria y por la gracia
de tu carne hecha poesía,
por la suprema ardentía
que a su alrededor espacia,
claudica mi aristocracia
su penacho y su altivez,
para dejar a los pies
de tu hermosura coqueta
mis blasones de poeta
y mi espada de marqués!

M. CIRES IRIGOYEN

FIEBRE

Por Ernesto Mario Barreda

Acaba de llegar del pueblo, después de galopar las cuatro leguas, sintiendo como un aro de hierro que le oprime la frente y en el estómago esa náusea constante... Cuando vió el montecito de acacias, se le alegró el corazón. Pero ahora, mientras desensilla el cebruno, siente que el rancho y los troncos de los árboles le dan vuelta, suben y bajan, hasta marearlo. Después de soltar la cincha, apoya la frente sobre el cojinillo...

—Me ha agarrado feo, parece... Murmura por fin, levantando la dabeza y respirando con toda el alma.

En el pueblo hay peste de gripe y él se ha quedado allí tres días velando a la madre de Montoya, que está en la capital. La enterraron ayer, porque se le complicó con bronconeumonía. Era muy viejita y falleció. Cuando el hijo vuelva, ya no la encontrará en la estación, esperándole como solía...

Efraim Dillon, con un gran esfuerzo, consigue sacarle el recado al caballo y... ¡tras! allá va todo al suelo. Después, con mano desmayada, apoyándose en el pescuezo del animal, llega hasta deslizar la cabezada y el freno, que vienen al suelo también.

Sin saber cómo ha llegado hasta allí, se encuentra sentado al lado de la cama, en el interior del rancho, por cuya ventana abierta penetra el rosado resplandor de la tarde que se pone. Algo húmedo y tibio l e roza las manos.

—"Gaucho"... Murmura, acariciando la cabeza del perro. Suspira de nuevo, quisiera poder arrojar en un suspiro aquella opresión del pecho. Se alivia un poco, pero luego vuelve otra vez.

Lo mira el "Gaucho" con sus grandes ojos inteligentes. Deja oir un levísimo quejido y cuando la mano lo acaricia, resopla relamiéndose con su larga lengua escarlata. Es un ovejero de sedoso pelaje bayo, que Dillon crió y enseñó desde cachorro.

—"Gaucho"... Repite. Yo estoy enfermo... me ha agarrado feo, sabes, pichicho... bueno: si yo no puedo... no puedo... ¿eh, qué iba a decirte?... ¡ah!... si yo no puedo, vos te las vas a arreglar solo... ya sabés... sacás las ovejas... las pastoreás... y... sí... ¿eh?...

El perro comprende que algo le pasa a su dueño, porque apoya las patas delicadamente sobre sus rodillas, reposándole en el hombro la fina cabeza. Le da unos golpecitos y resopla. Parece que le dijera:

—Patrón, ¿qué tiene?... no se apure que ya sé... ¡estése tranquilo!

Dillon no sabe que el perro hace rato ya que ha encerrado la majadita. Es una tarea que cumple diariamente y no tiene mayor importancia. Si el patrón no estuviera así, ni siquiera le hubiera hecho el agravio de recordarle su deber. Pero el patrón ha venido así... "Gaucho" no sabe como explicarse aquello y lo mira con tristeza.

Dillon parece dormitar ahora, la cabeza caída sobre el pecho. Transcurre una media hora. Por fin abre los ojos y pasea una mirada alrededor, con las pupilas encendidas y el aire atónito de un alucinado. El perro descansa echado en un rincón. Empieza a obscurecer.

—¡Ah!... —dice.—Tengo sed... ¡agua! Grita casi con sobresalto. Sí, agua... Agrega más calmado, como si al decir "agua" por segunda vez, hubiera recién penetrado el sentido de la palabra. Se incorpora pesadamente y sale al patio, vacilando como un hombre ebrio. Se apoya en un palo del alero y mira hacia el pozo. Piensa que si tiene que sacar el agua, está embromado: los brazos le pesan como si fueran de plomo.

Pero, no: cuando llega hasta el brocal, ve que el balde está lleno. ¿Lo sacó él?... Sí, él sacó un balde de agua y lo dejó allí... Hace muchos días...

—No me acuerdo...

Murmura, hundiendo los labios en el agua, como hacen los caballos. Bebe con ansiedad, sintiendo que una dulzura inefable le refresca las entrañas. Bebe con los ojos cerrados, largo rato, y después suspira... Aquello le ha hecho bien, y piensa que al regresar al rancho, debe llevar una provisión de agua, porque no sabe si tendrá fuerzas para volver allí más tarde... Mira alrededor. No ve ningún recipiente para trasvasar el líquido y entonces, como sacudido por una idea, saca el cuchillo de la cintura y corta la soga al ras de la manija. Y con el balde de agua, se vuelve al rancho, dejando un reguero por el camino. Ya es casi de noche. Pone el balde sobre una silla al lado de la cabecera, para tenerlo al alcance de la mano y después de desnudarse con gestos febriles, se mete en la cama. Da diente con diente, se arrebuja hasta los ojos, parece que duerme...

Una noche de verano, llena de estrellas, se curva inmensamente sobre el rancho y el montecito de acacias. El suave perfume de las flores se esparce en el aire y de la tierra brota un vaho tibio, que la brisa lleva y trae, junto con el vuelo de las luciérnagas fosforescentes. A un lado del rancho, bajo la arboleda protectora, está el colmenar sumido en el reposo y el silencio. Hay más de cincuenta colmenas allí, todas ellas nacidas de los dos enjambres comprados por Dillon hace cuatro años. Más allá, pasando el alambrado, viene el alfalfar.

"Gaucho", echado a la puerta del rancho que ha quedado abierta, duerme un sueño ligero. En la obscuridad interior sólo se oye la respiración jadeante del enfermo, su constante desasosiego, que le hace agitarse y rebullirse. De pronto se sienta en el lecho y suelta una carcajada. Le brillan los dientes a la vaga luz de las estrellas que penetra por la ventana. Se oye que dice, con una voz saturada ya por quien sabe qué felicidades extraterrestres:

—Si ahorita me muriera... ¡qué lindo sería!

Y ríe, ríe, largamente, en la obscuridad lúgubre del rancho, mientras el perro que se ha levantado al oir su voz, se acerca al lecho y empieza a lamerle una mano abrasada por la fiebre...

* * *

El sol ya alto, penetra a raudales por la ventana y la puerta. El enfermo duerme con la cara congestionada. Su respiración es siempre anhelante y la lengua reseca se esfuerza en un constante paladeo por humedecer los labios ardientes.

El interior del rancho es sencillo. Aparte de la cama de pino de tea, hay un pequeño lavatorio de hierro, en cuyo espejo turbio se refleja en ese instante un trozo de cielo, por donde navega una lejana nube blanca. Luego la mesa y el modesto pupitre, con algunos libros amontonados en desorden. Más allá, en un ángulo, el ropero que hace también las veces de aparador.

Sobre un caballete descansa una montura nueva. De las paredes penden varios retratos descoloridos y un calendario atrasado en cuatro o cinco días. El suelo, de madera, está limpio, y todas las cosas presentan un cuidado relativo.

Efraim Dillon abre los párpados y pasea por la pieza la mirada de sus ojos enrojecidos [illegible]

espanto en la ventana, aunque detrás del vidrio no se ve otra cosa que el cielo y las ramas de un árbol.

—Las abejas... todas las abejas están por entrar... ahora se me echan encima... me ahogan... me ahoogan!...

Se arroja del lecho y corre a la ventana, con ánimo de cerrarla. Pero en la mitad del trayecto se

LA RISA

Se nos fué la risa de los niños, la risa de los dioses; ya no desborda nuestra alma, y nos tortura la sed. La música de la risa se cambió en hipo; se cambió en mueca la onda pura que resplandecía sobre los rostros nuevos. La risa ahonda nuestras arrugas, y revela mejor nuestra decrepitud.

La risa noble se volvió alevosa. El signo de la alegría plena se convirtió en signo de dolor. Si oís reir, es que alguien sufre. Hemos hecho de la risa una daga, un tósigo, un cadalso. Se mata y se muere por el ridículo. Nuestro patrimonio común parece tan ruin, que el poder consiste en la miseria ajena, y, la dicha en la ajena desventura. Nos repartimos aviesamente la vida, y nos reconfortaba la agonía del prójimo. Náufragos hambrientos, apiñados sobre una tabla en medio del mar, nos alivia el cadáver amigo que viene a refrescar las provisiones. Entonces reímos, enseñando los dientes.

¿Dónde están las carcajadas que no rechinan y rugen y gimen, las que no hacen daño?

Es cómico perder el equilibrio, caer, y chocar contra la realidad exterior, que, cómplice de los fuertes, siempre burla. Por eso el justo es risible; ignora la realidad, ya que ignora el mal. Por eso no es digna de risa la doblez, sino la confianza; no la crueldad, sino la blandura de corazón. Un loco malvado no será nunca tan grotesco como un loco generoso. ¿Quién lavará el celeste, semblante de Don Quijote, escupido por las risotadas de los hombres? También los hombres se rieron de Jesús, y le escupieron.

Aunque no sea más que en efigie, el público necesita risa, necesita sangre. La risa es casi todo el teatro.

Y siendo el dolor de cada uno el dolor de los demás, manifestado fuera de ellos, la risa universal es un quejido. Escuchadla bien, y descubriréis en ella los espasmos del sollozo. No hay mayor amargura que reirse de sí mismo, y estos es a lo que cualquiera risa se reduce. La risa llora y maldice. Es la convulsión del animal enfermo; el aullido de pavor ante el desastre. Es la rebelión contra la fatalidad de haber nacido; así la risa, ensuciando la fuente del amor, ha inventado la obscenidad y ha degradado nuestros cuerpos; ha deshonrado el deseo y ha hecho de la reproducción un espectáculo bufo.

Y es preciso reir, hasta la muerte y hasta de la muerte. Mal necesario, al realizarse desaparece. Riamos para limpiar de nuestro espíritu el júbilo salvaje, y para marchar serenos hacia nuestras víctimas.

Rafael BARRET

detiene, girando como un entontecido, y concluye por volver a acostarse. Tropieza con el balde y bebe ansiosamente.

—Mancha de sol, en forma de espiral...

Murmura después, y se queda adormecido. Recuerda esa lámina vista en el tratado de astronomía y le parece que todas las abejas de su colmenar se han puesto a volar en un remolino espeso, a millones, siguiendo la forma de aquella mancha solar, que simula el vértigo de un enorme embudo...

En la puerta aparece la figura del "Gaucho". Ya hace rato que ha cumplido su labor matinal, echando las ovejas al potrero. Son unos doscientos animales, que Dillon se ha traído del Sur, después que vendió todo y se vino. Las tiene por gusto, aunque sabe que le arruinan el campo. Pero es un retazo chico, bien alambrado, para que no le pasen al alfalfar. Y se da el placer de tener una majadita, recordando mejores días...

"Gaucho" sabe abrir las dos tranqueras, la del corral y la otra más grande del potrero, que a veces se pone difícil cuando los postes se retiran y la gran argolla no calza bien. Sabe abrirlas y cerrarlas, solito.

Ahora aparece en la puerta del rancho, a ver qué le sucede al patrón. Mira con una gravedad casi humana y no hallando respuesta satisfactoria, resuelve tener paciencia y esperar. Se tira al suelo, con los párpados entornados, como si pensara...

Dillon abre otra vez los ojos y lo primero que ve es el perro. Sus maxilares se mueven, mastican, puede decirse, una maldición, y tomando una bota que pesca al tanteo de abajo de la cama, se la arroja furiosamente. El proyectil va a dar en la cabeza del perro, que lanza un grito y se para asombrado...

—¡Ahijuna!... yo te voy a dar perro atorrante!

Y detrás de la bota salta Dillon otra vez de la cama, manoteando algún objeto que felizmente no llega a encontrar. El animal sale del rancho lentamente, después de mirarle con ojos tristes.

—¡Andá a cuidar las ovejas!... ya te dije... ¿qué te dije?... ¡ah! sí... y ahorita no vas a entrar más, porque te voy a cerrar... la puerta...

Y trastabillando se acerca a la puerta y la cierra, echando el pasador. Después se vuelve de nuevo, a la cama, no sin mirar con angustia hacia el vidrio

—Las abejas... ahí están otra vez... y ya dije que me ahogan... se me paran aquí... ¡saquen!... ¡saquen!... en forma de espiral... de espiralcito...

Repite dos o tres veces "espiralcito", como si el diminutivo le consolara inmensamente. Después suspira y vuelve a quedarse aletargado.

Ya son como las diez de la mañana. El campo está todo inundado de sol y sobre el alfalfar florecido vuelan las abejas y cantan los pechocolorados.

Ribí... Chicuí... chuííí...

Se oye el cantito saturado de campestre tristeza, y se ve subir en el aire la mancha negra de la avecilla, que luego desciende con las alas abiertas como un doble abanico, mientras la luz se refleja en su pecho de fuego.

Ribí... Chicuí... chuííí...

Las ovejas se han echado, buscando la sombra junto al alto cerco de macluras, y allí rumian precipitadamente, como si estuvieran apuradísimas por terminar aquello y empezar otra vez a pacer.

"Gaucho", después de dar un paseo alrededor de las casas, ha vuelto a tenderse delante de la puerta. Su mirada es triste, y ni siquiera las moscas, que a veces le paran en las orejas, consiguen sacarle de su taciturna apatía. Allá, en su alma de perro, parece que se remueve el dolor de la primera injusticia. Pero cumple con su deber. Y allí está junto a la puerta, por si el patrón lo llama. A veces ha tratado de entrar, oyéndole dar gritos, reír y llorar como una criatura. No ha podido: la puerta está cerrada.

Realmente, adentro, las cosas no van muy bien. Por la cabeza de Dillon empiezan a desfilar asuntos viejos: los episodios de un amor que tuvo hará diez años, cuando estudiaba derecho allá en la Capital. Este recuerdo le hace sentarse en la cama y apostrofar a una visión imaginaria.

—¡Rosaura, que me engañaste! yo te acuso, yo... te fuiste con el otro... después... mancha de sol en forma de espiral... Rosaura, mancha de sol... mancha de sol...

Al terminar esta retahila curva las cejas de un modo mefistofélico y se deja caer sobre las revueltas cobijas. Su lengua parece de cartón revolviéndose en una boca de arena. No hay una gota de saliva en sus glándulas, como si toda la humedad de su cuerpo se hubiera evaporado. La boca abierta, los ojos en blanco; se queda así, tirado de espaldas, jadeándole la respiración entrecortada. Para un rato...

La verdad es que Dillón tuvo una novia, Rosaura Ocampo, que había venido del Rosario a estudiar, y vivía con unos parientes. Estaban ya comprometidos para casarse, en cuanto él se recibiera de abogado. Pero un día, su madre que era viuda, le había enviado al Chaco santafesino para ver unas tierras que le querían comprar. Allí hizo relación con un tipo, y por él supo que Rosaura, antes de marchar a la Capital, había tenido un desliz, huyendo del hogar con un fulano que luego la abandonó... Los padres la trajeron a la casa. Pero se vieron obligados a mandarla a Buenos Aires porque la vida en la ciudad natal se le había hecho poco menos que imposible.

Efraim Dillon no volvió más a ver a su novia. Informó a la madre por escrito, emprendiendo después aquel largo viaje por las costas del Sur, instalándose por fin en Camarones. Allí tuvo campo de ovejas y desempeñó durante tres años las funciones de juez de paz.

—¡Mienten!... — grita ahora el enfermo, tirándose nuevamente de la cama! — ¡Mienten!... todo el dinero está aquí... ¡aquí está! pueden verlo...

Y con paso rígido se dirige al ropero, que hace también las veces de aparador, y abre sus puertas de par en par.

—¡Pueden verlo!... aquí está, en esa bolsa...

Y señala una pila de platos. Después se tambalea y dando un tropezón va a caer, por milagro, al borde de la cama. Choca otra vez con el balde y bebe con infinita ansiedad el agua medio tibia. Al ir a incorporarse, vacila y se desploma de bruces sobre la almohada. Así queda, boca abajo, con las piernas arrastrando por el suelo.

Seguramente ha estado delirando con aquel otro asunto... Por culpa de eso resolvió abandonarlo todo y venirse del Chubut. Resultó que, siendo juez, fué a verlo un día Gerardo Ham, un hacendado de las Malvinas y le dijo:

—Dillon, quiero que usted me guarde este dinero que acabo de cobrar por unas lanas. Está todo en oro.. son unas mil setecientas esterlinas... Hágame el favor de guardármelas hasta la vuelta, pues yo voy a recorrer el territorio...

—Pero don Gerardo, ¡si no tengo ni caja de fierro!

—No importa: guárdelas aquí, en este ropero... si a usted se las roban, también me las pueden robar a mí...

Y sin más abrió el mueble metiendo adentro una bolsita con las monedas.

Entonces no había allí ninguna sucursal de Banco y Dillon tuvo que recibir aquel depósito por razones de amistad. Cerró el ropero, se echó al bolsillo la llave que desde entonces no le abandonaría jamás, y sentóse en su escritorio para extender el recibo.

—Aquí tiene, don Gerardo... ¡Dice que son mil setecientas esterlinas?

—Sí... ¿Y para qué me da esto?... disculpe, pero me parece que está demás... ¿somos amigos o no?

Y el hacendado, tomando el documento, lo hizo pedacitos.

Se fué. Pasaron los meses y un día supo Dillon que don Gerardo Ham se había ahogado al querer cruzar un río. Las mil setecientas esterlinas estaban allí. No había recibo ni existían testigos del depósito. Con la seguridad de esto, Dillon escribió a Puerto Stanley, preguntando si Ham tenía familia. Le contestaron que sí: quedaba la viuda con dos hijitos. Como complemento de los datos pedidos, le agregaban que sus negocios iban muy mal, estando a punto de ser embargada por los acreedores.

Tuvo el gusto de hacer llegar a sus manos todo el dinero. Pero al divulgarse la historia dijeron que Dillon se había quedado con la mitad, porque el depósito era una suma mucho mayor...

Cuando lo supo renunció al puesto de juez, vendió su campito y se vino para la provincia de Buenos Aires. Allí compró aquellas doscientas hectáreas, hizo un rancho y se dedicó al cultivo de las abejas, no conservando de sus aventuras patagónicas sino unos veinte lanares, que se habían mul-



—¡Ah! ¿Los conoces? ¿Qué te parece el más alto?
—Que es un imbécil.
—Pues quiere casarse conmigo.
—¿No te decía yo?

tiplicado en seguida, y el "Gaucho" su fiel compañero, su guardián solícito y abnegado.

Así vivió algún tiempo con tranquilidad, despreocupado de todo.

Por entonces, la madre murió, dejando a su custodia una niñita de cuatro años que había sacado de la cuna. Dillon la llevó con él, llegando a cobrarle un cariño entrañable. La chiquita, con sus ojos azules, grandes y brillantes como cuentas, le seguía a todas partes, mirando siempre lo que hacía. Dillon, después que terminaba cualquier labor de serrucho y martillo, le preguntaba:

—¿Qué te parece?... ¿Verdad que soy un gran carpintero?

O si estaba escribiendo cambiaba la palabra carpintero por calígrafo, o bien se decía agricultor si una mañana se había dado vuelta unas cuantas amelgas. Por eso la pequeña Lucía, siempre que lo veía trabajando, le indagaba, ya con su puntita de broma:

—*Efaim*: ¿tú qué eres?

Y él le contestaba: tal cosa. Pero una mañana que repasaba in mente sus desdichas, tuvo un vuelco de amargura en el corazón y le soltó:

—Un pobre hombre, mi hijita..

—¡No!... — respondióle la pequeña con energía. — Tú eres mi papá...

Sintió que los ojos se le anegaban y, sentándola en sus rodillas, la hizo andar a caballito para disimular su emoción. Sí: la quería como una hija.

Pero Lucía era el fruto de esos amores que ruedan entre el lodo de la calle. El mal heredado estalló de pronto sobre su frágil organismo y una meningitis se la llevó. Dillon quedó solo otra vez y ya no tuvo más amigo que el "Gaucho".

Llora el enfermo, se agitan sus brazos y quiere pronunciar un nombre. Llora y las lágrimas le corren por las mejillas. Todo en su cuerpo parece ardiente y reseco. Sólo aquella humedad fluye de sus ojos: hilo de lágrimas, agua salobre con que se apaga la sed del dolor. Esa no se seca nunca...

—Si ahorita me muriera... ¡qué lindo!... las abejas... ¡ay!... ¡ay!... otra vez... Lu... Lucía... chiquita... ¡allí está!... ¡allí está!... me llama... ¡qué lindo, si ahorita me muriera!...

Se le siente revolverse en la cama, que cruje con violencia. Ya en las primeras sombras del crepúsculo, su mano hace sonar el balde y a p oco se oye pasar el líquido a través de su garganta produciendo un chasqueante glu, glu... Luego, el balde rueda de la silla, y el resto del agua se vierte en el suelo.

La noche ha cerrado por completo; las estrellas temblorosas vuelven a aparecer en el marco de la ventana abierta.

Dillon pasea una mirada llena de estupor. Por primera vez, después de muchos días *ve* realmente las cosas que le rodean. No tiene idea de lo que le ha pasado, pero hay en él una especie de subconsciencia que le conduce de la maño a través de aquel laberinto, vagó perdido durante largas peregrinaciones.

Baja del lecho y se arrastra hacia la puerta, adonde llega después de sufrir un desmayo de debilidad. Su barba larga, su cuerpo enflaquecido, la mirada de sus ojos hundidos en dos cuencas negras, le dan una apariencia que asusta. Sin duda ha padecido mucho y sólo su naturaleza de hierro pudo salvarle, abandonado de todos.

—Pero... ¿quién habrá cerrado la puerta?... — dice haciendo un esfuerzo por retirar el pasador. La abre por fin y una bocanada de aire puro le llena los pulmones. Se sienta en el suelo, sintiendo que el sudor frío le inunda la frente Y allí sentado, ve venir hacia él un perro que parece un espectro: flaco, hasta el punto de que el pelo le arrastra, tambaleante, la mirada opaca.

—¡"Gaucho"!... — grita con todas las entrañas, tendiéndole los brazos.

Es el "Gaucho". No se ha apartado un minuto de su puerta, ni siquiera para entrar las ovejas. Hace ¿diez, quince días?... que no come ni bebe, y cuando la puerta se abre, reune sus últimas fuerzas y se mueve hacia él. Ha reconocido al patrón y algo como una risa o un llanto le contrae los labios y le hace temblar [illegible] tra[illegible] blados en el [illegible] de Dillon [illegible]mo si quisiera poner toda el alma en aquella mirada. Y cae muerto a sus pies...

A MISA

A misa tocaban
En cierto lugar,
Cuando un caballero
De cara formal
Y más de once lustros
Lo menos de edad.
A toda carrera,
Sin ver, sin mirar,
Aquí tropezando,
Cayendo acullá,
Tirando a una vieja,
Pisándole a un can,
Y siempre aumentando
La velocidad,
Derecho [illegible]
Con ansia, [illegible]
Cruzaba [illegible],
Como un [illegible]
Ya cerca [illegible],
De cara [illegible]
Con un señor grave
Que le hace parar.
Tras la topetada
Feroz que se dan.
Mas sin preocuparse
Del choque fatal
Nuestro disparado
Corredor sin par,
Tan sólo pregunta
Con viva ansiedad:
¿Querrá usted decirme
Si podré alcanzar
La misa? Y el otro
Con [illegible]n seriedad
Le dice: ¿La misa?...
Al paso que va
No sólo la alcanza:
La deja usté atrás.

Javier de BURGOS.

LA LOCA

Por F. González Díaz

Los que nos encontrábamos aquella mañana en la playa, haciendo la digestión de un suculento y bien servido almuerzo, rociado con buen vino y sazonado con mejor alegría, vimos de pronto avanzar por el arenal adelante un extraño grupo.

Formábanlo dos hombres y una mujer; un borriquillo, llevando el ronzal arrollado al cuello, les seguía perezosamente. A la distancia no podíamos distinguir las figuras; pero observábamos que la mujer, cada pocos pasos, se resistía a continuar la marcha. Entonces uno de sus acompañantes la sujetaba fuertemente de los brazos y la obligaba a avanzar. La secuestrada, que tal nos pareció, gesticulaba, defendíase con vigor extraordinario, y venciendo a veces la presión que la paralizaba, emprendía desenfrenada carrera en dirección contraria de la que los tres traían. De lejos oímos sus gritos estridentes, y alguna que otra palabra, grosera u obscena, llegaba distinta a nuestros oídos.

La mujer insultaba a los dos hombres los apostrofaba y amenazaba con los puños cerrados.

¿Cómo debíamos interceptar aquella escena desarrollada en medio de la vasta playa, sin más espectadores que nosotros, testigos lejanos e inmovilizados por el estupor? ¿Qué era aquéllo? ¿Un rapto en colaboración amigable? ¿El principio de un delito vulgar, de un drama en que desempeñaría importante papel la humana bestia?

No sabíamos qué pensar. Alguno de la partida, romántico por temperamento y por educación, creía en el drama a ojos cerrados. Y por si faltaba el drama, comenzó a urdir una novela caballeresca, de la cual él mismo había de ser principal agente y ornamento.

—¿Permitiremos, compañeros, que se consuma esta grande iniquidad? Acudamos a rescatar a la hermosa doncella de las manos de los follones y malandrines que acá la traen a mal traer. ¡Por mis barbas, que no he de consentirlo!

Esto diciendo enarboló su bastón y adelantóse resuelto hacia el grupo. Le seguimos.

Al aproximarnos pudimos apreciar mejor la situación que de lejos nos parecía tan extraña. La mujer resistíase cada vez con mayor violencia a seguir a los dos hombres; pero algo anormal había en su aspecto que causó asombro y lástima.

Tendida en la arena, lanzaba gritos roncos, guturales, desgarradores, y mordía en las manos a sus dos compañeros cuando trataban de asirla para forzarla a andar.

—¡Demonios!, gritaba, ¿qué mal les hice, desventurada de mí, para que se empeñen en llevarme al infierno?

Comprendidos que nos la habíamos con una loca.

El más viejo de los que nos habían parecido desvergonzados e insolentes raptores, inicuos forzadores de la doncellez desvalida, tomó la palabra y con tartajosa lengua nos habló así:

—Sosiéguense sus mercedes, que somos gente de bien y de paz, incapaces de hacer daño a una mosca, cuando menos a una criatura humana. Esta desdichada que aquí ven es mi hija, y este mozo que nos acompaña, es su prometido esposo. Está la pobrecita tocada del juicio, y vamos a intentar con ella la cura del mar, que es el mejor médico del mundo. Consideren sus mercedes nuestra gran pena y aflicción, y déjennos pasar.

Mientras hablaba el viejo, aprovechó la loca un momento de descuido y echó a correr "locamente", sin dejar de vociferar:

—¡Demonios, no quiero ir al infierno! ¡Mal rayo los parta!

Corrieron tras ella los dos hombres, y después de mucha brega y forcejeo, consiguieron traerla.

La infeliz clavó en nosotros un punto sus ojos errantes, con esa terrible fijeza de los locas, que miran sin ver, y nos gritó:

—¡Condenados, sálvenmé, de estos malditos! ¡Si tienen madre sálvenme!

Estaba espantosa. Revuelto el cabello, destrozado el traje, cubiertos los labios de espuma sanguinolenta, ensangrentada las manos en la lucha, parecía una furia domada, una Euménide vencida.

—¡Sálvenme, condenados! ¡Sálvenme condenados!

Y prolongó su clamorosa frase con una carcajada histérica.

El viejo lloraba. El mozo gemía.

—No seáis brutos, les aconsejamos, volveos por donde habéis venido; tened paciencia, esperad a que la loca se calme, y cuando esté tranquila, embarcadla.

-Ahora mismo replicó el viejo; ni puedo esperar, cuando mi hija se muere de esta ruinera perversa, de este endemoniado maléfico, ni estoy seguro de poder volver. ¿Creen sus mercedes que nos ha costado poco trabajo arrastrarla hasta la playa? Aprovecharemos la subida de la marea y la embarcaremos en aquella lancha que tenemos preparada para darle un paseo hasta aquella punta (y señalaba unos arrecifes). O se cura con la medicina de la mar bienhechora, o hay que darla por perdida, perdida para siempre.

Quitaron los dos hombres el ronzal al borrico y ataron con él las manos de la loca, que se defendía a arañazos, mordiscos y coces, alzando el tono de sus alaridos. Luego, agarrándola de los pies y los brazos la condujeron hasta la barca como una fiera herida e indefensa.

Nos consultamos sobre si debíamos disputar los derechos de aquella paternidad salvaje, inconsciente; pero, bien meditado el caso, nos abstuvimos de hacerlo. Era caso de conciencia.

Cuatro fornidos marineros auxiliaron a los dos hombres en la empresa de embarcar a la pobre joven. Esta, maniatada y oprimida, aún tenía fuerza nerviosa suficiente para rendir de fatiga a los que juzgaba sus perseguidores. No luchaba ya; se agitaba en horribles saltos, en sacudidas tremendas, con las cuales acabaron de hacerse pedazos sus míseras ropas y quedaron al descubierto sus carnes flácidas, sus carnes muertas, entre las manazas de aquellos bárbaros.

Y siempre el mismo grito desesperado, agudísimo.

—¡Sálvenme condenados! ¡Sálvenme! ¡No quiero irme al infierno!

Tendiéronla en la lancha, donde sus clamores redoblaron hasta llegar a ser intolerables. Un marinero le puso la mano en el pecho, otro le tapó la boca. El viejo se desplomó alzando los brazos y exclamando: "¡Al mar se la entrego!" La loca, en un esfuerzo supremo, soltóse de las garras que la sujetaban y se aferró con los dientes a una borda. Oímos el chirrido de la dentadura al hacer presa. Uno de aquellos cafres la asió por los cabellos, y de un tirón brutal la desprendió.

—¡Quieren ahogarme. ¡Sálvenme, condenados!

La barca se separó de la orilla, empujada por remeros vigorosos; pero apenas podían avanzar, porque llevaba demasiada carga; barbarie y locura.

El mar, menos respetuoso que nosotros con los derechos de la paternidad, comenzó a rugir indignado.

MOTIVOS DE SALTA

Para "FRAY MOCHO"

La Apacheta

En una encrucijada
de sinuosas veredas de la sierra,
al borde de un profundo
barranco, bajo el sol y las estrellas,
cabe un cactus de brazos alargados
que recorta su nítida silueta
sobre el azul del cielo,
se levanta un montículo de piedras.

Se acerca un aborigen
jinete en una mula cenicienta
y al llegar al paraje
el animal sofrena, echa pie a tierra,
las manos une en gesto de plegaria,
de hinojos se prosterna ,
arroja el "acullico" de la coca
e ingenuamente reza.
Es la ofrenda del indio a Pachamama,
el culto secular de la Apacheta.

Alfarería calchaquí

Junto a un muro, en el suelo
sentada, trenzas negras, traje pardo,
con el chango arropado en manta obscura
echado en el regazo,
fingiendo cuna cálida a su sueño
el bronce de los brazos,
inmóvil la alfarera
ante sí tiene cuatro o cinco cántaros
alineados y aguarda
al comprador mientras estrecha al chango.

Y las toscas vasijas calchaquíes,
el murallón de adobes maltratado
por el sol y la lluvia, madre y niño,
todo parece de uniforme barro.

Justo G. DESSEIN MERLO.

EL ALBA

Por Anatole France

El paseo de la Reina estaba solitario. La quietud de los días estivales extendíase sobre las viejas hayas cuya sombra iba alargándose hacia el Oriente, y sobre el azul tranquilo de un cielo sin nubes amenazadoras y sin brisas risueñas. Un paseante procedente de las Tullerías encaminábase con lentitud hacia las colinas de Chaillot. Era su delgadez la delgadez agradable de la primera juventud, y vestía la casaca, los calzones y medias negras de los burgueses, cuyo triunfo llegó al fin. Había en su rostro más expresión de ensueño que de entusiasmo. Llevaba un libro en la mano; su dedo, metido entre dos hojas, indicada el sitio donde interrumpió su lectura; ya no leía; a cada instante se detenía para oír el murmullo ligero, y, sin embargo, terrible, que se alzaba en París; y en aquel murmullo, más débil que un suspiro, adivinaba voces de muerte, de odio, de amor, redobles de tambores, disparos de fusil; en una palabra, todas las señales de la ferocidad estúpida y entusiasmo sublime que los revolucionarios lanzan desde el pavimento de las calles hacia la cálida luz del sol. De vez en cuando volvía la cabeza y temblaba. Cuando había visto y oído durante algunas horas, llenaba su cerebro de imágenes confusas y terribles: la Bastilla, asaltada por el pueblo, que derribaba ya sus almenas; el preboste de los comerciantes, muerto de un pistoletazo entre una muchedumbre furiosa; el gobernador, el hijo de Launay, asesinado en la escalinata del Ayuntamiento; una plebe, terrible, pálida como el hambre y como el miedo, embriagada, fuera de sí, perdida en un delirio de sangre y de gloria, desbordándose desde la Bastilla hasta la plaza de la Gréve; y sobre las cien mil cabezas alucinadas, los cuerpos de los inválidos ahorcados en los faroles y la frente coronada de encina de un triunfador con uniforme azul y blanco; los vencedores, precedidos de los registros, las llaves y la vajilla de plata de la antigua fortaleza, subían los escalones ensangretados mientras la muchedumbre los aclamaba; delante de ellos, los magistrados del pueblo, La Fayette y Bailly, emocionados, gloriosos, sorprendidos, con los pies en la sangre y la cabeza en una nube de orgullo. Después, como aún reinaba el miedo entre la muchedumbre desencadenada, al saberse que las tropas reales entrarían por la noche en la ciudad, fueron arrancadas las verjas de los palacios para servir de lanzas; fueron saqueados los depósitos de armamentos; los ciudadanos alzaron barricadas en las calles y las mujeres subieron a los tejados de las casas con muchas piedras, que debían servirles para aplastar a los regimientos extranjeros.

Tales escenas violentas se reflejaron con tintes de melancolía en su imaginación juvenil y soñadora. Entonces tomó su libro predilecto, un libro inglés, lleno de meditaciones sobre las tumbas, y se fué a lo largo del río, bajo los árboles del paseo de la Reina, hacia la casa blanca a donde día y noche iba su pensamiento. Todo es quietud en torno suyo. Ve en la orilla a los pescadores de caña sentados con los pies en el agua; y sigue con sus ensueños la corriente del río. Cuando llega a las primeras estribaciones de las colinas de Chaillot, encuentra un destacamento que patrulla el camino entre París y Versalles. Aquellas tropas, provistas de fusiles, mosquetes y alabardas, hállanse compuestas por artesanos con su delantal de sarga o de cuero, por curiales vestidos de negro, por un cura y un gigante barbudo en camisa y con las piernas al aire. Detienen a todo el que pretende pasar porque se han sorprendido señales entre el gobernador de la Bastilla y la Corte y se teme una sorpresa.

Pero el paseante es joven y su aspecto revela ingenuidad; dice algunas palabras; aquellos hombres sonríen y le dejan pasar.

Sube por una empinada calle que los sauces en flor perfuman, y se detiene ante la verja de un jardín.

Es un jardín reducido, pero las desigualdades y las revueltas de sus paseos parecen agrandarlo. Un sauce llorón humedece agrandarlo. Un sauce llorón humedece los extremos de sus ramas en un estanque donde nadan los patos. En un ángulo de la calle, sobre un montículo, se alza un cenador,, y un césped húmedo cubre la tierra delante de la casa. Sentada en un banco rústico, con la cabeza inclinada, vése una mujer de aspecto juvenil; oculta su rostro un enorme sombrero de paja coronado de flores naturales. Sobre su vestido, a rayas blancas y rosas, lleva un chal que se cruza y se sujeta a la espalda, bastante alto para alargar graciosamente su figura. Descansan los brazos oprimidos en unas mangas estrechas; un cestillo de forma antigua, colocado a sus pies, está lleno de ovillos de lana. Junto a ella una criatura, cuyos ojos azules brillan bajo los mechones de cabellos dorados, hace montoncitos de arena.

La mujer permanecía inmóvil como encantada, y el paseante, de pie, junto a la verja, no se decidía a romper aquel encanto dulcísimo. Por fin, ella levantó la cabeza y mostró un animado rostro, cuyas facciones, inocentes y redondas, tenían una franca expresión de dulzura y amistad.

La mujer permanecía inmóvil, como encantada, y el paseante, de pie, junto a la verja, no se decidía a romper aquel encanto dulcísimo. Por fin, ella levantó la cabeza y mostró un animado rostro, cuyas facciones, inocentes y redondas, tenían una franca expresión de dulzura y amistad.

El paseante se inclinó y ella le ofreció su mano.

—Buenos días, señor Germain. "¿Qué noticias me traéis?" Así dice la canción. Yo sólo sé canciones.

—Perdonadme, señora, si turbo vuestra soledad; os contemplé sola, inmóvil y me parecisteis el ángel del ensueño.

—¡Sola! — respondió ella, como si no hubiese oído las otras palabras. — ¿Sola? Esta mujer ¿está nunca sola?

El visitante la miraba en silencio, sin comprender, y ella añadió:

—Imaginaciones mías... Hablemos de otra cosa. ¿Qué noticias hay?

Entonces él refirió la terrible jornada: la Bastilla vencida, la libertad triunfante.

Sofía le oyó muy seria y luego dijo:

—Debemos alegrarnos; pero nuestro goce debe ser el goce austero del sacrificio. De hoy en adelante Francia ya no se pertenece, consagrada en absoluto a la Revolucion que ha de salvar el mundo.

Mientras decía esto, el niño se arrojó alegremente sobre sus rodillas.

—Mira, mamá: mira qué precioso jardín.

Ella le dijo mientras lo besaba:

—Tienes razón, hijo mío: nada es más grato en el mundo que construir un hermoso jardín.

—Es verdad — añadió Germain. — ¿Qué galería de pórfido y oro es comparable a una verde pradera?

Pensaba en la dulzura de llevar del brazo a aquella mujer a la sombra de los árboles.

—¡Ah! — exclamó, fijando en ella una mirada profunda:—¡qué me importan los hombres y las revoluciones!

—¡No! — dijo ella — ¡no! Yo no puedo apartar mi pensamiento de un pueblo generoso que implanta el reino de la Justicia. ¿Os extraña, señor Germain, mi acatamiento a las ideas nuevas? Nos conocemos desde hace poco; ignoráis que mi padre me había enseñado a leer en el "Contrato social" y en el Evangelio. Un día, en un paseo, mostróme la figura de Juan Jacobo. Yo era muy niña y se llenaron mis ojos de lágrimas al ver el rostro entristecido del más prudente y sabio de los hombres. Me eduqué en el odio a los prejuicios. Más adelante, mi marido, discípulo como yo, de la filosofía de la Naturaleza, quiso que nuestro hijo se llamara Emilio y que aprendiera trabajos manuales. En su última carta, escrita hace tres años a bordo del navío en el cual pereció, aún me recordaba los preceptos de Juan Jacobo acerca de la educación. El espíritu nuevo me invade. Debemos combatir por la justicia y la verdad.

—Como a vos, señora — suspiró Germain, — me horrorizan el fanatismo y la tiranía; como vos, amo la libertad; pero mi alma es débil, mi pensamiento me abandona a cada instante, no me pertenezco; sufro.

La mujer nada respondió. Un viejo empujó la verja y avanzó con los brazos levantados; agitaba su sombrero. No iba empolvado ni llevaba peluca; una cabellera larga y gris caía en torno de su cráneo calvo; su traje era de paño obscuro, sus medias azules y zapatos sin hebillas.

—¡Victoria, victoria! — exclamó. — El monstruo está en nuestras manos y vengo a traeros la noticia.

—Amable vecino: acaba de dár-

mela el señor Germain. Su madre era, en Angers, amiga de mi madre. Hace seis meses que el señor Germain llegó a París y me visita de cuando en cuando en este retiro. Señor Germain: os presento a mi vecino y amigo, el señor Franchot de la Cavanne, escritor.

—Decid, Nicolás Franchot, labriego.

—No ignoro, amable vecino, que firmasteis con ese nombre vuestra memoria acerca del comercio de granos. En adelante y para daros gusto, aun cuando a mi parecer sois más hábil en el manejo de la pluma que en el del arado, os llamaré Nicolás Franchot, labriego.

El anciano estrechó la mano de Germain y dijo:

—¡Al fin cayó aquella fortaleza tantas veces devoradora de la razón y de la virtud! Cayeron los cerrojos bajo los cuales yo estuve ocho meses sin aire y sin luz. Hace treinta y un años, el 17 de febrero de 1758, me hundieron en un calabozo de la Bastilla por haber escrito una carta acerca de la tolerancia. Por fin, hoy el pueblo me ha vengado; la razón y yo triunfamos a la vez; el recuerdo de este día durará tanto como el Universo; pongo por testigo al sol que vió perecer a Harmodius y huir a los Tarquinos.

La resonante voz del señor Franchot asustó al niño, que fué a refugiarse entre el vestido de la madre; Franchot, al ver de pronto al niño, lo alzó del suelo y le dijo con firmeza:

—Más dichoso que nosotros criatura, vivirás siempre libre.

Pero Emilio, asustado, quería desprenderse y gritaba.

—Señores — dijo Sofía, mientras secaba el llanto de su hijo.— cenaréis conmigo. Espero al señor Duvernay, que no dejará de venir si alguno de sus enfermos no lo retiene.

Y dirigiéndose a Germain, prosiguió:

—Ya sabéis que el señor Duvernay, médico del rey, es elector en los alrededores de París. Sería diputado a la Asamblea Nacional sí, como el señor Condorcet, no hubiera declinado por modestia semejante honor. Es un hombre de mucho mérito; ya tendréis el gusto de oirle.

—Joven — añadió Franchot— apreciaréis al señor Duvernay por el rasgo que voy a referiros, y en verdad, le honra. Hace dos años mandóle llamar la reina para que visitara al Delfín enfermo. Duvernay habitaba, entonces, en Sèvres, a donde un coche de palacio iba a buscarle todas las mañanas para llevarle a Saint-Cloud, residencia del príncipe enfermo. Una vez el coche volvió a palacio vacío; Duvernay no compareció. Al día siguiente la reina, en tono de reproche, le dijo:

—"Caballero, ¿cómo es posible que olvidarais al Delfín?"

—"Señora — respondió el honrado médico — yo cuido a vuestro hijo con humanidad, pero ayer me detuvo el parto de una campesina".

—¿No es un hermoso rasgo de carácter — dijo Sofía, y no debemos enorgullecernos de que Duvernay sea nuestro amigo?

—Sí; un hermoso rasgo de carácter — repuso Germain.

Una voz grave y dulce se alzó a poca distancia.

—Ignoro — dijo la voz — lo que ocasiona vuestros entusiasmos; pero me agrada que os entusiasméis. ¡En el tiempo actual se ven tantas cosas admirables!

El hombre que hablaba de aquel modo llevaba una peluca empolvada y una chorrera de fino encaje: era el médico Duvernay.

Vengo de Versalles — dijo Duvernay. — Debo al duque de Orleans el goce de veros en este día solemne. Me ha traído en su carroza hasta Saint Cloud.

Emilio puso sus manecitas sobre los botones de acero que brillaban en la casaca del médico, y Duvernay, oprimiéndole sobre sus rodillas, sonrió unos instantes a los resplandores de aquella alma inocente.

La mesa estaba dispuesta en el cenador; Sofía colgó de una rama de sauce su sombrero de paja; los rizos de sus cabellos rubios cubrieron sus mejillas.

—Cenaréis a la inglesa — dijo a sus invitados — con mucha sencillez.

Desde el lugar donde estaban, se descubría el Sena y los tejados de la ciudad, las cúpulas y los campanarios. Permanecieron en contemplación silenciosos, como si viesen por primera vez aquel París. Luego hablaron de los sucesos del día. Los cuatro estaban de acuerdo al suponer la libertad arraigada para siempre. El señor Duvernay veía implantarse un orden nuevo, y elogiaba la sabiduría de los legisladores elegidos por el pueblo; pero, lejos de exaltarse parecía que una inquietud nublaba sus esperanzas. Nicolás Franchot, menos prudente, anunciaba el triunfo pacífico del pueblo y la era de la fraternidad. En vano el médico y la señora de la casa le decían: "Una vez comenzada la lucha, no sabemos a donde conducirá; estamos en la primera victoria".

—La filosofía nos gobierna — objetaba Franchot. — ¿Qué beneficios no sembrará entre los hombres sometidos a su poderoso imperio? La edad de oro imaginada por los poetas ha de convertirse pronto en realidad. Todos los males desaparecerán al desaparecer el fanatismo y la tiranía que los engendraron. El hombre ilustrado y virtuoso gozará de todas las felicidades; ¿qué digo?; con ayuda de los físicos y de los químicos sabrá conquistar la inmortalidad sobre la tierra.

Al oirle, Sofía inclinó la cabeza.

—Si queréis librarnos de la muerte — dijo — descubrid una fuente de juventud. Sin la eterna juventud, vuestra inmortalidad me horroriza.

El viejo filósofo le preguntó, sonriente, si la resurrección cristiana la tranquilizaba más.

—Por mi parte — adujo, después de vaciar su vaso de vino,— mucho me temo que los ángeles y los santos se sientan inclinados a favorecer al coro de las vírgenes, en perjuicio del coro de mujeres maduras.

—Ignoro — dijo la señora con voz lenta y la mirada en alto, — ignoro qué precio podrán tener para los ángeles los pobres encantos formados por el limo de la tierra; pero creo que, si fuera necesario, el poder divino sabría reparar los ultrajes del tiempo, mejor que vuestros físicos y vuestros químicos. Vos, que sois ateo, señor Franchot, y no creéis en el Dios del cielo, no podéis comprender la Revolución, que es el advenimiento de Dios sobre la tierra.

Se puso en pie. Había cerrado la noche, y a lo lejos brillaban las luces de la ciudad. Germain ofreció su brazo a Sofía, y mientras los dos ancianos razonaban, los dos jóvenes recorrieron los paseos obscuros, cada uno de los cuales tenía su nombre y su historia.

—A este le llamamos — dijo ella — el paso de Juan Jacobo, y conduce al salón de Emilio. Estaba trazado en línea recta, pero le dí esta curva para que pasase bajo la vieja encina, que da todo el día sombra a este banco rústico, llamado por mí: "El reposo de los amigos". ¿Queréis descansar un momento en él?

Se sentaron. Germain oía en el silencio los latidos de su corazón, y dijo en voz baja:

—Sofía, ¡os amo!

Ella retiró la mano que el joven apretaba, y le invitó a que se fijara en las hojas removidas por una brisa ligera.

—¿Oís?

—Es el ruído del viento entre las hojas.

Ella movió la cabeza y dijo con voz tan dulce como un cántico:

—¡Marcelo! ¡Marcelo! ¿Por qué suponéis que es el viento entre las hojas? ¿Quien nos dice que estamos solos? ¿Tendréis una de esas almas vulgares que no adivinan la existencia de un mundo misterioso?

Y como él interrogaba con una mirada ansiosa, ella prosiguió:

—Señor Germain: subid a mi cuarto. Encontraréis un librito sobre la mesa. Traédmelo.

El joven obedeció. En su ausencia, la viuda contemplaba el viento de la noche.

Volvió Germain con el librito de cortes dorados.

—"Los Idilios de Gesner"; éste es — dijo Sofía; — abrid el libro por donde encontraréis puesta la señal, y si vuestros ojos ven lo bastante al claror de la luna, leed:

Germain leyó estas palabras:

"¡Oh! Con frecuencia mi alma revoloteará en torno de la tuya. Cuando, arrebatada por un sentimiento noble y sublime, medites en la soledad, un soplo ligero rozará tus mejillas ¡para que un dulce estremecimiento conmueva tu alma".

Ella le interrumpió:

—¿Comprendéis ahora, Marcelo, que nunca estamos solos y que ciertas frases nunca pueden oirse, mientras un soplo venido del océano agite las hojas de las encinas?

Las voces de los viejos se acercaban.

—Dios es el bien — decía Duvernay.

—Dios es el mal — decía Franchot, — y nosotros lo suprimiremos.

Los tres se despidieron de Sofía.

—Adiós, amigos mío — les dijo ella; — gritemos: "¡Viva la libertad!" y "¡Viva el rey!" Y vos, amable vecino, no queráis privarnos de la muerte cuando nos llegue la hora de morir.

ES FUERZA QUE RETORNE

¡Oh Señor Jesucristo! por qué tardas, qué esperas
Para tender tu mano de luz sobre las fieras
Y hacer brillar al sol tus divinas banderas!

Surge de pronto, y vierte la esencia de la vida
Sobre tanta alma loca, triste o empedernida,
Que amante de tinieblas tu dulce aurora olvida.

Ven, Señor, para hacer la gloria de Tí mismo.
Ven con temblor de estrella y horror de cataclismo.
Ven a traer amor y paz sobre el abismo.

Y tu caballo blanco, que miró el visionario,
Pase. Y suene el divino clarín extraordinario.
Mi corazón será brasa de tu incensario.

Rubén DARIO

REFLEXIONES

El premio de la virtud es ella misma.

x x x

Hasta la desgracia se cansa.

x x x

El que huye el juicio, confiesa la falta.

x x x

Nadie puede ganar sin que otro pierda.

x x x

El mayor castigo de la injuria es haberla hecho.

x x x

Ninguno vive más pobre de lo que naciera.

x x x

El sabio no castiga por venganza del pasado, sino por remedio de lo venidero.

SENECA

Si un fuego se apaga...

Por Georges Pourcel

Adriana Regis, preparada para el baile, penetró en el gabinete de trabajo de su marido. Se miró en el gran espejo oval colgado sobre la chimenea, y sonrió encantada a su imagen.

—Marcelo, ¿qué te parece mi vestido?

El escritor levantó la cabeza, y, tras una rápida mirada, declaró:

—¡Exquisito!

—¡Con qué poco entusiasmo lo dices! — refunfuñó Adriana.— Sin embargo, creí que semejante maravilla merecería algo más que un adjetivo vulgar... Pero, ¿acaso has visto siquiera mi vestido? Tus ojos están aún nublados de novelerías...

Marcelo Regis sonrió sin contestar, con un poco de melancolía. Adriana rozó apenas con un beso la frente de su marido.

—Volveré alrededor de media noche: tú me aguardarás trabajando... Ya sé que no te aburrirás: los personajes de tu novela te harán compañía... ¡Ah!, eres bien afortunado en poder apasionarte con marionetas...

Ya solo, Marcelo Regis dejó la pluma y encendió un cigarrillo. Había dejado de ser joven. La cuarentena había argentado sus sienes, empañado la vivacidad de la mirada y trazado un sinnúmero de pequeñas arrugas en torno a los ojos. Sin ser resueltamente famoso, su nombre despertaba comentarios simpáticos: era el novelista preferido de un número de lectores no muy extenso, pero selecto.

En la estancia, donde flotaba el perfume sutil de Adriana, encendió su cigarrillo y siguió pensativo con la mirada sus volutas azules. Revió — mejor que cuando Adriana estaba presente — su silueta aun fina, su hermoso rostro que vigilaba alerta el próximo Otoño y que se defendía, en una lucha emocionante, contra los primeros asaltos del tiempo.

"Envejecerá menos pronto que yo — pensó—. No le afligen las preocupaciones ni los graves pensamientos... Es frívola, incurablemente frívola..."

¡He aquí su pesar, su secreta herida!... Adriana no era la compañera que él necesitaba, la asociada inteligente y cariñosa con que soñara. Por largo tiempo, acuciado por su joven amor, Marcelo había intentado la imposible fusión. Pero todo resultó vano. Sus almas mantuviéronse a terrible distancia. ¡Sus almas! Adriana no tenía alma... Sólo exteriorizaba caprichos, veleidades... ¡Y si tan siquiera, ya que no podía ser su aliada, no se hubiera manifestado su adversaria!

De recién casada, ella no toleraba la "escandalosa falta de respeto" de que su marido leyese un diario en su presencia. Más tarde, los libros fueron sus enemigos, sus enemigos, porque absorbían los más secretos pensamientos, el más fresco entusiasmo de Marcelo: las heroínas inventadas, las enamoradas de ficción eran para Adriana rivales detestadas... Mas llegó un día en que, menos enamorada, y quizás más razonable, toleró por fin las aficiones de Marcelo; las toleró al principio, las fué alentando después, hasta que, por último, llegó casi a imponerle largas permanencias en su gabinete de trabajo, de donde salían — bajo la forma de una crónica, de un cuento o de una novela, — un nuevo vestido, un sombrero, una joya...

Pero de ahí a amar el trabajo de su marido, a apasionarse como él por lo que ella denominaba desdeñosamente "sus marionetas", había gran distancia. Adriana se jactaba de poseer un espíritu lúcido, un sentido práctico de las cosas...

Esto hacía sufrir a Marcelo. ¡Cuántas veces, embriagado por lo que acababa de escribir, poseído por el dios de la inspiración, había intentado deslumbrar, maravillar, conmover a la compañera de su vida! Pero una risita seca, una palabra vulgar y fría, una apreciación demasiado razonable, cortaba como hoja de acero su pobre entusiasmo...

Así, decepcionado, encerróse en su soledad poblada de fantasmas bondadosos, y por ellos escribía.

Y escribiendo así, obtuvo su recompensa: llegó a conmover a almas esparcidas aquí y allá por el vasto mundo. Escribiéronle mujeres que le testimoniaban su emoción. Encerró en un cofrecito estas voces secretas y poderosas cuyo rumor le embriaga de fe y de valor. Ya no estaba solo. Podía afrontar, sin sufrir demasiado, la hostilidad y hasta la indiferencia de sus allegados.

Una sobre todo, una voz exaltada y patética le conmovía en grado superlativo: la voz de Estela Murtel".

¿Quién era Estela Murtel? ¿Una niña romántica o una joven mujer decepcionada? Fuera de dudas, era un angel desterrado, un ser supremamente inteligente y sensible. Soñó con ella, idealizó esta figura desconocida. La instaló en el altar de su pensamiento... Y en las horas de lasitud impetraba su nombre, como el de una santa.

x x x

Esa noche, al parecer, veríase obligado a llamarla en su ayuda. La inspiración no venía. Su pensamiento recorría zonas heladas. Bajo su pluma, la frase se rebelaba, esquiva, el adjetivo brillante se substraía.

El escritor oprimió un resorte de su secreter, sacó un cofrecito, eligió una carta... Esa carta iba a ser para él, en esa triste noche, como una fontana de agua cristalina.

"Maestro, — empezaba la epístola — ¡qué hermosa es la última novela que ha publicado!'



Percibió un frufrú de faldas detrás suyo. En su embriaguez espiritual, dióse vuelta creyendo ver a Estela Muriel . Pero era Adriana Había entrado sin que él la oyese. Sentóse en una butaca, enfrente de su marido. Su rostro no era el rostro de las demás noches; hubiérase dicho que su alma había sido invadida por una repentina inquietud.

—¿No te has aburrido demasiado durante mi ausencia, querido?

Había en su voz un eco grave y afectuoso bien distinto del acostumbrado...

—Ya ves. He trabajado un poco... he fantaseado, como tú dices... ¿Y tú? has divertido en el baile?

Con los ojos brillantes de un fulgor desconocido para Marcelo, Adriana repuso:

—He conocido a una persona que me ha agitado muchísimo: una de tus admiradoras, querido, que me ha recitado de memoria muchas de tus páginas... de tus hermosas páginas que me han emocionado como nunca lo hubiera supuesto; jamás, jamás lo habría sospechado... Hemos hablado de ti durante una hora. Mi interlocutora no se fatigaba... Yo, yo estaba un poco cohibida y completamente avergonzada de conocer tus obras muchos menos que ella... Por eso, no me he atrevido a decirle que era tu esposa... Pero, he aquí que, de pronto, alguien pronunciara mi nombre delante de ella. ¡Si la hubieras visto palidecer, temblar, casi desvanecerse!... Al final de la velada, un poco repuesta de su emoción, ella se me ha acercado para suplicarme que no te hablase de nuestro encuentro, y, sobre todo, que no te revelase su nombre...

—¿Estela Muriel, verdad? — pronunció Marcelo con voz tremante.

—¿Cómo lo sabes? — asustóse Adriana. — ¿Es que la conoces?

—Nunca he visto su rostro... ¿Cómo es ella... físicamente?

El sintió su propia voz desmayada de angustia.

—La cabeza podría pasar — repuso Adriana.—pero el cuerpo es deforme.

Marcelo había palidecido. Moría en él una imagen incomparable, por la que sin duda su alma llevaría luto. Comprendió en seguida que nunca perdonaría completamente a Estela Muriel que no fuese bella como la luz del día y que hubiera usurpado un rostro que no era digna de llevar.

Su boca se contrajo en un rictus indefinible.

—¡Toma! ¡Lee sus cartas! dijo tendiendo el cofrecito a su mujer, que ávidamente se apoderó de él:

Adriana abrió el paquete y recorrió con ansiedad las páginas.

—¡Oh! ¿"Maestro"? ¿Te llama "maestro"? — asombróse Adriana al principio.

Marcelo Regis miraba leer a su esposa y seguía en su hermoso rostro la sucesión de impresiones.

Cuando hubo terminado de leer ella levantó sus ojos hacia él, y se miraron intensamente... Fué como si se vieran por primera vez. Después de quince años de vida conyugal, se contemplaban con ojos que ambos tenían en el alba de su juventud, cuando crecía en ellos la esperanza del amor...

¿No habían sido un sueño esos quince años?

Ella pronunció con humildad:

—¡Oh, Marcelo! ¿Tú eras eso para todas esas mujeres?... Un ideal, una fuerza, una razón de vivir... Y para mí no eras casi nada... Pero esa Estela me ha abierto los ojos..., ha despertado mi alma que dormía... Marcelo, ¿podrás algún día perdonarme que te haya desconocido por tanto tiempo?...

—Calla, calla... — dijo él, tendiendo sus brazos a aquella mujer nueva.

Y, pensando en lo que acababa de morir, en lo que empezaba a nacer, añadió con misterio:

—En el corazón de los artistas, cuando una llama se apaga, otra se enciende...

Y desde entonces se amaron de verdad.





EL PADRE. — Ya le dije a usted que con la mano de mi hija daba 50.000 francos.

EL PRETENDIENTE. — Sí...; pero, es que su hija tiene dos manos.

LA INGENUA PALABRA

Madre: porque hoy lo mismo que en días ya lejanos
me reprendes por todas las cosas que hago mal,
humilde testimonio de amor para tus manos,
te ofrezco, en plena tarde, mi gratitud filial.

¡Mi gratitud, sí, madre! por la lluvia sencilla
de lágrimas que cae sobre mi corazón,
cada vez que pronuncio tu nombre de rodilla
y te beso la frente con infantil unción.

En cambio, ¡oh, madre! sólo por el Arte te pido
que, dulce, me perdones si te causo sufrir
hasta ahora que tienes el cabello florido
de nieve, y la cristiana voluntad de vivir.

Sé que no he sido nunca lo bastante obediente,
que eludí tus consejos, queriendo o sin querer,
pero al fin, ¿me comprendes? del agua de tu fuente
he llenado mi cántaro, en este atardecer.

Me siento arrepentido... Mi palabra te implora
gracia, por tus virtudes de bien en el hogar:
Y aquí estoy, de mi barca en el puente de prora,
frente a tu luz de faro: la vida es como el mar!

Santos AGUILERA



La panacea universal

En los primeros tiempos de la historia de la alquimia y del estudio de la transmutación de los metales por la gran obra, la panacea universal, algunos autores no era distinta, en principio, a la "piedra filosofal". Esta debía poseer la propiedad maravillosa de rejuvenecer al hombre, evitarle todo mal físico o moral y prolongar su vida indefinidamente.

Géber, en el siglo VIII, presentó su "elíxir rojo", y Raimundo Lulio, en el siglo XIII, el elíxir, que son dos tipos de panacea universal, de los cuales el uno era una dilución de otro y el otro un producto a base de azogue o "mercurio de los filósofos", que no era otra cosa que el plomo.

Entre los alquimistas célebres, Peracelso, en el siglo XIV, prometió por un gran arcano, si no la juventud eterna, por lo menos una edad avanzada.

Van Elmant aseguraba que su panacea, a base de extractos de cedros del Líbano, tenía el poder de rejuvenecer, y Butler atribuía a su piedra una virtud tan grande que sólo con tocarla se curaban totalmente todos los males.

Curiosa operación

En Taskerent (Turquestán) ha realizado un experimento ingeniosísimo el profesor Michaelouski, director del Instituto Fisiológico.

Escogió un mandril del Parque Zoológico de esa población, lo anestesió y con una pequeña bomba le sacó toda la sangre de las venas.

Había que considerarlo como un ser muerto; ni respiraba ni latía su corazón. Cincuenta y cinco minutos después el profesor volvió a inyectar con gran cuidado la sangre que había sacado al mandril, e, instantáneamente, el animal volvió en sí sin ayudada de ningún estimulante médico.

Dos horas después, el mandril volvía a su jaula contento y como si nada le hubiera acontecido.

El mandril continúa en perfecto estado de salud.



LA CELEBRIDAD

Por W. A. Heeney

El hombrecito tímido, receloso, de recortados bigotes y hombros un poco cargados, que entró en el "Hotel Desilusión", de Mar del Oro, cedió a un impulso incontenible cuando el empleado le invitó a estampar su firma en el libro de pasajeros. Fué uno de esos súbitos y extraños impulsos, que pueden ocurrirle a cualquiera, de hacer lo que no se debe, y cuyas desagradables consecuencias sólo se advierten cuando el daño ya está hecho.

En todo el camino, desde la estación del ferrocarril hasta el hotel ,sólo había pensado en Julio Iriarte. Por un momento o dos se había detenido frente al escaparate de una casa de música, y lo había contemplado con ojos maravillados.

La vidriera estaba atestada de tangos, cuyas cubiertas, impresas en todos los colores del arco iris, mostraban fotografías de jóvenes de monóculo y chistera, elegantes y risueños, y de damas deslumbradoras cuyos microscópicos vestidos hacían competencia con los de Eva Cada pieza de música llevaba escrito, bajo su nombre, las siguientes palabras: "Cantado por Florinda Perejiles en "La mujer del otro", o cantado por Roberto Hucha, en "El cabaret del diablo".

Otra cosa que notó el hombrecito es que cada tango llevaba estampado en letras bien grandes: "por Julio Iriarte". Ese Iriarte—pensó nuestro modesto veraneante debe ser un compositor de enorme popularidad".

Cuando el empleado le invitó a firmar en el registro del hotel, le vino el extraordinario impulso de escribir Julio Iriarte en vez de su verdadero nombre y apellido. En el espacio para la "profesión", puso "compositor".

Se apartó del registro ligeramente deslumbrado. Un instante después habría dado todo el oro del mundo para deshacer lo hecho, pero ya era tarde.

—¿Ve usted a ese hombrecito? —preguntó el empleado a un huésped del hotel que se había acercado al mostrador. — Es Julio Iriarte, el tanguista.

—¡No diga!

Cinco minutos después todos sabían la noticia.

Esa noche, durante la cena, pudieron oírse en todas las mesas conversaciones como la siguiente:

—¿No sabe que Julio Iriarte está en el hotel? Lo he visto con mis propios ojos. ¡Qué compositor maravilloso!

—A simple vista parece un pobre diablo. Pero, fijándose bien. cuando uno observa su frente ancha, sus ojos inquietos, sus manos nerviosas, no puede dejar de reconocer que es un genio.

—¿Cómo se llama su última revista? Era una cosa divina. Dorotea Guirguillano cantó el tango ¿No recuerda el nombre por casualidad? ¡Tengo una memoria! Espere... ¡Pero si era "Salpicón de piernas"! Lo dieron en el "Alegría".

—¿No es esa obrita donde Margarita Retortillo canta: "Martineta es mi nombre. ¡Cazador, cazador!"

x x x

El hombrecito no dejó de notar que era objeto de miradas curiosas y de murmuraciones interminables. A medida que pasaba el tiempo, y que las atenciones de todo el mundo se volvían más marcadas, comenzó a sentirse inquieto.

Estaba sufriendo las consecuencias de su propia irreflexión. ¿Quién le había mandado asumir el nombre de Julio Iriarte?

A todas partes adonde iba recibía demostraciones de simpatía. Las mujeres le dirigían miradas arrebatadoras y los hombres se mostraban excepcionalmente interesados por conocer su opinión autógrafos. Recién entonces comprendió las terribles complicaciones que podía ocasionarle su minuto de debilidad ante el registro. Firmó en todos los álbumes que le presentaron, y después se encerró en su cuarto, se sentó en una silla, y durante una hora y cinco minutos estuvo enjugándose el sudor que le corría por las mejillas.

Una noche, estando en el "hall", se le acercaron dos señoritas y le



acerca de la temperatura. Pero el hombrecito siguió desempeñando fielmente el rol del gran hombre que huye del mundanal ruido.

x x x

Su nerviosidad se transformó en terror cuando osados jovencitos de ambos sexos comenzaron a pedirle pidieron que interpretase al piano algunas de sus piezas.

El hombrecito se puso lívido.

—Lo haría con mucho gusto—repuso—, pero el hecho es que... es el hecho que... me he herido la mano con... con una carretilla.

—¡Una carretilla! — exclamaron las jóvenes con sorpresa.

El hombrecito se sonrió tenuemente.

—Sí — dijo—. A veces me entretengo haciendo ejercicios con una carretilla... Estaba pensando en un nuevo tango, y sin darme cuenta puse un dedo bajo la rueda.

Las señoritas murmuraron adecuadas expresiones de condolencia, y por esta vez lo dejaron tranquilo.

Dos días después llegó al hotel una soprano, conocida por haber interpretado en varias provincias los tangos más populares de Julio Iriarte Una delegación fué a ver entonces al hombrecito, y le pidió que la acompañara esa noche al piano, cuando cantase en el salón de música algunas de las mejores piezas de su repertorio.

—Me encantaría acceder a su pedido — contestó el hombrecito— pero es que debo volver a la capital inmediatamente.

—¡Oh!

—Lo lamento mucho. He recibido un telegrama de mi editor, y me es imposible prolongar mi permanencia en Mar del Oro.

La delegación se mostró chasqueada, y expresó sus sentimientos por no poder oír a tan genial intérprete. Cuando lo dejaron solo, la "celebridad" se enjugó el sudor.

—¡Cielos! — exclamó—. Esta vez es forzoso que me vaya.

x x x

Una hora después que el hombrecito se hubo ido, un joven llamado Nicasio Lazagurría, dueño de una próspera tienda en el pueblo de Monigotes, hizo una declaración sensacional.

—Mi opinión — dijo — es que ese hombrecito no era Julio Iriarte.

Todos le miraron con extrañeza.

¿Por qué se excusaba cada vez que le invitábamos a sentarse al piano? — prosiguió el astuto. Lazagurría—. Primero se hirió la mano con una carretilla, y después, cuando ya no sabía cómo librarse de nosotros, pretextó haber recibido un telegrama urgente. Era un impostor.

—Creo que tiene usted razón— declaró alguien.

—No se parecía al Julio Iriarte que yo me había imaginado — dijo una jovencita—. Todos los buenos tanguistas son jóvenes y buenos mozos.

—Es fácil averiguar — observó Lazagurría — si ha recibido o no un telegrama.

El pequeño y excitado grupo se acercó al mostrador. El empleado les informó que desde hacía dos días no había llegado telegramas para ningún huésped.

—¿Qué les decía yo? — gritó Lazagurría.

—¡Quién lo hubiera imaginado! — murmuró una señora.

x x x

Cuando el hombrecito llegó a su departamento de la capital se dejó caer en un sillón con un suspiro de alivio. En la sala, que estaba magníficamente amueblada, destacábase un gran piano de cola. Sobre una mesita veíase una pila de piezas de músicas que llevaban el nombre de Julio Iriarte.

El hombrecito, que era la celebridad más tímida del mundo, y que se llamaba en realidad Patrocinio Miramelindos, murmuró:

—Esto ha sido para mí una lección. En adelante jamás volveré a firmar con mi seudónimo en el registro de un hotel.

PROVERBIOS CHINOS

El que sabe caminar sobre la cola de un tigre sin hacerlo gritar, triunfará.

* * *

Es inútil buscar peces en la copa de un árbol.

* * *

Cuando se ignora lo que es la vida, ¿cómo se sabría lo que es la muerte?

* * *

El sabio teme siempre que sus palabras sobrepasen sus actos.

El final del drama

Por José Cintora

I

En el saloncillo. — Había acabado el segundo acto del drama que se estrenaba. Actores, periodistas y amigos asediaban al novel autor, felicitándole efusivamente por el éxito franco y espontáneo que obtenía. El joven dramaturgo fué llamado al escenario para recibir, con los artistas, el aplauso del auditorio.

—El triunfo es ya seguro — decía uno de los más autorizados críticos.

—Esperemos al tercer acto. No estoy tranquilo — observó el autor — hasta que lleguemos al final.

—No temas — repuso un amigo. — La obra es magnífica y de gran intensidad dramática. ¡Y cómo la están representando! Rodolfo (el primer actor) está sublime y Clotilde (la primer actriz) pone toda su alma y todo su sentimiento en su parte...

—Es verdad — afirmó el autor. — A ellos se deberá el éxito.

—Y también a la obra. Puede usted estar orgulloso de haberla escrito — afirmaba un reputado comediógrafo.

Y en estos términos, y con halagueños comentarios, se desarrollaba el diálogo entre el afortunado autor y las personas que lo rodeaban.

II

En el "camerino" de Clotilde. — La primera actriz, auxiliada por su doncella, acababa de dar los últimos retoques a su "toilette" para el tercer acto. La sirviente salió y casi en seguida entró Rodolfo, que cerró la puerta, corriendo el pestillo.

—¿Qué es esto? — preguntó Clotilde.

—Que deseo, antes que acabe la obra, hablar contigo a solas.

—Rodolfo, le ruego que no me comprometa... Ya le he dicho otras veces...

Pues deseo que ahora te desdigas o que hagas tu cruel afirmación de un modo terminante. Piénsalo bien, Clotilde... Tu genio y tus sentimientos de artista los he modelado y refinado yo. Soy tu amigo, tu maestro, tu compañero... Eres libre... Te amo, tú lo sabes, y anhelo que me correspondas...

—Me mortifica usted, Rodolfo; me amarga la vida con esa insistencia... Yo le estimo, le quiero, le admiro. Mi amistad y mi gratitud hacia usted son intensas, profundas; mas mi corazón, mi amor...

—¡No lo repitas! ¡No lo quiero oir más de tus labios!... Tu corazón no siente nada por mí... No puedes amarme... Ya me lo has dicho. Y yo pregunto: ¿Por qué? ¿Hay otro hombre a quién tu puedas tener en mayor estimación que a mí?...

—Ya le he dicho otras veces que no; que no rechazo sus solicitudes por preferir a otro. Es, sencillamente, porque no puedo amarlo a usted.

—¡Eso es lo que me hiere y enloquece! Yo quisiera que hubiese una causa, un motivo, una razón. Poder decirme a mi mismo: Esa mujer me desdeña porque está enamorada de otro, porque le soy repulsivo; porque no la une a mi ningún lazo de consideración, de gratitud, de simpatía... Pero siendo quienes somos, dos almas gemelas en el arte, que se entienden y comprenden perfectamente... ¡Ah! En las escenas amorosas que representamos ante el público, cuando te oprimo entre mis brazos, cuando aspiro tu aliento embriagador, cuando siento tu corazón palpitar junto a mi pecho, cuando apenas puedo resistir el brillo de tus ojos, cuando casi se unen nuestros labios... ¡Oh! ¡Entonces mi sér todo se estremece, presa de ardiente e intensa pasión!... Dí, Clotilde, ¿tú, en esos instantes, no sientes nada?...

—Sí; siento la emoción artística del momento, de la situación...

—¿Y nada más?

—Nada más.

—¡Eres de mármol!... Yo, en cambio, me abraso...

Suenan unos golpecitos en la puerta y una voz dice desde fuera:

—¡Señorita Clotilde, preparada!

—¡Por última vez! — exclamó Rodolfo.— ¡No puedo sufrir más! Esta noche, después de la representación, te espero, te llevaré conmigo... ¡Lo imploro!

—¡No, no! ¡Ni pensarlo!

Voz apremiante desde fuera:

—¡Señorita, a escena!

III

En el escenario. — El drama que se está representando toca a su fin. Ha habido una mutación y el último cuadro es un jardín. Al fondo, verja con puerta practicable. A la derecha, fachada de un "chalet", con escalinata de acceso al edificio. Es de noche. Por la puerta de la verja penetra sigilosamente Fernando (el galán joven) y observa. Pausa. Poco después por la escalinata desciende Clotilde.

Fernando. — ¡Al fin! (Acercándose a la dama). Aquí estoy...

CLOTILDE.—¡Sí!... Gracias... ¡La hora ansiada de la liberación!... ¿El "auto"?...

FERNANDO. — Ahí cerca... ¿Vacilas?

CLOTILDE. — ¡No!... ¡Vamos!

RODOLFO (apareciendo por un lateral, entre árboles). — ¡Traidora! ¡Infame! (Dispara dos tiros de revólver).

Clotilde cae lanzando un ¡ay! desgarrador y horripilante.

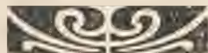
Emoción en el público. Se inicia el aplauso en las localidades; pero los espectadores de las primeras filas de butacas y de los palcos próximos al proscenio se levantan clamorosos y horrorizados...

Del pecho y la garganta de la actriz, tendida en el tablado, brota la sangre a borbotones...

Gran confusión en la sala y enorme tumulto entre bastidores...

Al drama imaginario del autor le dió un final imprevisto y funesto el drama real de los actores...

Los embajadores extranjeros durante su visita al congreso





Los componentes de las embajadas extranjeras designadas para asistir a la transmisión del mando presidencial, acompañadas del vicepresidente de la República, doctor Enrique Martínez y de un numeroso grupo de legisladores, durante su visita a la Cámara de Diputados de la nación.



Otra vista de los mencionados diplomáticos ocupando las bancas en el recinto legislativo.

Llegada del nuevo ministro de Alemania





El nuevo ministro de Alemania en la República Argentina, doctor Federico Von Keller, y su familia, momentos antes de desembarcar del "Cap Arcona", acompañados del capitán del buque y de otros caballeros que fueron a recibirles.

Conferencia de la señorita Canto





La reputada escritora española, señorita Rosa Canto, pronunciando su conferencia que versó sobre el tema "Poetas y poesías clásicas españolas", interesante disertación que valió a su autora las felicitaciones del auditorio.— A la derecha: un aspecto de la selecta concurrencia que asistió al acto, el cual se llevó a efecto en los salones del Club Argentino de Mujeres. — La señorita Canto ha entrado a formar parte del personal de redacción de nuestro colega "Crítica", en cuyas páginas dirigirá una sección dedicada a la mujer.

Fiesta de beneficencia organizada por el Club Alemán





Dos instantáneas obtenidas durante la cena realizada en los salones del Club Alemán, a beneficio del Hospital Alemán.



Baile a bordo del "Monte Olivia"

Con objeto de allegar recursos con destino al Hogar de Marineros Alemanes efectuóse un baile social a bordo del vapor "Monte Olivia". — Vista parcial de la concurrencia durante un intervalo en la danza.

FALLECIMIENTO DE DON GUSTAVO KAISER





El fallecimiento de don Gustavo Kaiser, inspector general de la Cervecería Palermo, dió lugar a una sentida manifestación de condolencia, por parte de las muchas amistades y vinculaciones con que contaba el extinto. Estos sentimientos se pusieron de manifiesto en el acto del sepelio de los restos, que fueron acompañados a su última morada por un numeroso cortejo. — A la izquierda: el retrato del extinto. — A la derecha: el féretro llegando a la Chacarita.



Un orfebre expone su obra

En el salón Witcomb se exhibe la labor de Santiago Cozzolino, orfebre que ya conocíamos a través de su exposición del año anterior en "Los Amigos del Arte". Se trata de la obra de un artista cuyos méritos fueran debidamente apreciados, en aquella oportunidad, por el público y la crítica de nuestro país. De ahí que se descuente el éxito de esta segunda manifestación de su esfuerzo y de su sensibilidad. Santiago Cozzolino se ha esmerado en su arte, ofreciéndonos algunos trabajos de admirable línea clásica que permiten ver en él al restaurador de la orfebrería, e l magnífico arte antiguo que floreció en las manos de Benvenuto Cellini.

Los grandes hoteles montevideanos



Un aspecto del salón-comedor del Hotel Carrasco, de Montevideo

Nuevo edificio de la Farmacia Franco Inglesa





Con motivo de la inauguración del nuevo edificio situado sobre la calle Florida con que la Farmacia Franco Inglesa amplía sus grandes instalaciones, los señores Badaracco y Bardín, propietarios de este importantísimo establecimiento, ofrecieron un lunch a la numerosa concurrencia que asistió al acto. — El señor Badaracco, leyendo un apropiado discurso, alusivo a la ceremonia inaugural, que fué muy aplaudido por los oyentes.

EXPOSICION LUIS BORRARO



"Eucaliptus"



"Elevadores"

Luis Borraro expone en los salones de Fresson y Baudoin cincuenta y tantas telas donde su sensibilidad ha quedado expresada en los más diversos matices. Hay ahí indudablemente, un artista de alto valor. El paisaje, que es la predilección de su temperamento, adquiere, en él una belleza serena, apacible, y aún en los tonos fuertes parece dulcificarse. Así en "Elevadores", tema de energía que dudamos pueda darse con mayor colorido de emoción.

Otras veces es imponente en su misma serenidad. Así en "Eucaliptus", cuya atmósfera de alameda amplia y sonora trasciende al espíritu que lo contempla. Luis Borraro se revela en este su primer conjunto, que ha sido visitadísimo, como uno de nuestros artistas jóvenes mejor dotados. Es la suya obra de madurez, de perfección, digna del triunfo consagratorio que ha merecido del público y la crítica inteligentes.

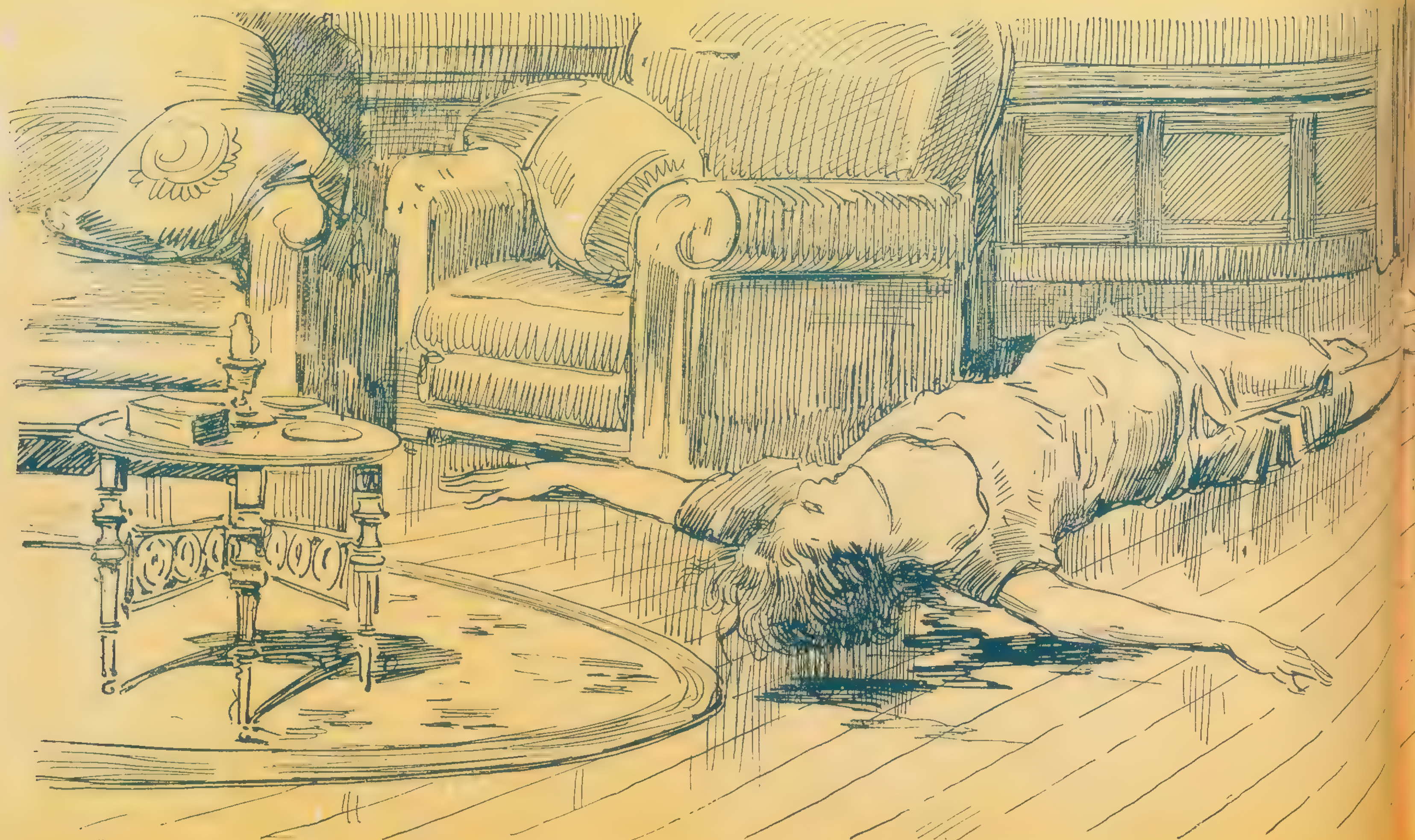


"En el puerto"

Bibliografía



Señor Javier Fernández Pesquero, autor del libro "América. — Su geografía. — Su historia", recientemente aparecido.





LA MUERTE MISTERIOSA DE LUZ ESTEBAN

Por Eduardo Zamacois

Durante nueve años consecutivos, Luis López, antiguo *croupier*, había sido feliz, plenamente feliz, entre las prisiones tibias y fragantes que las magníficas pupilas verdosas, la melena dorada y los brazos blanquísimos de Luz Esteban pusieron a su carne y a su corazón. Hermosa, rica y selecta, aquella mujer poseía esa fuerza suave y cautivadora fuerza de resistencia — con que los remansos hondos debilitan el ímpetu emigrador de los ríos; y así, semejante a una ola fatigada, el aventurero se detuvo en ella. Más tarde, junto al Amor fortificado y como legalizado por el tiempo — ¿qué es una Ley sino una costumbre escrita?—, el Hastío asomó su rostro bostezador. En el decurso de otros dos años, esta desgana se trasmutó en antipatía y, finalmente, en odio intolerable. A pesar de lo cual, el amor no se iba. Para Luis López, peregrino de innúmeras remerías sentimentales, Luz simbolizaba el Pasado, la melancolía inefable de los días extintos; era el Recuerdo, la ruina, querida y veneranda. Desgraciadamente, su alma epicúrea no se satisfacía con la contemplación. Necesitaba del Hoy palpitante. Quizá el aborrecimiento, más codicioso cada vez, que le mordía, sólo fuese, en puridad de verdad, el deseo de apurar libremente, hasta las heces, las delicias de "la hora que pasa". Sin renunciar al cariño de Luz, precisaba de otros cariños. La admiraba, pero la sentía incómoda, absorbente. Luis López era como esos turistas que, después de extasiarse ante las magnificencias de la Alhambra, corren en busca del regocijo maquillado de los *music-halls*.

Además, ella, en un arranque de previsión maternal, había testado a favor de su amante, instituyéndole heredero único de sus bienes; el contrato de la casa que habitaban, lo mismo que los relativos a diversos negocios que emprendieron, estaban a nombre de él. Ella, de consiguiente, aparecía anulada, y lo que no hace falta, estorba

Entonces apareció en el obscuro espíritu del ingrato la idea del crimen. El crimen representaba la riqueza, la libertad, la orgía sin freno. Había pues, que eliminar el obstáculo; pero cautamente, sin comprometerse. Un asesino avisado dispone de infinitos recursos para evitar la acción de la Justica. Y la impunidad no suele hallarse en los viajes largos, pues las fronteras están vigiladas, ni en ningún medio extraordinario de ocultación, sino en los detalles: hay detalles evidentemente triviales y que, no obstante su pequeñez, bastan a borrar una pista.

Convencido de esto, Luis López aplicóse a meditar en aquel astuto pormenor o circunstancia que, de llevar a término su vitanda intención, había de ponerle al abrigo de peligosas sospechas. La rebusca fué laboriosa, prolija, y se convirtió en obsesión. Muchas veces, sentado enfrente de su probable víctima, quedábase inmóvil, sin acordarse de fumar, los ojos dilatados y ausentes, persiguiendo una idea en la que vislumbraba un camino. Extrañada de verle tan absorto, tan lejos, Luz solía exclamar:

—¿En qué piensas?...

El miserable parpadeaba, sonreía; puede afirmarse que despertaba. Y luego, con suavidad feroz:

—En tí pensaba, decía.

Era cierto: en ella reflexionaba incansablemente, y semejante al ajedrecista que estudia una combinación definitiva, así perseguía el ardid que había de testimoniar su inocencia ante los tribunales. Aquella treta o zancadilla exculpadora él la sentía — la adivinaba junto a sí, fácil, accesible, perfectamente encubridora por obra de su misma sencillez.

Al cabo la halló. Mejor dicho, fueron cinco, que no una, las circunstancias amparadoras con que magistralmente acertó a taparse.

Era a mediados de noviembre.

Una tarde, terminando de almorzar, Luis López preguntó a Luz:

¿Cómo sigue la madre de Benita?

La interrogada hizo un mohín de ignorancia.

—No lo sé; creo que está muy enferma.

Benita era la criada.

—Debías autorizarla para que luego, a la nochecita, fuese a verla.

—Como quieras; pero díselo tú; diciéndoselo tú tardará menos en volver.

El repuso, galante:

—No; quien debe otorgarla el permiso es la dueña de la casa. Aquí, entre estas paredes, la autoridad máxima la ejerces tú.

Luz Esteban sonrió, halagada.

Como gustes.

De ese modo, el favor te lo agradecerá a tí.

Transcurridos unos momentos, el futuro asesino, que ya comenzaba a devanar su plan, con reposados pasos salió del comedor.

Luz inmediatamente llamó a la criada:

—¿Has tenido nuevas noticias de tu madre?...

A la moza se la acuitó el rostro; sus ójos pitañosos se humedecieron.

No, señora...

Con el delantal se restañó una lágrima, y añadió, temblorosa la voz:

—Lo peor es que cayó en cama con pulmonía. ¡Fifúrese usted!... Y como para cuidarla no tiene más que mi hermana, que es chica...

Luz Esteban miró el reloj. Pronto serían las cuatro.

—¿Acabaste de fregar?...

—Todavía no he principiado.

—Pues friega y vístete, para ir a ver a tu madre.

—¡Ay, sí, señora!... ¡Dios se lo pague a usted!...

Pasada una hora — ya empezaba a palidecer la luz en los balcones — Benita se asomó al gabinete, en donde sus amos tertuliaban.

—¿Tienen ustedes algo que mandar?...

Luis López manifestó sorprendido.

—¿Adónde va la muchacha?...

—La di permiso — replicó Luz — para ir a visitar a su madre.

¡Ah, muy bien!...

Benita saludó, y segundos después la puerta de la escalera se cerraba tras ella con un eco que a Luis López le pareció extraño. Luz, de súbito, sintió miedo.

—Voy a pasar el cerrojo — dijo,

Intentó levantarse, pero su amante no la dió tiempo, e inclinándose sobre ella, cual si fuese a besarla, con una navaja, que a prevención llevaba abierta, la degolló. El golpe lo asestó con la mano izquierda, para que más adelante los forenses hablasen de la zurdidad del asesino, y fué tan certero y hondo, que la víctima sucumbió sin quejarse.

Hecho esto, lavóse pulcramente en el fregadero de la cocina, se vistió, y a las seis — a la hora de todos los días — marchóse a la calle. En el zaguán saludó a la portera,

—Buenas tardes, señora Julia.

—Buenas tardes, don Luis...

Al doblar la esquina, el asesino, que tenía prisa en desarrollar su proyecto, subió a un auto.

Veinte minutos más tarde, la señora Julia y las dos vecinas que, de vuelta de sus compras, habíanse detenido a platicar con ella, vieron aparecer en el zaguán, a medias invadido por las penumbras crepusculares, un hombre metido en una "trinchera" gris. Aquel individuo cruzó el portal con paso rápido, musitó vagamente un saludo al enfrentar la portería y emprendió el ascenso de la escalera, ganando los peldaños de dos en dos. Un sombrero negro y háldudo, derribado indolentemente sobre una oreja, le recataba el rostro.

—¿Habéis reparado en ese? — comentó la señora Julia, siguiéndole con la vista—. Le falta un brazo.

Las interrogadas miraron al que subía, y advirtieron que, efectivamente, la manga derecha de su "trinchera" flameaba vacía. Los movimientos acelerados de su dueño la agitaban fuertemente, dándole una silueta vagorosa, a la vez triste y grotesca, de espantapájaros. Una de las mujeres preguntó:

¿Quién es?...

—No sé; no lo he visto nunca... — repuso la portera—. ¿Quién va a llevar cuenta de todas las personas que entran y salen diariamente por aquí?...

Asomóse, sin embargo, a la caja de la escalera, y miró hacia arriba. El desconocido continuaba subiendo precipitadamente, y a intervalos, al doblar los descansos y rellanos, su manga flotante parecía revolar, semejante a un gallardete, por encima de la barandilla.

—Debe de ir al tercero — comentó la señora Julia, apartándose de su observatorio.

—Y agregó rezongando:

—De fijo va al cuarto de don Luis, que acaba de marcharse, capaz de recriminarme por no habérselo dicho. A lo cual yo le contestaré: "¿usted me preguntó algo?... ¿O cree usted que estamos aquí para adivinar?..."

Fuéronse las dos vecinas que comadreaban con la portera, y a poco llegaron la hija de ésta, que era planchadora y regresaba del obrador, y la francesa "masajista" que habitaba en el "bajo" y que siempre, al volver de la calle, entraba en la portería a echar un rato de palique. Casi al mismo tiempo se sumó a la tertulia la criada del "principal".

Minutos después, la señora Julia columbró, desde el fondo de su atisbadero, "al hombre de la trinchera gris", que bajaba la escalera acaso con mayor celeridad que la había subido. Dijérase que rodaba por ella. Su ademán, evidentemente, era de fuga, y su ancho sombrero, echado hacia adelante, delataba su propósito de no ser conocido. Sobreponiéndose al reuma y al peso de sus muchas carnes, la portera trató de detenerle.

—¡Oiga usted, caballero!...

Pero el interpelado, que acababa de salvar de un brinco los últimos seis peldaños, echó a correr hacia la calle. Un instante la manga hueca de su "trinchera" se agitó en el aire, con un tremolar de despedida, y desapareció.

—Sí, le falta el brazo derecho — ratificó la "masajista"—. ¡Pobre!... Quizá sea un escapado de la Gran Guerra...

La señora Julia hizo un mohín.

—No sé quién es — declaró—: pero me parece un tipo sospechoso. Con tal que no haya venido a robar...

A las ocho llegó Benita, la cara triste, el andar cansino.

—Buenas noches, señora Julia.

—Buenas noches.

—Hasta mañana...

Apoyándose en la barandilla, como si no pudiera tirar de sus pies; emprendió la ascensión. La portera inquirió:

—¿Y tu madre?

—Lo mismo o peor.

—¡Vaya por Dios, mujer!...

Minutos más tarde Benita regresó a la portería.

—Me he hartado de llamar — exclamó, dejándose caer sobre una silla; — y nadie contesta. Los amos deben haber salido.

—El sí, explicó la señora Julia, pero a tu señora no la he visto bajar.

—¿Y cómo no ha salido a abrir?

—Se habrá dormido. ¿Tú llamaste bien?

(Continúa en la pág. **35***).*

ACTUALIDADES CINEMATOGRAFICAS



Tim Mc Coy y Marjorie Daw en "El amor pudo más", que la Metro-Goldwyn-Mayer estrenará el 6 de noviembre.



Lil Dagover, protagonista de "La mujer que fué vendida", que estrenará muy en breve el programa Optimus por intermedio de la Corporación.



Rita Carewe estrella de "Mariposa dorada", que estrenó anteayer la Corporación en los cines Callao, Empire, Grand Palais, etc.



Escena de "Perdidos en el Antártico", notable película del natural que con carácter de extraordinaria estrenará la Fox Film el 6 de noviembre.



Escena de "Cama y sofá" ("Amores de trois"), producción rusa del director de "Ivan el terrible", una de las obras más originales de la cinematografía moderna, pronta a estrenarse



Francis X. Bushman, Neil Hamilton, June Marlowe y Theodore Lorch en "El silencio eterno", que hoy estrena la Universal.



Norma Talmadge, la notable protagonista de "La dama de las camelias", que está exhibiéndose en "La Paloma", próximo estreno de Artistas Unidos

SOCIALES


ENLACES. — Señorita María Elena Castro Videla con el señor Horacio Roldán (hijo)


Señorita María Rosa Parada Bacigalupo


Señorita América Alban Mastanza con el señor Guillermo de Azevedo


Señorita Laura Gallino con el ingeniero Osvaldo Alberto Digiorgio.


Esposito - Tango


Señorita Eufemia Mercedes Denis con el señor Fortunato Pusterla.


Señorita Angélica Corvetto con el señor Leopoldo Ravenna.


Señorita María Teresa Tuja con el señor Carlos R. Puncel


Señorita Dora Rawson Paz con el señor Carlos A. Espina


Señorita María Rosa Craunvell Ocampo con el señor Emilio Massaro Arabehety



Un aspecto de la manifestación popular, organizada en Las Palmas con motivo de celebrarse el 13 de septiembre tomado mientras el gobernador civil dirige la palabra al pueblo desde un balcón de la casa de gobierno



Las autoridades locales de Las Palmas saliendo de la Catedral después de asistir al Tedéum oficiado al cumplirse el quinto aniversario del advenimiento al poder del general Primo de Rivera.



El pueblo de Santa Brígida recibiendo al gobernador civil, en su visita a dicha localidad.



La llegada del gobernador civil de Las Palmas, don Antonio Marín Acuña (x) a la ciudad de Telde para asistir a la conmemoración del 13 de septiembre



Durante la visita del gobernador civil a la colonia escolar de niños débiles situada en el pueblo de Moya



Concurrentes a la jira organizada en honor del doctor José Franchy y Roca, a su regreso al país después de 14 años de ausencia



Banquete organizado por el partido Republicano de Las Palmas en homenaje a su fundador, el doctor José Franchy y Roca.



El ministro don Angel Ossorio y Gallardo. (Caricatura de Mesa)

Los caballeros... de industria

Felipe Augusto de Santa Foix

El caballero de Arco Felipe Augusto de Santa Foix era nieto de Luis XIV por hijo del conde de Tolosa y de una linda muchacha educada en Saint-Cyr, que lo puso en el mundo subrepticiamente en 1702. Educado con tal misterio que no logró consignar su cuna, no le faltó nunca el cariño de su padre, que nada escatimó para dotarle de una sólida educación y buenas costumbres, aunque esto último no lo consiguiera, pues por su rango social y el trato de los filósofos no tardó en encarrilarse por vías de perversión.

Sobre todo las mujeres fueron causa de su pérdida. Apenas cumplidos diez y seis años, una bailarina de la Opera raptó al muchacho, que huyó con ella de la compañía del preceptor que lo había llevado al teatro. A la mañana siguiente, al ir a dejarla, metió él mano en sus bolsillos y no halló más que tres luises, que, sumamente confundido, dejó sobre la chimenea. Pero la bailarina, visto el gesto, le dijo:

—¿Crees, acaso, que un querubín como tú debe pagar? Las mujeres se sentirán bien dichosas si te tienen por nada —y cogiendo los tres luises abrió la ventana de su cuerto y los tiró a un tejado próximo, donde el caballero los pudo ver durante mucho tiempo, pues no dejó a la muchacha hasta alcanzar los términos de un recíproco cansancio.



La aventura tuvo consecuencias, pues el caballero tomó pié de ella para imaginar que los hombres guapos no deben pagar a las mujeres, sino éstas tenerse por felices con que no se las pida rescate. Su trato con la bailarina le reveló su destino. Desde entonces frecuentó las aventuras de toda especie, y de ellas aprendió lecciones de un vivir libertado de prejuicios, sin que desaprovechara ocasión de mostrar los alcances de su ciencia.

Frecuentando la casa de la señorita Verriere, una de las dos hermanas que el mariscal de Sajonia había hecho sus queridas, notó un día que en el servicio, todo él de plata, faltaban dos soperas, substituídas por otras de porcelana. Preguntando supo que un apremio urgente llevara las dos piezas a casa de un platero. Al día siguiente la señorita Verriere recibía dos magníficas copas de plata, regalo del caballero de Arco, que al presentarse el mismo día en la casa fué recibido con el agrado que es de suponer.

Tres días después el caballero comunicó confidencialmente a su amiga el apuro en que se veía; teniendo invitados a comer al conde de Ecouy y al duque de Ruffey, por una de esas fatalidades que ella conocía tan bien, toda su vajilla de plata había tenido que ir a pedir posada donde ella mandara parte de la suya. Con lo que le suplicaba le prestase lo que ella tenía, pues la misma noche o al día siguiente lo devolvería.

Encantada de obligar a tan lindo amante, la muchacha no se reservó en el préstamo ni un plato, ni un cubierto. ¿Quién sabe los aumentos que volverían a su casa cuando le devolvieran lo que dejaba? Y, efectivamente, dos días después recibió una carta del caballero con la cédula del depósito de toda la plata en una casa de préstamos muy conocida, donde la necesidad había obligado al caballero a llevarla, bien que no muy pesaroso — así decía—, pues todos sus amigos le habían dicho que entre dos corazones que bien se quieren todo es común. En suma, que la broma costó un rescate de diez mil francos al financiero que, por entonces entretenía oficialmente a la señorita Verriere.

La intervención que tuvo en el robo atrevido en casa del pañero Samuel Simón hizo entrar al caballero en la Bastilla, donde estuvo hasta devolver la cantidad substraída. Esta aventura completó su descrédito, y desde entonces vivió en situación muy equívoca, siendo en sus últimos tiempos infatigable proveedor del parque de los Ciervos.

Luis XV, que recordaba haber jugado en su juventud con el caballero de Arco, dióle en cierta ocasión un bono de ocho mil libras; mas como hubiese el Rey escrito la cantidad en cifras, el caballero, obrando como el más vulgar de los timadores, añadió por su cuenta un cero, con lo que decuplicó la generosidad del Monarca. Su Majestad, a quien se le aconsejab exigir la restitución de las ochenta mil libras, hubo de responder:

—En mi lugar no es posible pagar demasiado cara una lección; eso me enseñará a no economizar las letras del alfabeto.

En su papel de proveedor del parque de los Ciervos el caballero de Arco supo deslumbrar a un gentilhombre venido a solicitar en Versalles, padre de una muchacha bellísima, Elena de Pal..., que amaba al vizconde de Benavente Rhodes, mosquetero. Valiéndose de un subterfugio entre el padre y el caballero llevaron a la muchacha a un jardín que ella ignoraba fuese l citado parque; allí apareció una señora, amiga del caballero; padre, hija y caballero fueron invitados a un piscolabis, y pronto la muchacha se sintió atacada por invencible, sueño que acabó por cerrar sus párpados y abatir su cuerpo. El narcótico había realizado lo que de él se esperaba.

Al despertar, la muchacha miraba asombrada el lecho suntuoso en que se veía, cuando entró la dama que les había invitado y le entregó una carta de su padre, en que le decía no haber podido negar a aquella dama su guarda mientras él seguía las gestiones de sus asuntos. La muchacha no podía sospechar de una casa donde su padre la hacía entrar y quedarse; pero grande fué su sorpresa cuando un día, llamada al salón, reconoció al Rey en un señor que, en pie, daba la espalda a la chimenea.

A partir de aquel momento comenzaron las galanterías por parte de Luis XV, las seducciones, los regalos, pero también las resistencias por parte de Elena y los deseos manifiestos de dejar su encierro. Escribió a su padre informándole de lo que la ocurría, y el padre, al leer la carta, abrazó al caballero de Arco y llenó de oro sus bolsillos, agradecido al honor que se le venía encima.

Entonces el padre escribió a su hija diciéndole no debía pensar mal del Rey, al que debía tanto respeto que ante él debían borrarse sus otros sentimientos. La virtuosa muchacha se sintió perdida. Pasados dos días volvió el Monarca y siguieron los regalos, ya de un orden demasiado íntimo y de valor excesivo para justificarse por mera galantería. Pero la plaza no se rendía.

Cierta mañana, antes de levantarse la gobernanta del galante internado, Elena supo que un lacayo con la librea de su padre le traía una carta que no quería entregar sino en propia mano. Daba el recado una asistenta, no la doncella que ordinariamente la servía, que acaso por lo temprano de la hora no estaba aún en funciones. La muchacha sospechó algo misterioso, y queriendo aprovechar una libertad difícil de conseguir allí, consintió en recibir el emisario de su padre.

Un grito de sorpresa se escapó de sus labios al ver al lacayo.

Era su novio, naturalmente, disfrazado. El padre de la muchacha había dejado adivinar su secreto a un hermano, gran vicario del obispo de Tulle, y el eclesiástico, indignado, se había apresurado a enterar de ello al más interesado en que abortasen las vergonzosas intenciones del Rey. El mosquetero, bien informado de las cosas de Versalles, adivinó el escondite de la cautiva, y quiso ir por sí mismo a advertirla del peligro que corría.

Animándola a defender su honor le dijo que, llegada la noche, debía bajar al jardín y dirigirse hacia el muro que del exterior lo separaba, sobre el cual flotaría una pluma blanca. Una vez allí debería dar una suave palmada, y al punto aparecerían sus libertadores.

La muchacha obró como se le indicara; pero no sólo nadie apareció al ruido de sus palmadas, a pesar de que la pluma blanca flotaba sobre el muro, sino que oyó confuso ruido de voces en la calle vecina, murmullos, imprecaciones, chocar de armas y hasta varios pistoletazos.

Cuando todo quedó en silencio vió venir hacia ella a la directora de aquel Instituto de no buenas cotumbres, la cual, indignada, le hizo volver a casa, anunciéndole que en tanto no fuese más razonable estaría en una habitación, de la que no le sería fácil salir.

La muchacha se pasó el resto de la noche llorando. Bien adivinaba lo ocurrido. Hombres apostados en el exterior se habían apoderado de su novio, si es que no había pagado con la vida su generosa intervención.

Al levantarse solicitó ver a la directora y le suplicó no denunciara al Rey lo ocurrido; mas supo entonces no era ya ocasión de callar. Luis XV estaba enterado de todo y más que furioso. El vizconde y cuatro mosqueteros más, en poder del gran preboste, deberían responder en justicia del ataque nocturno a mano armada contra una residencia real; era seguro se les impondría la pena capital.

Elena dió un grito desgarrador al oír aquéllo; mas la directora, para tranquilizarla, díjole que el Rey, misericordioso, no negaría el perdón de los mosqueteros si se le pedía en debida forma.

Comprendió la muchacha el precio de la clemencia del monarca. Pero resolvió abordar el peligro y tratar, a fuerza de honestidad, de torcer las voluntades culpables. En cuanto supo la llegada del Rey corrió al salón y desplegó toda la intrepidez de una mujer que cuenta con el ascendiente de su virtud.

El Rey trataba de hurtarse a sus preámbulos; mas ella abordó resueltamente la cuestión diciendo:

—Sire, ¿perdonaréis a cinco culpables?

—Me han ofendido personalmente. ¿Qué les había yo hecho? Nada.

—¡Ah, sire! Vuestro papel puede ser tan hermoso... Podéis dar muestras de vuestra bondad, de vuestra clemencia...

Dió a entender el Rey que la justicia seguiría su curso si Elena no se mostraba más accesible. Ella pidió un plazo de cuatro días para acostumbrarse a lo que consideraba como un crimen. Otorgó los cuatro días sonriendo, y recordó los que la hija de Jefté pedía a su padre para ir a llorar su virginidad con sus compañeras.

Iba el Rey a misa cuando un sacerdote, plantándose ante el cortejo, pidióle audiencia en nombre de Dios para tratar de algo que podía impedir al monarca su entrada en el Paraíso.

Su majestad, intimidado por la firmeza con que se le hablaba, concedió la entrevista para después de terminada la misa que iba a oír. Acabada que fué, el capitán de la guardia buscó al sacerdote y lo condujo adonde el Rey esperaba.

El abate, que era el tío de Elena, comenzaba ante el Rey el difícil alegato cuando se abrió la puerta y apareció de nuevo el capitán de la guardia acercándose a su majestad; le presentó una carta puesta sobre su sombrero a manera de bandeja. El Rey la cogió, la abrió, y mientras continuaba el sermón del sacerdote se puso a leerla. De repente, alzando al cielo las manos y los ojos, exclamó:

—¡Ah, señor abate! Partid acompañado de mis plenos poderes, corred al parque de los Ciervos...

—¡Yo, señor!...

—Sí, vos; ¿por qué esos ojos escandalizados? Si antes de ser beato sois verdaderamente piadoso, no perdáis un minuto; corred, preguntad por la señorita de Pal...

—¡Mi sobrina!

—La misma, e impedidle cumplir su fatal resolución; que sepa que renuncio... Pero no... Se matará... Lo habrá ya hecho... Tomad, leed... ¡Dios mío, qué chiquillas tan extravagantes!

El abate, estupefacto, recogió la carta y leyó lo siguiente:

"Señor: Era por mi prostitución como debía salvar la vida al vizconde de Benavente; prefiero conservarle la vida sacrificando la mía; voy a morir. Olvidadme, y si no teméis os acuse en el cielo, no castiguéis a un amante que habréis hecho bastante desgraciado, puesto que me habrá perdido. Cuando os llegue este escrito habré dejado de vivir..."

—Pero ¡marchaos, señor! volvió a decir el Rey—. Estos curas no sirven más que para predicar: hablan, hablan y no saben obrar.

El abate corrió hacia el parque de los Ciervos, precedido por el marqués de Ponteconlant oficial de la casa del Rey, encargado de hacer ejecutar sus órdenes. Encontró a su sobrina rodeada de médicos, que le prodigaban contravenenos para salvar su vida.

Al ver a un sacerdote enviado por el Rey, le dejaron paso.

—¡Oh, sobrina mía! — dijo el sacerdote con voz ahogada por las lágrimas—. ¿Cómo habéis podido disponer de vuestra vida?

—No he querido perder el honor.

—El honor os resta, sobrina. El Rey os concede lo que deseáis. El vizconde y sus compañeros van a salir de la prisión.

—Y yo del mundo.

—¡Mi querida, Elena, vivid para vuestro esposo, para vuestros parientes!

Veía el abate en las miradas de los médicos la declaración de su impotencia. Cuando más desesperado estaba, un hombre de elevado estatura, apareció llevando en la mano un vaso de cristal de roca, con un frasquito que contenía un licor verde.

—¡De parte del Rey! — exclamó al entrar.

Y acercándose al lecho llenó de agua la mitad del vaso, vertió en él siete gotas de su "elixir de esmeralda", y haciendo una seña a la doncella para que incorporase a la muchacha, le hizo tragar el brebaje... Dos minutos después las facciones de la señorita De Pal... palidecieron rápidamente, y su cuerpo, cayó sobre las almohadas.

—¡Ha muerto! — exclamaron.

—¡Está salvada! — dijo a su vez el recién llegado, firmemente seguro de no equivocarse.

Era el conde San Germán.

Explicaremos al punto esta fantasmagoría, que produjo tanto efecto al mismo Luis XV y tanta influencia dió al conde de San Germán en las intrigas de su tiempo. Ganado por la familia del joven mosquetero, el caballero re Arco había reparado con una mano lo que quiso estropear con la otra. Un veneno entregado por la doncella a la señorita De Pal... y cuyo antídoto había preparado el conde, introdujo esta complicación patética en una intriga que no podía desenlazarse según los deseos del Rey. Todo el mundo resultó engañado por aquel golpe de teatro, y los intrigantes salieron de su apuro con ventaja de todos.

En cuanto Elena pudo ser trasladada, su tío se la llevó del parque de los Ciervos. Al salir de allí la entregaron, de parte del Rey, un rico tarjetero conteniendo un bono de quinientas mil libras.

La víspera había dicho el Rey al vizconde de Benavente.

—Señor, esta vez doto la virtud.

Luego añadió riendo:

—Una vez no es costumbre.

El conde de Pal... fué desterrado, y al caballero de Arco, encontrado por el Rey a los pocos días, su majestad hubo de decirle en tono de gran seriedad:

—Sabed que aparte el consentimiento del padre, es de rigor el de la hija.

Desde entonces al caballero no se le vió por Versalles.

J. GARCIA MERCADAL

ATARDECER DE INVIERNO

La noche. La penumbra. La lámpara violeta.
El reloj esfumado de agorera silueta.
La vieja gata blanca que, ante el fuego, bosteza.
El abuelo que duerme y la abuela que reza.
El brillo de las velas ante el pálido santo.
Los cobres relucientes... Y el delicioso encanto
de oír que el viento ronda, como un ogro, la casa,
mientras que se adormece la mirada en la brasa...
. . . .
Las horas van pasando, cual cuentas de un rosario...
. . . .
—La abuela ha terminado de leer su breviario,
y, en el silencio enorme, su clara vocecita
murmura: "Era una niña rubia, Caperucita,
y era feroz el lobo que la aguardó en el prado..."—
. . . .
Y el gran reloj rezonga, como un perro cansado...

Manuel B. MUJICA LAINEZ

EL TABANO INDISCRETO

Están los enamorados tan seguros de que las mujeres no tienen corazón que cuando por cualquier motivo quieren dar muerte a la "bienamada", para no fallar en su intento les apuntan a cualquier parte... menos al corazón.

***

Nadie sabe cuando ofende a un semejante en el honor, ya que unos tienen el honor en el bolsillo, otros en los labios, otros en los talones y muy pocos donde se debe tener.

***

No hay nada más odioso que una mujer honesta engreída de su honestidad, cuando realmente esa mujer no hace más que cumplir su deber.

***

Es verdad que los automóviles causan diariamente la muerte de innumerables personas, pero no es menos cierto que gracias al automóvil el médico llega más de una vez a tiempo de salvarnos la vida.

***

Después de haber visto cuánto han hecho las mujeres por parecérsenos estoy convencido que es una gran cosa ser hombre.

***

Los que practican el bien pueden clasificarse en dos grupos: los que lo hacen por darse tono y los que lo hacen por temor al infierno.

***

Desde que me he enterado que los cocodrilos lloran, no creo en las lágrimas de nadie.

***

Es más cómodo compadecer a los necesitados con el corazón que compadecerlos con el bolsillo.

***

Todos los hombres hablan pestes del matrimonio, pero no hay uno solo capaz de quejarse de él.

***

Si se ahorcase a todos los hombres que lo merecen, ¿quién ahorcaría al último hombre?

José M. BRAÑA

LA MANO OCULTA

Por X. X.

Literalmente entró como una tromba en el despacho de dereck Lawson en momentos en que el detective se disponía a salir para ir a almorzar y tomándolo del brazo exclamó:

—Señor Lawson ¡Han arrestado a Don! ¡Se lo han llevado!... Y él es inocente! ¡Oh! Yo sé que es inocente!

Dereck la ayudó a sentarse y ordenó a Squib Baxter, su ayudante que trajese un vaso de agua.

La muchacha se calmó bastante, a efecto del cuidadoso tratamiento y pocos instantes después daba comienzo a la dramática historia.

Según dijo, se llamaba Juana Mervyn. Su hermano, Don Mervyn, había sido arrestado bajo la grave acusación de asesinato. La historia de lo ocurrido fué relatada entre zollozos y no parecía muy clara.

Ella y su hermano Don, eran artistas y ocupaban un estudio juntos en un camino de Chelsea. Jaime Wilson, también artista, ocupaba otro estudio en el piso inferior al de ellos.

Aquella mañana Wilson había sido encontrado muerto con una daga especial, clavada entre los hombros, en la espalda. En el estudio había sido encontrada una carta de Mervyn que contenía un aviso y una amenaza. Por la mañana Don Mervyn había estado en aquel estudio y se había oído el rumor de una acalorada discusión. Siguió a esto un portazo y media hora después al subir el portero varias cartas para Wilson lo encontró muerto. Se envió por la policía y ésta ordenó inmediatamente la detención de Don Mervyn.

—Yo sé que Don, es inocente, señor Lawson, — repetía la joven, El no es capaz de hacer una cosa semejante. ¡Yo me sentiría tan feliz si usted quisiera venir hasta el estudio para buscar alguna huella que llévase al descubrimiento de la verdad... ¡Haga el favor de venir... ¿Quiere?

Dereck Lawson jamás había desatendido la súplica de una mujer y menos en aquella ocasión en que creía firmemente en la sinceridad de la joven. Por eso algunos instantes más tarde marchaba con su automóvil, en compañía de su ayudante, hacia el lugar del hecho.

El agente que se hallaba de guardia en la puerta de la casa los admitió después de haber leído la tarjeta del detective.

En el estudio de Jaime Wilson había un médico de policía que examinaba el cadáver, y el superintendente de Scottland y Yard tomaba algunas notas.

—¿Va usted a tratar de defender al joven Marvyn. Lawson? — exclamó el policía. Es un mal asunto por que el caso es de los más claros que he visto, aún cuando Mervyn no es el tipo de hombre capaz de una cosa semejante. El jura que es inocente... Pero todo le acusa hasta la evidencia.

Con gran tacto, Lawson hizo algunas preguntas al policía y logró así conocer algunos detalles que había omitido la joven.

—Wilson ha sido encontrado en ese mismo sitio en que lo ve usted ahora, Lawson — dijo su informante. La paleta y los pinceles se hallaban en su mano. El cuchillo, al parecer, no causó una herida mortal, pero el doctor afirma que estaba envenenado y ese veneno es el causante del deceso... Sobre el escritorio encontré esta carta de Mervyn dirigida al muerto... Es una terrible prueba...

Dereck leyó la nota, rápidamente.

—"Wilson: — empezaba — Esta mañana ha insultado usted groseramente a mi hermana y no es la primera vez que hace usted semejante cosa. Mañana iré a verle y espero que sabrá usted pedir la debida disculpa.

Don Mervyn".

—Interrogado Mervyn admite que la carta es suya y que vino aquí. También admite que discutieron y que le costó gran trabajo dominarse y no castigarlo. Afirma que se marchó enfurecido y que cerró con fuerza la puerta del estudió...

Pero jura que no le puso para nada la mano encima a Wilson. Sin embargo media hora después éste era encontrado muerto. El no ha podido en forma alguna suicidarse clavándose en esta forma el cuchillo; Mervyn ha sido la única persona que lo visitó hoy. La pelea a causa de la hermana es un poderoso motivo... Sí, yo creo que el caso está claro...

—¿De dónde procede ese cuchillo? — preguntó Lawson. ¿Ha tratado de averiguar dónde fué comprado? Es un arma extraña. No puede ser vendida en cualquier parte estando envenenada como usted dice.

—No he hecho averiguación alguna en ese sentido, — dijo el hombre de Yard.

Le agradeceré que me comunique cualquier información que juzgue conveniente, Lawson.

Yo creo que ese hombre puede ser inocente, pero todo le acusa y mientras no se pruebe con la misma evidencia lo contrario debemes considerarlo culpable. Me retiro. Si descubre algo me telefonea a Scottland Yard.

Al quedar solos en el estudio. Lawson y Squib iniciaron una prolija investigación y examinaron cuidadosamente todo. El oficial de policía encargado de la investigación era un hombre habil y experto y poco había dejado por hacer. Pero Lawson tenía por norma suponer que nunca las cosas habían ocurrido como parecía, y en consecuencia partía de otras bases para la reconstrucción de los hechos.

—La parte por donde pueden fallar los cálculos de la policía es el cuchillo. Si ellos pueden probar que esa arma ha estado en las manos de Don Mervyn, está perdido. Pero un arma semejante, — continuó siguiendo el curso de sus pensamientos, — es muy extraña. Si la hubiesen comprado hace poco el vendedor recordaría seguramente a quién la había vendido. Acaso hallando al vendedor pueda encontrar la pista del asesino.

—Fué comprado en East End,— decía la nota. — Se ha vendido en una casa de artículos de segunda mano que hace esos negocios con marinos llegados de todas partes del mundo. Lo principal es que fué enviado al estudio de Mervyn y pagado con un cheque firmado por éste... Creo que esto contribuye a aclarar más el asunto. Opino que pierde su tiempo al tratar de probar la inocencia del detenido.

Dereck lo pensó así también. Pero recordaba la mirada de angustia de Juana Mervyny sus protestas de la inocencia de su hermano...Ella tenia la seguridad de que él no era capaz de una cosa semejante.

Dereck cambió el giro de sus ideas. ¿Conocería la joven quien era el verdadero asesino? ¿Acaso era ella la que había asestado el golpe fatal?

Era una posibilidad... aunque él no lo creía.

TRILOGO

¿Buscas?... la bóveda muestra
su brillante floración...
Pero no alargues la diestra...
¡Ten abierto el corazón!

¿Llamas?... El espacio, azules
respuestas lleva a tu frente
¡Echa a tus sentidos tules,
Y abre el alma reverente!...

¿Ruegas?... La cinta divina
de una aurora se dilata...
¡Pon un cielo en tu retina!
...Dios sus ternuras desata...

QUIEREME

Quiéreme un momento — quiéreme—
y después
te vas despacito de la senda mía
otra vez...
Y cuando te vayas,
las puertas del alma me debes cerrar
con la llave de oro
que te llevarás
por sí en el camino te amarga la sed
o al morir la tarde
tienes que volver...

Herminia del PORTAL

Habana — (Cuba)

Y nuevamente se inclinó hacia el suelo buscando una huella, la clave para aclarar todo aquéllo...

¡Hasta que al fin la encontró!... El amplio estudio de Wilson contenía en el centro un gran cuadrado de alfombra sobre la que yacía el cuerpo del pintor asesinado. Lawson estudió las líneas del cuadrado de lienzo que se hallaba en el caballete que estaba a su lado. Era evidentemente el bosquejo de un malayo una de esos fanáticos mestros en el arte de matar. La mano derecha, se veía en el dibujo levantada en actitud amenazadora y sostenía en alto un cuchillo similar al envenenado que había causado la muerte del pintor.

—Si hubiese el mismo Wilson comprado el cuchillo podríamos decir que lo adquirió para que lo utilizase el modelo. Pero Wilson no lo han compardo... sino Mervyn. Supongamos pues que Mervyn prestó el cuchillo a Wilson, lo que es posible... Pero el Yard no lo admitirá tan fácilmente. Pueden decir que él trajo el cuchillo cuando vino a pedir explicaciones a Wilson a su estudio... y que ha sido utilizado en un momento de ira... ¡Ah! Squib. ¡Trae eso aquí! Dereck señaló un maniquí de madera que servía para mantener una posición fija cuando no había modelo o éste se cansaba. Tengo una idea, — agregó.

El Ayudante obedeció la orden y Dereck comenzó a su manera a reconstruir el momento de la muerte.

—Yo ahora soy Jaime Wilson,— exclamó, — y estoy ocupado en trazar esta figura. Necesito el modelo aquí, en esta posición. Desde aquí lo veo bien. Eso es. Dame el cuchillo, Squib. ¡Bien! Ya está la escena preparada para que entre Don Mervyn. Tu serás don Mervyn, Squib. Sal afuera y llama a la puerta.

Solemnemente la tragedia fué reconstruída y Squib salió del estudio golpeando con energía la puerta de la misma forma que había hecho Don Mervyn... y Dereck lanzó una carcajada de triunfo.

—Ve al teléfono que encuentres más cerca y telefonea a Scottland Yard y dices al superintendente que venga. Avisa también a la señorita Mervyn. Di a los dos que voy a demostrarles que Don Mervyn no es el causante del golpe que causó la muerte de Jaime Wilson. Apresúrate y vuelve en seguida pues tu también vas a tener tu parte en la prueba. Una vez más debemos recontruir la escena de la tragedia ocurrida esta mañana.

Una hora más tarde se hallaba reunida en el estudio del artista muerto, cuyo cadáver había sido ya retirado, una curiosa asamblea. Dareck explicaba cuidadosamente a la policía lo que se proponía hacer.

—Antes de todo, si usted me lo permite, — dijo al superintendente, — deseo aclarar un punto concerniente al cuchillo. ¿Ha preguntado usted a Mervyn si él lo ha comprado, en efecto?

—Sí. Es más. Hizo voluntariamente una declaración al respecto. Dijo que sabía que Wilson necesitaba un arma de determinada forma para el cuadro que estaba haciendo y por eso lo compró al verlo. Pero, claro está que eso no se cree...

—Pues es la verdad. Agregó rápidamente Dereck, — Ahora deseo que ustedes se imaginen que yo soy Wilson y que estoy ocupado en mi trabajo. Pinto a un asesino malayo. Tengo mi modelo aquí... con el cuchillo preparado como para dar el golpe mortal. Pinto y espero la llegada de Don Mervyn quien me ha amenazado... ¿Me comprende?

El policía asintió, interesado a pesar suyo.

—Ahora, Squib, — dijo el detective volviéndose hacia su asistente. Empieza tu papel. Eres el enfurecido Don Marvyn y entras en el estudio para pedirme explicaciones. Discutimos acaloradamente pero, — tenga bien presente esto, señor superintendente. No peleamos. No hay lucha. Esto es un punto importante. Aquí no se han notado señales de lucha... Ni la figura de madera que se hallaba aquí como modelo ha sido tocada. Yo, discuto acaloradamente con la persona que ha venido a verme. Levantamos la voz y nos oyen desde afuera. Mervyn llega hasta amenazarme, comprende que pierde el control sobre sí mismo y se marcha dando un portazo.

El policía como los demás miraban la escena como fascinados. Dereck se hallaba en su puesto, pintando con la paleta y los pinceles en la mano. El maniquí de madera con el brazo en alto y el puñal en la mano amenazando al artista que estaba debajo.

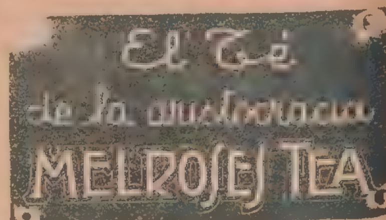
Entonces Squib salió golpeando con furia la puerta. El brazo del maniquí fué sacudido por la conmoción causada por el golpe de la puerta y el cuchillo envenenado salió por el aire yendo a caer, luego de describir un círculo en el aire, en el sitio donde se hallaba hasta pocos momentos antes Dereck. Hubo un silencio profundo, y luego, el superintendente de policía exclamó convencido.

—Lawson. Lo felicitó sinceramente. Creo que, en efecto, se trata de un accidente. El golpe no ha sido dado por Don Mervyn. La sacudida de la puerta ha movido al maniquí y el cuchillo ha ido a golpear a Wilson en la espada... Una sola cosa me extraña ¿Por qué estaba inclinado en aquel momento Wilson?

—Para levantar del suelo un pincel como hice yo. También pude demostrar eso... ¿ve?... Aquí sobre la alfombra hay manchas de pintura roja. Si recuerda bien, Wilson tenía en la mano un pincel untado con esa pintura.

—No cabe duda ya. El veneno completó la obra. El doctor lo ha dicho; la herida producida por el arma era apenas un arañazo, y el cuchillo quedó mantenido por la ropa...

Y ese fué el veredicto que pronunció el tribunal.



LA GIOCONDA

En el sutil encanto del paisaje toscano
con su belleza nueva, divina y floreciente
se yergue Monna Lisa, sonriendo vagamente
como a través de un sueño recóndito y lejano...

La juvenil pujanza del pecho soberano
contrasta con la ambigua dulzura de la frente
y su mirada flota, perdida en el ambiente
con su inquietud, su gracia y su inefable arcano.

Muy quedo la contemplo... Ya no es una criatura
que vive nuestra vida vulgar y dolorosa
y a lo que pasa y muere con ímpetu se aferra.

Su pálido semblante refleja la ternura
indefinible e irónica de un alma misteriosa
que mira desde lejos las cosas de la tierra.

Henani MANDOLINI

¡COMPLETO!

ACTO PRIMERO

El explorador enamorado.— Desde hace un mes estoy locamente enamorado de una preciosa modistilla que diariamente sube al autobús en este mismo sitio. ¡Oh, qué profundo y qué grande es el amor que siento por ella!

No me ha sido, sin embargo, posible montar en el autobús, ya que el galante cobrador que va en él la permite montar a ella sola, y cuando yo me dispongo a subir me grita siempre: "¡Completo!" Es cosa de volverse loco. Ni una sola vez he podido ir con ella. Siempre me lo impide ese cobrador, que no cesa de gritarme: "¡Completo!"

Tal vez por esto ella se muestra cada día más fría conmigo. ¡Ya está aquí!

La preciosa modistilla.—Caballero, desde ayer soy la prometida del cobrador del autobús.

El explorador enamorado. — ¡Maldición! ¿Es posible?

La preciosa modistilla. —Es inútil insistir. Mi papá le ha concedido mi mano anoche, a las doce y cuarto en punto.

El explorador enamorado. — ¡Qué oigo! Esta misma noche saldré de París para siempre y volveré al desierto.

La preciosa modistilla. — El autobús se acerca. Olvídeme si le es posible, caballero.

El galante cobrador del autobús. — ¡Sólo hay un asiento!

La preciosa modistilla sube; el galante cobrador baja la tablilla en la que está escrita la palabra "Completo", y después, dirigiéndose al enamoradizo explorador, le grita: "¡Completo! ¡Completo!"

ACTO SEGUNDO

El desierto

El explorador enamorado. — Han pasado diez años desde que, para olvidar mi infausto amor abandoné París y me refugié en el desierto. Han transcurrido diez años, y, sin embargo, mi herida sigue abierta. Acaso hubiera cicatrizado de no haberme puesto el Destino otra vez frente a ella. ¡Qué desgraciado soy! ¿Por qué su esposo habrá sido nombrado por el Consejo de Administración de la línea de automóviles orugas del desierto conductor de los mismos?

Varias veces me he encontrado con él, y no dudo que me ha reconocido, porque el otro día, cuando pasaba con su "auto" por el desierto, al distinguirme me gritó en tono extremadamente zumbón: "¡Completo! ¡Completo!"

Pero esta burla no puedo tolerarla más tiempo y he decidido vengarme. Mi rival pasa por aquí todos los días para dirigirse al depósito de los automóviles del desierto. Mi venganza será terrible. Uno de nosotros está de más en este mundo. Estoy decidido a provocarle hasta conseguir que nos desafiemos.

Pero si ella no ha de amarme nunca, mi venganza sólo serviría para que me maldijeran sus bellos labios. ¿Por qué no suicidarme yo entonces? ¿Para qué provocar a mi rival?

A mí es a quien le toca desaparecer. ¡Oigo ruido!... Es un cocodrilo que avanza. ¡Oh, qué idea! Sí; moriré ahora mismo. (En vez de huir espera al cocodrilo con los brazos cruzados) ¿Cómo es esto? ¿Cómo es qué el cocodrilo pasa cerca de mí y ni siquiera me mira? ¿No le gustará la carne de explorador? (De un salto se coloca delante de las narices del animal; pero éste ni siquiera le toca). ¿Qué es esto? (Vuelve a saltar para ponerse otra vez delante del cocodrilo). ¡Vamos, buen cocodrilo, no dés un mal ejemplo y cómeme! (En este momento, del cuerpo del saurio sale una voz. Es la del esposo de la preciosa modistilla, que acaba de ser tragado hace un instante, cuando se dirigía a su trabajo).

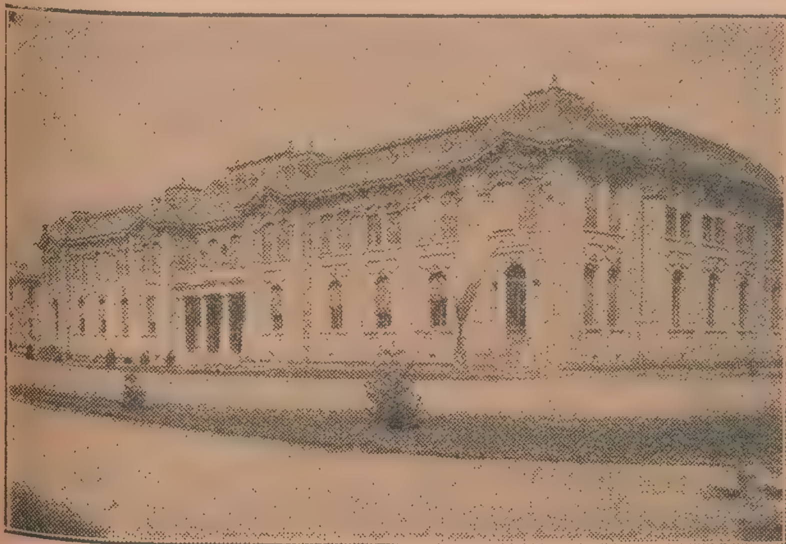
(La voz del galante cobrador del autobús en el interior del animal).

—"¡Completo!"

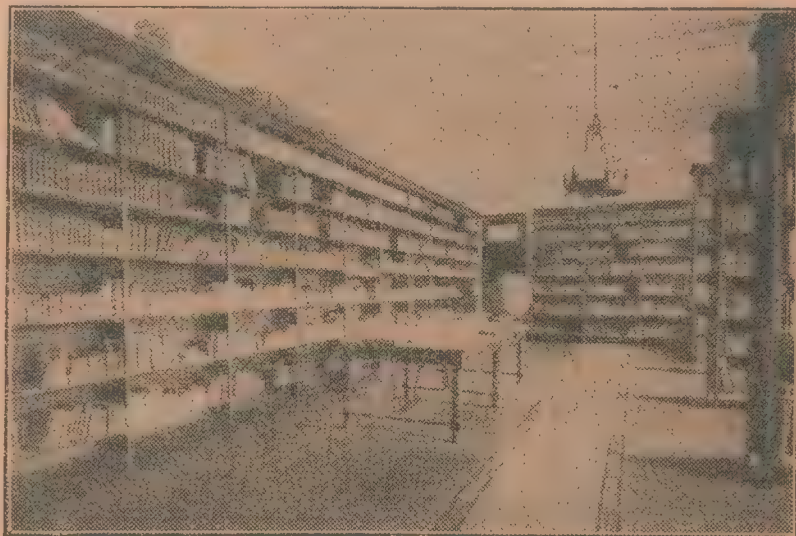
TELON

CALMI.

La enseñanza agrónomica en Chile y la creación de la Facultad de Agronomia y Veterinaria



Edificio principal de la Facultad de Agronomía y Veterinaria, de Stgo. de Chile



Un aspecto de la biblioteca de la Facultad de Agronomía y Veterinaria

Pocos acontecimientos son más característicos de la vida de cultura de los pueblos y del espíritu de perfeccionamiento del hombre civilizado que la creación de organismos sociales que llenen nuevas necesidad y abran nuevos horizontes. Las actividades agrícolas deben preocupar a los agrónomos para vencer la suficiencia de muchos la indiferencia de otros y la desconfianza de los demás.

Hace 54 años nació en Chile *La Enseñanza Superior de Agricultura*, después de haber sido decretada su fundación el 27 de abril de 1872, nació esta enseñanza al calor e iniciativa del aquel entonces presidente de la República, excelentísimo señor don Federico Errázuriz Zañartu y Ministro de Hacienda, don Ramón Barros Luco y su primer director-fundador, don Renée F. Le-Feuvre, dándosele unos años más tarde el nombre de Instituto Agrícola de Chile, después de varios procesos y progresando paulatinamente hasta este momento que baja la presidencia del hoy presidente de Chile, excelentísimo señor, general Carlos Ibáñez Del Campo y su ministro de Educación Pública, señor Barrios y del rector de la Universidad señor don Daniel Martner, se constituye la Facultad de Agronomía y Veterinaria, este establecimiento formará, desde ahora, parte integrante de la Universidad de Chile, con todo su personal directivo, administrativo y docente, con la misma organización que los estatutos vigentes establecen para las demás facultades. Por otra parte el rector de la Universidad se ha dado por recibido y se ha nombrado decano al distinguido profesional, ingeniero agrónomo, don Víctor M. Valenzuela A., viejo profesional conocido en la Argentina, y por cierto, real amigo de los profesionales del país. El ingeniero Valenzuela ocupó los cargos de director de educación agrícola y de director del Instituto Agronómico, director de los Mataderos Públicos de Santiago y otros cargos que hacen honor a dicho profesional.



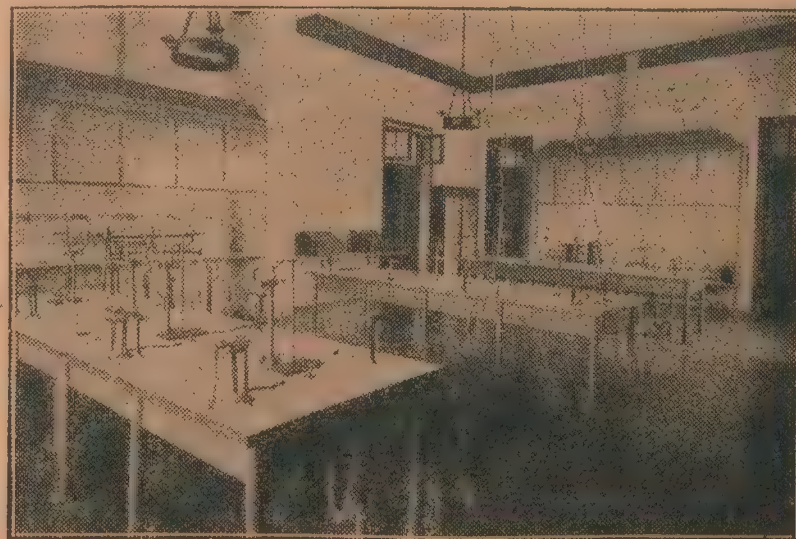
Ingeniero Don Víctor M. Valenzuela, primer decano de la Facultad de Agronomía y Veterinaria

El ingeniero Valenzuela dice sobre las ventajas que se obtendrán con la incorporación de la enseñanza agronómica a la Universidad, se va poder armonizar mejor la teoría con la práctica, se van a presentar muchos menos inconvenientes para robustecer y dar toda la seriedad que esta armonía merece, como lo han hecho los grandes países europeos después de la guerra, dando mayor ingerencia a la ciencia en las profesiones productivas: agricultura, industria y comercio.

Mariano C. MIRANDA M.



Aula de clases



Laboratorio de Química

La sirena de Pásig

(TRADICION FILIPINA)

Por Camilo Millán

I

Allá por el año de mil setecientos y pico, vivía en el pueblo de Malate, hoy arrabal de Manila, una familia rica compuesta de 3 personas: D. J. Insay, capitán pasado (1 y hombre relativamente instruído; su mujer, excelente esposa y mejor madre, y una preciosa dalaga (2) llamada Mameng (3), encanto y gloria del pueblo, pues con seguridad que en todo Manila y sus contornos no había otra mujer que pudiera competir con ella en hermosura ni en gracia.

Esta familia era relativamente feliz, y decimos relativamente porque en Malate, como en todo pueblo pequeño, los chismes y los enredos estaban a la orden del día y aún de la noche. D. Juan Insay, por lo mismo que era el más instruído, el más rico y por lo tanto el más influyente del pueblo, tenía muchos enemigos creados por la envidia, entre los que se encontraba Narciso Cabanatan, segundo manguinón (4) de Malate.

La enemistad que existía entre estos dos poderosos convecinos provenía de unas elecciones para gobernadorcillo (5) en las que Cabanatan resultó vencido por Insay: desde aquella fecha hizo el primero al segundo guerra a muerte, llegando su rencor a tal punto, que hasta pagó a un malvado para que asesinase a su contrario; pero como Insay tenía más partido en el pueblo, no faltó quién le diera aviso de las intenciones de Cabanatan, así es que cuando los asesinos asaltaron su casa, fueron recogidos en un lazo. Insay, generoso siempre, se contentó con recetar a aquellos desalmados cincuenta bejucazos y los dejó luego en libertad.

Comprendiendo Cabanatan que por tal medio no conseguiría más que comprometerse, recurrió a otro, más depravado aún que el anterior.

En el pueblo de la Ermita, limítrofe al de Malate, vivía a la sazón un apuesto bagontao (6) llamado Narciso, hombre irresistible para las dalagutas (7) y aún para las manais (8) algo casquivanas, una especie de Bocaccio en bruto, pues también hacía versos cuya especialidad consistía en ser de diferente metro y estilo que los que hacían sus compoblanos.

Según cuentan las crónicas, la irresistibilidad de aquel "Don Juan" para con las mujeres provenía de un maravilloso anting anting (9) del cual estaba en posesión, y que hacía que toda mujer a la cual se dirigiera le otorgase el "sí" y algo más.

A dicho joven se dirigió Cabanatan proponiéndole que enloqueciera a la encantadora Mameng y que la perdiera, puesto que no halló medio más seguro y eficaz para saciar sus deseos de venganza; pero Narciso se negó a ello por estar en vísperas de contraer matrimonio con Loleng (10).

Mésose los cabellos Cabanatan y hubiera estrangulado de buena gana a aquel Tenorio que de tal modo burlaba sus proyectos; pero sabiendo, por propia experiencia, que no hay indio que resista al poder del oro, ofrecióle cien pesos en relucientes monedas si accedía a servirle de instrumento. Planteada la cuestión en aquel terreno, no fué ya más que cuestión de regateo y el trato quedó cerrado en veinte onzas, con la condición de que en el plazo improrrogable de treinta días, Mameng, la hechicera Mameng, encanto de sus padres y orgullo del pueblo en que naciera, sería una de tantas criaturas arrojadas al cielo por la maldad de los hombres.

II

Aquel mismo día se puso en campaña Narciso, con tan buena suerte, que al pasar por frente a la casa de Insay vió asomada a la ventana a la encantadora Mameng: detúvose ante ella y la miró embebecido; pero la joven, sin fijarse en que era objeto de su contemplación, se puso a tararear el balitao (11). Si preciosa era ella, más lo era su dulce y armoniosa voz, Narciso se sintió mareado y a punto de volverse atrás del compromiso; pero el recuerdo de las peluconas le dió ánimo.

Acabó de cantar la joven y entonces fué cuando vió a Narciso: el rubor encendió al punto sus mejillas, y rápida como el pensamiento abandonó la ventana: aquella muestra de vergüenza y de timidez agradó a Narciso, quien ya se consideró dueño de la beldad.

Relatar los medios de que se valió para hablar con la joven sería difuso y a nada conduciría; baste saber que tres días después sostenían ambos correspondencia amorosa, y que el anting anting seguía prestándole al joven su protección.

Diariamente visitaba Cabanatan a Narciso para enterarse del giro que tomaban las cosas, y al saber que ya se hablaban y escribían los jóvenes, su alegría no tuvo límites: tanto era el odio que sentía contra Insay; pero no satisfecho aún con lo que el joven había conseguido en tan corto plazo, siguió hostigándole para que realizase lo ofrecido en el más breve tiempo posible.

También hostigaba a Narciso la que iba a ser su mujer, la enamorada Loleng, que no sabía darse cuenta de aquella inesperada dilación; así es que al verse entre dos fuegos arreció en su ataque y esgrimió lo mejor que pudo las armas de su ingenio.

Transcurrieron dos semanas y al anochecer de cierto día se notó que en el pueblo ocurría algo extraordinario. El gobernadorcillo Insay, con unos cuarenta individuos entre cuadrilleros y vecinos armados de lanzas y de bolos (12) salieron apresuradamente del pueblo y se encaminaron al de Santa Ana.

¿Qué había ocurrido para que se produjera aquella alarma? Cosa no rara en aquellos tiempos: una partida de talismanes (13) había asaltado el pueblo antes dicho, y era de esperar que de un momento a otro atacara al de Paco o al de Malate.

Acabó de cerrar la noche y con ella arreciaron los temores del vecindario: el pueblo quedó sumido en la mayor obscuridad y en el silencio más profundo.

Aún vibraba la última campanada de las diez, cuando un bulto se fué acercando a la casa de Insay: al llegar a la cerca se volvió e investigó los alrededores para cerciorarse de que nadie lo veía. Convencido de ello, silbó debilmente: un hombre abrió con sigilo la puerta y dejó que Narciso entrara.

Reinó en la calle el más profundo silencio, y en tanto que en el interior de la casa de Insay el angel del amor batía sus invisibles alas, el genio del mal, cerniéndose sobre ella en la obscuridad de los espacios, sonreía al ver a Mameng víctimas del odio de un malvado.

III

Pasó un mes desde la noche fatal en que la honra del ya anciano Insay fué inmolada por Narciso, instrumento de Cabanatan, y aún seguía en secreto el idilio de amor de Mameng y de Narciso, y en profundo misterio la deshonra de la joven.

El júbilo de Cabanatan no para contado; pero aún anhelaba más: quería completar su venganza haciendo pública la deshonra de Insay, y poco a poco fué consiguiendo con sus astucias que todo el pueblo de Malate y hasta el de la Ermita se enterasen, menos Insay, de quien podía decirse con el poeta: "Todo el pueblo lo sabía. — todo el pueblo menos él". Sin embargo, llegó un momento en que también lo supo.

Imposible describir lo que pasó entonces: arrebatado Insay por la cólera, casi loco, maltrató cruelmente a la que fuera su ídolo, y en un momento de verdadera enajenación, la maldijo y la arrojó de su casa.

Mameng, resignada como el mártir de su culpa, sufrió los insultos de su padre y solo cuando la maldijo se sintió morir y cayó de rodillas implorando misericordia y perdón; pero inútilmente: su padre volvió a echarla de la casa. Esta vez la infeliz no pudo sufrir más y cayó desplomada en el suela: su padre había caído exánime en una silla con el rostro encendido por la influencia de la sangre: estaba congestionado.

La madre de Mameng, hecha un

REBELION

No me mires en los ojos
por favor!
que otro ha mirado en mi alma
llegando a la fuente misma
del amor...
No me beses en los labios
por favor!
bésame solo en la frente,
que los besos en la boca
son de amor!
No me aprisiones las manos,
por favor!
ellas son dos mariposas
que anhelan batir sus alas
con amor.
No me toques los cabellos,
por favor!
que con ellos he trenzado
la cadena luminosa
de otro amor...
No sujetes mi cabeza,
por favor!
que dentro está el pensamiento
siguiendo el vuelo infinito
de otro amor!
No interrumpas mis canciones
por favor!
que en ellas está vibrando
el acento misterioso
de ese amor.
Ni detengas mis impulsos
por favor!
No habrá nada que reprima
la impetuosa primavera
de este amor!

Clarisa G. de DIEGO ARBO

---

(1) Ex alcalde.
(2) Joven soltera.
(3) Carmen.
(4) Cacique.
(5) Alcalde.
(6) Mozo soltero.
(7) Jovencitas solteras.
(8) Mamás.
(9) Especie de amuleto.
(10) Dolores.
(11) Baile popular.
(12) Cuchillos largos parecidos a machetes.
(13) Bandidos.

mar de lágrimas, corría de un lado a otro socorriendo a su hija desmayada y a su esposo casi moribundo. El cuadro no podía ser más desgarrador: llamaron al mediquillo (1), que sangró inmediatamente a Insay salvándolo de una muerte cierta, aunque preferible hubiera sido para él morir que vivir con el alma destrozada.

Al mismo tiempo que en la casa de Insay se desenvolvía tan desgarradora escena, Cabanatan y Narciso ajustaban cuenta y el último recibía de manos del primero los trecientos veinte pesos en oro, pago de la deshonra de Insay: el rostro de Cabanatan evidenciaba el júbilo que le causaba la desgracia de su rival. ¡Horrible contraste! En un lado oprobio y lágrimas; en otro, la satisfacción de la codicia y el placer de la venganza.

IV

Un mes estuvo en casa Insay luchando entre la vida y la muerte, en cuyo tiempo su hija, enferma de cuerpo y de alma, esperó en vano a su amante. Cada día que pasaba sin ver ni hablar a Narciso, sentía con más fuerza la pasión de los celos: Ignoraba que todo hubiera sido una farsa para satisfacer el odio de un hombre. Creía que no iba a verle por temor de que su padre le exigiese estrecha cuenta de su conducta, e ignoraba que su padre lo desconocía por completo, puesto que en el papel en que anonimamente le notificaron su deshonra, omitieron el nombre del autor de ella.

Así transcurrieron algunos días más: Insay casi restablecido de su dolencia, había abandonado el lecho y casi parecía un cadáver. Varias veces su mujer le habló de su hija; pero él cortaba en seguida la conversación y hasta prohibió que la nombraran.

Una tarde en que el cielo estaba cubierto de plomizas y compactac nubes, señal evidente de próxima tempestad, entró Mameng agitadamente en el cuarto de su padre, lívida, con los ojos desencajonados, la boca torcida, el pelo suelto y la ropa descompuesta: detúvose en presencia de aquél, quien al verla se había levantado de la silla en que estaba sentado. El primer impulso del pobre padre fué correr hacia su hija, pero el recuerdo de su deshonra lo contuvo. Sin embargo, con voz alterada por lo extraordinario de la emoción, le preguntó que era lo que quería; pero ella, sin responder en realidad a la pregunta de su padre, exclamó con voz desgarradora y estridente:

—Matadme, padre mío: ¡se ha casado!

Al oír aquéllo, la cólera de Insay, calmada por unos instantes, estalló con mayor violencia, y cogiendo a su hija por un brazo y oprimiéndoselo con todas sus fuerzas, le preguntó:

—¿Quién es ese miserable, dí, quién es, que no escapará a mi venganza?

Al oír aquellas palabras, se rehizo la joven y repuso:

—¿Luego no lo conocéis?

—No.

—Pues entonces, antes la muerte que deciros yo su nombre.

—¡Malditos seáis los dos! Sal en seguida de mi casa, rugió el irritado anciano.

Mameng, desesperada, abrió la puerta y corriendo como una loca, abandonó la casa de sus padres. La tempestad rugía en el espacio; la noche se aproximaba rápidamente.

V

Eran las doce. Manila yacía sumida en impenetrables tinieblas: ni una sola persona transitaba por sus alrededores. El silencio de la noche solo era interrumpido por la soñolienta voz de los centinelas que desde las murallas de la ciudad vigilaban el campo exterior, y por el insesante y monótono golpear del aguacero en las hojas de los árboles.

La tempestad empezó a atronar el espacio.

Todo era pavoroso en aquella noche.

De la parte de Paco y con dirección al puente de piedra, hoy "puente de España", cruzaba una persona a todo correr por entre la hierba y la maleza, despreciando el crujido de la tempestad. Aquella persona era Mameng.

Cuando salió de su casa echó a andar a la ventura, sin conciencia de lo que hacía, sumida, como estaba, en profundas meditaciones. Andando, andando, fué hasta cerca de Santa Ana, regresó hacia Paco, tomó por Tandnay y llegó a Arroceros, cuando un trueno horrible la sacó de su abstracción. Y la sacó de ella en mal hora, porque tan pronto como tuvo conciencia de sí misma, volvió a su mente la horrible realidad, y entonces fué cuando verdaderamente creyó volverse loca y emprendió vestigibiosa carrera. Detúvose cerca del puente para tomar aliento, y cuando iba a seguir, una voz lúgubre y cavernosa que parecía salir de la tierra la detuvo diciéndole:

—¡Detente!

Miró Mameng hacia el sitio de donde provenía la voz y vió a un hombre que como por el aire se acercaba a ella. Tuvo miedo y quiso escapar, pero de nuevo oyó la misma voz que le decía:

—¡Detente!

El fantasma llegó a su lado. Era un hombrecillo de cortísima estatura, de tez lívida como la de un cadáver, de ojos pequeños que parecían despedir chispas, de nariz chata y aplastada y de abundante cabellera que le cubría la frente y parte del rostro. Mameng se sobrecogió a la vista de aquella extraña figura.

—Escucha, le dijo el asuang (2), pues no era otra cosa aquella aparición. Sé lo que te pasa. Desde que empezaron tus amores con Narciso no te pierdo de vista, porque sabía como iban a acabar. Tu destino está bien claro: la miseria y el desprecio. ¿Quieres seguir mi consejo?

—¿Cuál es tu consejo?

—Tú estás ahora más enamorada que nunca de Narciso, ¿no es verdad?

—Lo estoy, contestó Mameng.

—¿Sabes que él ya imposible para tí?

—Lo sé, desgracia[illegible]iente.

—¿Qué darías por[illegible]e fuese exclusivamente tuyo?

—La vida.

El asuang lanzó una carcajada cuyo timbre metálico hizo estremecer a Mameng.

—¿Te parece lo bastante dar la vida por Narciso? Cuenta que sin él pronto la perderás.

—¿Qué quieres entonces?

—Tu alma.

Mameng dudó un momento, pero dominada por el vértigo exclamó:

—Bien: tuya es si me lo das como has dicho.

—Pacto hecho; y ahora, escucha. Para conseguir lo que quieres es preciso que me obedescas, Arrójate al Pásig; yo te convertiré en sirena y te traeré a Narciso.

—¿Me lo juras?

—Yo no te juro: te lo prometo.

Estoy dispuesta; ¿cuándo lo tendré?

—Pasado mañana.

—Conforme: adios.

(1) Curandero habilitado de médico
(2) Espíritu maléfico que se aparece a los indios bajo distintas formas y al cual tienen verdadero horror.

DESAIX

I

En una batalla perdida para todos, Desaix no retrocedió, no se movió de su puesto.

Un ayudante de campo, algo asombrado, fué al galope a decirle:

—General ¿no habéis ordenado la retirada?

—Sí, amigo; la retirada del enemigo.

II

Desaix en Marengo hizo lo contrario precisamente que Grouchy en Waterloo. Grouchy se atuvo a la orden dada, y no se movió, Desaix, juzgando cambiada la situación al oír el cañón a lo lejos, sin considerar la orden que tenía se vuelve y restablece la batalla.

Se acerca Bonaparte a quien rodean los generales. Napoleón les dice en qué estado se encuentra la jornada. Todos opinan por retirarse. Bonaparte nada dice y quiere que hable Desaix.

Este echa una ojeada sobre el campo de batalla. Después saca su reloj.

—Sí — dice — la batalla está perdida; pero no son más que las tres. Todavía tenemos tiempo de ganar otra.

¡Nobles y sencillas palabras, que demuestran su corazón unimoso y la idea que tenía de un ejército que, herido, diezmado, podía, sobre el mismo campo de batalla y en el mismo día, recupérar la victoria!

Las tropas que había traído avanzaron para acometer el frente de los austriacos. El ejército, rehecho, cae sobre el flanco. El enemigo le cree en retirada. De pronto se ve saludado por la metralla de doce piezas pue causan una mortandad horrible.

Desaix, a caballo, a la cabeza de la 9a. división, oculto en un pliegue del terreno, sale bruscamente y da una carga a quema ropa.

Los austriacos contestan. Desaix cae. Una bala le ha herido en el pecho.

Está a punto de morir, no pronuncia más palabras que éstas:

—No digáis nada.

Fué comprendido. Le taparon la cabeza con su mismo capote. Pero no era posible ocultar su muerte. La 9a. división, furiosa de dolor, se precipita sobre el núcleo de los austriacos y gana en esta lucha terrible el sobrenombre de 'Incomparable' que conservó hasta el fin de nuestras guerras.

Desaix fué hallado con mucho trabajo. Se le reconoció principalmente por su abundante cabellera negra.

La batalla, decidida por él, dió la paz al mundo, y el Imperio al Primer Cónsul.

J. MICHELET

Y la joven se aproximó a la orilla, dedicó a sus padres un último recuerdo y se arrojó al río.

La desgraciada Mameng había dejado de existir.

VI

Tres días habían pasado desde la desesperación de Mameng: cuántas pesquisas hicieron sus padres para encontrarla fueron inútiles: el río no devolvió su cuerpo.

Narciso se había unido a Loleng en matrimonio el mismo día en que la desgraciada Mameng se arrojó al Pásig: estaba en los comienzos de su luna de miel.

Su mujer, voluntariosa y genial, tenía sobre él absoluto dominio.

Al tercer día de la unión Loleng tuvo un extraño capricho, sugerido sin duda por el asuang: el de comer candule (1), pescado por él, indicación que fué para Narciso un mandato. A las seis de la tarde salía éste de su casa con una dala (2), y se encaminó al sitio en que hoy está el puente de Ayala.

Desgraciado estuvo en la pesca: a las siete y media no había cogido ningún candule. Preparábase ya para regresar a su casa, cuando creyó oir que desde el centro del río pedían socorro. Miró hacia el sitio de donde provenía la voz y vió, gracias a los fulgores de la naciente luna, la cabeza de una mujer, al parecer encantadora, que a intervalos se sumergía. Inmediatamente se despojó Narciso de la camisa y se arrojó al río con el propósito de salvar a aquella criatura que pedía auxilio.

La corriente era fortísima: a Narciso que era buen nadador, le costaba mucho trabajo avanzar.

A medida que se acercaba al sitio en que estaba aquella mujer, notaba más su hermosura y veía que la corriente la arrastraba como a él.

La situación se agravaba por instantes: ambos estaban rendidos por el cansancio y la corriente no les permitía acercarse.

Cuando llegaron a poca distancia del puente de piedra comprendió Narciso que le era imposible salvar a aquella desgraciada y pretendió ganar la orilla; pero entonces la mujer fué la que se aproximó rápidamente a él. La luna brillaba ya clara y reluciente a regular altura esparciendo sobre la tierra y el río sus haces de luz.

Uno de los brillantes rayos dió en la cara de la mujer en el momento en que Narciso volvía la cabeza para mirarla, y un grito desgarrado, horrible, arrancado por el terror salió de la garganta del joven.

Mameng abrazó frenéticamente a Narciso y le dijo con acento indescriptible:

—Ya eres mío, sí, mío para siempre, y volviéndose hacia la margen izquierda del río gritó: ¡Gracias!

La voz cavernosa del asuang le contestó:

—¡Estamos en paz!

Y Mameng, estrechando a Narciso entre sus brazos con más fuerza cada vez, se sumergió en el caudaloso Pásig.

VII

Nada volvió a saberse de Mameng ni de Narciso: pero cuenta la tradición que ambos moran unidos desde entonces en el fondo del río, guarecidos en estrecha cueva formada por el embate de la co-

Un humorista del humorismo

Luis Pozz Ardizzi con "Divagaciones de un loco suelto reedita el éxito de "La moral de don Filántropo".

Hace tres años, en estas mismas columnas, al aparecer el primer volumen de Luis Pozzo Ardizzi, dijimos: "Con este libro, significa un serio valor dentro de nuestra literatura humorística. El señor Ardizzi une a un profundo poder de observación, la fibra graciosa y la realización oportuna. El autor de este volumen no necesita títulos complementarios para triunfar; le basta el acierto con que cultiva sus asuntos."

Bajo la impresión de las líneas que anteceden decidimos visitarle. Un rápido viaje ferroviario nos conduce a una villa vecina, donde reside el entrevistado. (Ocultamos el nombre de la localidad en atención a la tranquilidad de Ardizzi. Aludimos a sus admiradores.)

Enfilamos una avenida de "chalets". Las señas del escritor coinciden con uno de ellos. Nuestra sorpresa despierta. A manera de saludo, le interrogamos:

—¿Esta propiedad es suya?

Como nos contesta afirmativamente, recordamos instantaneamente uno de sus cuentos más celebrados: "Filosofía del hombre que no paga sus deudas".

—¿Es usted feliz en este retiro?

—Completamente. Vivo alejado de la urbe por varias causas. La fundamental es despistar a mis acreedores. Como ustedes verán, me mantengo fiel a mis doctrinas. A pesar mío, solo una vez me ví eñ situación crítica por querer eludir un pago...

—¿Cómo?

—Sí; el de una travesía. Desempeño funciones en "La Razón" y en ocasión del naufragio del "Mafalda", el director me indicó que debía embarcarme en el "Duca degli Abruzzi", que partiría rumbo a la isla de Flores, a fin de recoger náufragos. Todas las gestiones que hice en el sentido de participar en el viaje fueron inútiles. Entonces recurrí a un medio extremo: me oculté en un rincón cualquiera. Ya en alta mar, me presenté sonriente sobre cubierta y presenté mis respetos al capitán.

—¿ Y ?... — interrogamos, anhelantes.

—El capitán mandó arrojarme al agua... Afortunadamente, varias personas que se encontraban presentes, entre ellas un alto funcionario de la compañía, impidieron que fuese a relatar cuentos humorísticos a los tiburones.

Ante relato tan inverosímil, optamos por cambiar de conversación. Pozzo Ardizzi nos observa y dice:

—¿Ustedes, si no me equivoco, son poetas?

Aprobamos con un gesto afirmativo y entonces nos invita a comer. Después de un rasgo tan comprensivo no podemos seguir elogiándolo, pues no faltará quien diga que le alabamos bajo la impresión de su almuerzo...

Nos limitamos, pues, a preguntar:

—¿Qué opina del género humorístico que se cultiva actualmente en el país?

—Que pocos son los que aciertan: aún está latente el recuerdo de Eugenio Cambaceres y Eduardo Wilde, los que han sido dos verdaderos humoristas argentinos. Ahora, creo sinceramente que el mejor humorista nuestro, del momento, es Roberto Gache.

—¿Qué tipó de relatos predomina en su nuevo libro?

—El corto, en general. En conjunto es similar al de "La moral de don Filántropo", libro éste que los lectores toleraron pacientemente dos ediciones. Mis amigos íntimos trataron de disuadirme que le pusiera por título "Divagaciones de un loco suelto", porque dicen que la gente mal intencionada podría ver en ello una alusión. Pero yo creo que en este siglo de la radio todos tenemos algo de ruido en la cabeza y por eso el título me parece apropiado.

—¿Puede hablarnos de algunos de sus cuentos?

—Son sumamente raros. Citaré algunos títulos. "El hombre que tenía olor a Museo", "La estatua del hambriento desconocido"; una parábola de la fatalidad que lleva por título "Historia del árbol que tuvo vergüenza", además un ensayo del bolchevikismo en la selva, con atinadas reflexiones en boca de diversos animales, los que a juicio del autor casi siempre resultan más inteligentes que los hombres...

Ha terminado el almuerzo y el reportaje. Salimos a pasear nuestro "ruido en la cabeza", por las calles soleadas de la misteriosa villa. Pozzo Ardizzi nos acompaña hasta la estación. Una cuadra antes de llegar, vemos a una hermosa joven acariciando un pilar. Caminamos en silencio, en silencio subimos al tren. Antes de partir éste, preguntamos a Ardizzi, que se encuentra silencioso como una telefonista cuando más necesitamos la comunicación:

—¿En qué piensa?

—En esa chica que trataba de seducir a ese pobre e indefenso pilar...

El tren se aleja y nosotros nos lamentamos y pensamos qué felices seríamos si hubiésemos nacido pilares.

Eduardo María de OCAMPO.

rriente en una de las viejas pilas del puente de España; y tan creída es esta versión por los sencillos habitantes de la ciudad, que hay muchos que aseguran haber visto a la encantadora Mameng, convertida en sirena, batir con su cola las rizadas aguas del río, y no falta tampoco quién asegura haber visto, en ocasiones en que la transparencia del agua permite distinguir los objetos a grandes profundidades, al en otro tiempo gallardo Narciso, convertida ya en decrépito anciano de blancos cabellos y arrugada faz, unido indiscutiblemente a los encantos arrebatadores de la que un día fué juguete vil de su codicia y blanco infeliz de sus livianos deseos.

(1) Pescado parecido en su forma al besugo.

(2) Arte de pesca en forma de cuchara.

TERAPEUTICA

EL DOCTOR. — ¿Guarda usted el régimen que le mande; comer lo que un niño de tres anos?

EL ENFERMO. — Sí, señor. Hoy he comido dos puñaditos de tierra, un botón, dos cerillas y cáscara de naranja.

CONYUGAL

—¿Me ha cosido mi mujercita el botón del abrigo?

—No, querido; no he podido encontrar el botón, pero te he cerrado el ojal.

ENTRE AMIGOS

—¿Qué le ha recomendado el doctor para los dolores de cabeza?

—Me ha dicho que no debo tomar ninguna bebida alcohólica.

—¿Ni siquiera whisky?

—No me atreví a preguntarle por si me lo prohibía también.

ENTRE PADRE E HIJO

—Es preciso que me case, papá.

—No, hijo; para eso hace falta que tengas más juicio.

—¿Y cuándo tendré más juicio?

—Cuando se te quite de la cabeza la idea de que es preciso casarse.

"(Continuación de "La muerte misteriosa de Luz Esteban")

—Hasta cansarme; primero con el timbre, que suena mucho; luego con los nudillos. ¡A ver si la ha sucedido algo malo!...

La portera convenció a Benita de que debía llamar nuevamente. Hízolo así la muchacha, y a poco tornó a bajar, lívida, acobardados los ojos, las manos trémulas y frías.

—No abren — balbució—, no abren, y, sin embargo, la luz del recibimiento está encendida. Por el montante de la puerta se ve el reflejo.

—Y antes, cuando subiste por primera vez, ¿estaba apagada?...

—No me fijé...

La señora Julia frunció el entrecejo: la silueta huidora "del hombre de la trinchera" volvía a su espíritu. Aunque acobardada, tuvo un rasgo de valor.

—¡Vamos a subir las dos!

Benita denegó con la cabeza.

—¿Yo subir?... ¡Ni arrastrada! ¿Y si hubiera ladrones?... Mejor será avisar a los guardias...

En esta discusión se hallaban cuando apareció don Luis, apersonado y pulcro, y con la cara risueña de todos los días. Informáronle ellas de lo que ocurría, y a sus malicias policiales él opuso un gesto incrédulo.

—Ahora saldremos de dudas — dijo—, pues yo traigo el llavín de la puerta.

Dirigiéndose a Benita, que con la presencia de su amo aparecía recobrarla, añadió:

—Ven; no tengas miedo. Lo que sucede es que mi mujer, cansada de estar sola, se habrá echado a dormir.

Subieron; él iba delante. Momentos después la señora Julia, a quien su instinto porteril había aconsejado mantenerse en acecho, oyó lamentos y voces de "¡socorro... socorro!"... Inmediatamente ella y otras vecinas, acudidas como por ensalmo, precipitáronse escaleras arriba. En el segundo rellano vieron a Benita y a don Luis que bajaban trémulos, espantosamente pálidos, agarrándose a las paredes y sin apenas poder hablar.

—¡Han matado a la señora! — tartamudeaba la criada—. ¡En el gabinete está!... Muerta... ¡Da horror!... Yo la he visto... ¡Está muerta!...

* * *

El asesinato de Luz Esteban monopolizó la atención pública y apasionó a los reporteros durante varias semanas. El móvil del crimen había sido el robo, puesto que su autor escapó llevándose todas las alhajas de la víctima y cuanto dinero y objetos de algún valor halló en los armarios. Lo inaveriguable era el asesino. Fundándose en lo declarado por la señora Julia y otras personas, los periódicos hablaron insistentemente de un hombre, "manco del derecho" y vestido con una "trinchera gris". Pero este señalamiento, aunque harto expresivo, no dió fruto, y el rastro, al fin, acabó por perderse.

Psicólogo hábil, Luis López había trazado bien los pormenores de su obra ominosa. El estaba cierto de que la manquedad, aparentada fácilmente con sólo abstenerse de introducir su brazo derecho en la manga correspondiente del impermeable, era una anomalía impresionante de tal fuerza, que bastaba por sí sola para desfigurarle y evitar que nadie le mirase al rostro, como así sucedió.

El dictamen de los peritos respecto a que el agresor era zurdo, según lo atestiguaba la espantosa herida por donde a Luz Esteban se la evaporó el ánima, y el haber manifestado Benita al juez que no fué "el señor", sino "la señora", quien la dió permiso para salir a ver a su madre, también le favorecieron.

El hecho de dejar prendidas las luces del recibimiento, del gabinete y de la alcoba contribuyó asimismo a ponerle al abrigo de cualquiera sospecha, pues a las seis de la tarde — hora en que la portera de su casa le vió salir — aún era de día. Todo le ayudaba.

Finalmente, el robo que el miserable simuló cooperó más que nada a desorientar a la justicia, y por esta vez la Verdad "no salió del pozo".

Comentando una película policíaca, Luis López — cuya historia repugnante conozco, pero a quien mi conciencia honrada se niega a delatar, — me decía:

—Crea usted que en los crímenes célebres, como en las obras del teatro, el mérito está en la preparación, en los detalles..., más que en el argumento.

GERARDO DIEGO

Poeta moderno, inteligente, estudioso, autor de obras que lo colocan en el nivel de los grandes literatos españoles, como el que viviera en Soria, M. Machado, que extrajo de su intimidad cantos bellos, inspirados por la antigua ciudad castellana, Gerardo Diego se encuentra a la metrópoli, casi ignorado, no obstante ser uno de los poetas jóvenes más interesantes del momento actual, según el juicio de la crítica literaria. ....

Como homenaje a su personalidad publicamos una de sus poesías — que hacen su elogio mejor que cualquier adjetivo.

Si la luna fuera espejo
que bien que yo te vería.
Si la luna fuera espejo
—dámela,
—tómala,
y ponla en el cielo ya—
cuantos eclipses habría.
Por tu culpa los astrónomos
todos se suicidarían.
Y tenerte a tí muy lejos
que poco me importaría
si la luna fuera espejo
Nace un niño, otro, otro más.
Agenos niños, pero tuyos todos.
Todos los niños del mundo
te alumbran tu cielo inmortal.
Cuéntalos, llámalos, duérmelos ya.
Ay, que uno se va a hacer hombre,
y otro mujer,, y otro más.
Que las estrellas del cielo
se te están cayendo al mar.
Llora, llora, llóralas.
Otra estrella está saliendo,
y otra y otra y otra más.
Ponlas tú los nombres nuevos
y en el cielo clávalas

Gerardo DIEGO -

La pava con castañas

Por Arkady Avertchenko

—Vassile, es tu sobrino Stepan que viene para felicitarte — dijo la mujer al marido.

—Envíale a paseo.

—No me parece bien. Es pariente tuyo. Dale los buenos días y regálale tres rublos. Yo no puedo atenderlo porque he de cuidar la pava.

—A propósito, ¿qué haremos con la pava?

—Haz lo que quieras. No haber invitado a tus amigos a comer pava hoy y mañana no teniendo más que una.

—Sí, es bastante molesta la situación. ¿En dónde está ese estúpido de Stepan? Envíamelo.

—Te espera en la antecámara. ¿Quieres que le llame?

—Sí. Trataré de librarme de él antes de la llegada de los invitados.

Stepan entró en el despacho. Era un muchacho de pómulos salientes, larga mandíbula, ojos temerosos y pecho tan hundido que al caminar bajo la lluvia el agua quedaría embalsada. Iba mal vestido.

—Felicidades, tío — dijo—. Os deseo muchas felicidades. Sí... pudiese usted..., en fin...

—Sí, eso es, te comprendo. Dime, Stepan, ¿no podrías tú buscarme en algún lado una pava?

—¡Hoy! Es el primer día de Navidad y todo está cerrado.

—Es que mira lo que me ocurre Stepan. No tenemos más que una pava y, sin embargo, tengo invitados a comer para hoy y mañana...

—Decid que estáis malo.

—No lo creerán.

—Entonces decid que la cocinera la ha quemado...

—Tampoco está bien esa disculpa.

—¡Ah! Que uno de los invitados diga que ya está harto y que es una pena principiar la pava.

—¡Bravo, Stepan! Quédate a comer con nosotros. Tú serás el que votes contra la pava. Para que puedas sentarte a la mesa te daré unos zapatos míos magníficos. Bien, hombre. ¿Sabes que no eres tonto del todo?

Stepan, durante la comida, hizo los honores de la conversación. Contó varias anécdotas en las que Mi-tiouky era el héroe obligado.

Sirvieron lo pava. Los invitados aspiraron avidamente el delicioso olor. Stepan entonces se levantó y exclamó con aire mundano:

—¿Aún esta pava? ¿No es para volverse loco? ¡Pero si ya hemos excedido la medida! Estamos todos hartos, ¿verdad, señores? No vale la pena de empezarla.

Los invitados murmuraron algo ininteligible.

—Retiradla — continuaba Stepan.— No hay por qué empezarla, palabra.

Su tío insistió hipócritamente:

—Tomaréis siquiera un pedacito. La pava parece buena. Además está rellena de castañas...

Stepan se dobló sobre la mesa y aproximó su rostro al volátil.

—¿Habéis dicho que está con castañas?

Sus labios se humedecieron y sus ojos brillaron con tal glotonería que el anfitrión tomó la fuente y dijo:

—Bueno. Puesto que nadie la quiere, que se la lleven.

—Pero es que... si es con castañas... no me negaré a tomar un pedazo. Sí, dadme un poco de pechuga.

—Puesto que la empezáis, dadme a mí también — dijo la vecina de Stepan.

—Y a mí.

Cuando no quedó de la pava más que los huesos el dueño de la casa dijo a Stepan que se había recibido un recado por teléfono para él, y ambos salieron del comedor.

—¡Ah, miserable! ¿Qué has hecho? Me habías prometido rehusar y has sido el primero en caer sobre la pava.... Te he tratado como a un personaje de importancia y te has conducido como un cochino. ¡Miserable!

Gemía Stepan:

—Pero tío, ¿por qué ocultarme que estaba guisada con castañas, por qué? ¡Oh! Yo no había comido nunca pava con castañas... Os juro que no fué mía la culpa; fueron las castañas...

—¡Largo de aquí! ¡No vuelvas a poner los pies en mi casa!

En tanto Stepan se alejaba, la nieve caía en torno suyo helándole las manos, los pies y el cuello..

EL ESPIONAJE DURANTE LA GUERRA

Como supieron los aliados que Alemania iba a comenzar la despiadada campaña submarina.— La "40. O. B." captó y descifró el mensaje en que el gobierno alemán daba gravísimos informes a sus representantes en Norteamérica y Méjico.

En la luminosa primavera de 1914, para el público inglés la guerra era un peligro muy lejano. Ni una nube turbaba la serenidad de la paz mundial. Las compañías ferroviarias ofrecían sus atractivos programas de veraneo, se organizaban excursiones económicas al valle del Rin, a la Selva Negra y a otros bellos parajes de Alemania, todo ello con profusión de anuncios en lo periódicos. Las playas iban viéndose invadidas por los veraneantes más impacientes.

En Cowes, la realeza alemana era huéspeda del rey Jorge. Excursiones en yate, partidos de cricket y carreras de caballos atraían la atención del público. En la guerra no podía pensar nadie que no fuese un amargado pesimista.

No obstante, los que estaban en el secreto de la intriga y la diplomacia internacional hubieran podido afirmar que la guerra era inevitable. La cuestión única era saber el momento fatal en que estallaría.

Por ejemplo, la sección especial del Scotland Yard y el departamento de Inteligencia Naval del Almirantazgo sabían que Alemania tenía en Inglaterra un verdadero ejército de espías que día y noche trabajaban en allegar informes acerca de la flota, la artillería de los buques de guerra y la solidez de la defensa de las costas, preparando el día en que Alemania debiera dar el golpe decisivo que la hiciese señora de los mares.

No era esto el funcionamiento normal del sistema de espionaje de que toda gran nación dispone en tiempo de paz, sino una campaña intensa en alto grado bajo la dirección de los agentes más listos de servicio secreto que hubiera en el mundo.

No se traslucía en ello la brutal amenaza que ocultaba. En Portsmouth dos fingidos viajantes holandeses hacían activísimo comercio de cigarros con los oficiales de la Marina. A juzgar por las cartas que diariamente mandaban a Holanda, dijérase que en los barcos nadie fumaba sino lo que ellos vendían. Pero los comerciantes no eran tan inocentes como parecían ser, y en sus notas de pedidos de cigarros iba para los alemanes noticia de la fuerza naval que teníamos en los diferentes apartaderos.

En la costa oriental un profesor del aspecto más inofensivo del mundo, y que se hacía llamar Smith, andaba todo el día por la playa, caladas las gafas, haciendo evidentemente averiguaciones geológicas. Pero un submarino alemán que acechaba a varias millas de distancia, y sus oficiales, que tenían el mayor cuidado de consignar los detalles luminosos que salían todas las noches de casa del profesor, tenían de sus actividades bien diferente opinión.

En Newcastle, un hombre con apariencia de rudo trabajador fué sorprendido intentando fotografiar cierta maquinaria nueva para construir cañones. En Chatham se perdieron importantes documentos secretos que no volvieron a encontrarse. Y así todo.

A fines de junio la tormenta que había estado formándose estalló. En Bosnia cayó muerto en la calle por la bala de un asesino el heredero de la corona de Austria. Fué el tiro que empezó la guerra.

Alemania envió interminables columnas a través de Bélgica para asestar a Francia los primeros martillazos. Inglaterra formó su ejército voluntario y puso en el mar la mayor flota del mundo. Por primera vez retumbaban los grandes cañones, que no habían de enmudecer ya en cuatro años.

Este era el momento que la Scotland Yard y las secciones del Servicio Secreto del Almirantazgo y del departamento de Guerra habían estado aguardando. Rápidamente la red que se había tendido en torno del sistema alemán de espionaje se cerró, y los seudoprofesores y compañía fueron internados tranquilamente en los campamentos. Sus mensajes a la patria seguían, no obstante; pero eran mensajes falsos, con información errónea, ideados y enviados por los agentes de la Inteligencia británica.

A raíz de la declaración de guerra, uno de los primeros hechos de la flota británica fué cortar la comunicación por cable de Alemania con el resto del mundo. Inmediatamente que se circularon las órdenes consiguientes a la entrada de Inglaterra en la contienda, los buques ingleses que había en todas las partes del mundo dieron el primer gran golpe al sueño de dominación mundial del kaiser.

El cable suramericano vía Portugal que tenía el enemigo, cayó pronto en nuestro poder, y lo mismo su importante línea norteamericana vía Azores. El golpe fué decisivo.

Al principio Alemania quedó completamente muda. No tenía cable por donde comunicar con el resto del mundo, y la presencia de la flota británica completaba su aislamiento. Las órdenes a los agentes del Servicio Secreto, la propaganda con los neutrales y las comunicaciones a los embajadores todo quedó suprimido.

Sólo había para Alemania dos medios de forzar la barrera del silencio en que se había encerrado:: las comunicaciones sin hilos y la comunicación a través de los países neutrales, que, en definitiva, habían de acabar pasando por cables ingleses o norteamericanos. En seguida que los ingleses dieron este golpe, el Ministerio de la Guerra francés recomendó que se tomaran las más urgentes medidas para imposibilitar al enemigo el uso de las comunicaciones inalámbricas. "Córtenseles los mensajes aéreos, y habrán caído en la más manifiesta inferioridad", aconsejó Joffre. Pero la Policía británica vió más allá. Comprendió que si la telegrafía sin hilos alemana quedaba a aquel país como recurso único, de ella tendría que hacer el mayor uso para sus mensajes. Si se lograba descifrar las claves caería en nuestras manos la más valiosa información.

Así la telegrafía sin hilos enemiga quedó libre de interrupción durante toda la guerra, y ello probó la discreción de la policía británica, porque sirvió para revelarnos preciosos secretos con que no hubieran podido hacerse los más capaces agentes del Servicio Secreto.

Tomada esta determinación de explotar en nuestro provecho las comunicaciones sin hilos enemigas se hizo necesario reunir un verdadero Estado Mayor de peritos que trabajasen en descifrar las claves.

Era obligado el secreto más absoluto, porque si los alemanes llegaban a sospechar la jugada no dejarían de aprovecharse de ella. Había que impedir a toda costa que llegara a su conocimiento que sus despachos redactados con clave podían ser leídos.

El director de Inteligencia Naval, almirante sir Henry Oliver, averiguó que su antecesor, sir Alfred Ewing, había reunido en su vida infinidad de claves. Para probar su competencia le remitió unos cuantos mensajes redactados con clave que había interceptado de Alemania. Del resultado de este paso dependían muchas posibilidades. Pocas horas después el almirante Oliver tenía sobre su mesa los mensajes descifrados exactamente.

Los leyó y, volviéndose a Ewing le interrogó: "¿Puede usted encargarse de formar un departamento que haga este trabajo?" Ewing asintió. Y de este modo, con gran rapidez, nació en el Almirantazgo una organización conocida con el nombre de "Room 40 O. B.", que vino a ser como el cerebro del sistema de Inteligencia y que constituyó el secreto mejor guardado de toda la guerra mundial.

Allí, de 1914 a 1918, un Estado Mayor de los más inteligentes criptógrafos trabajaba día y noche en descifrar las órdenes a la Marina y otras comunicaciones inalámbricas del enemigo captadas por una cadena de estaciones receptoras establecidas en toda la

CARRIEGUITO

Hermano del suave motivo
que amaste a los buenos y fuiste
quizás el más triste
de cuantos honraron
el númen nativo;
el alma del barrio te añora
desoladamente y adquiere
la unción de un letal miserere
la voz del pianito que llora
tu vals predilecto de otrora:
Cuando el amor muere...

...Tras de las persianas
a su paso asiste,
perlada de llanto la faz de azucena,
aquella muchacha que enfermó de pena
desde que te fuiste...
A punto que como si henchidos
de fuego
violasen sus nubes tiranas,
parece que miran los ojos del ciego,
¡quién sabe, Carriego,
qué seres queridos,
qué cosas lejanas!...

...Y el torvo arrabal que protejes
aún a distancia, despierta,
te nombra y se agita,
mientras se insinúa junto a cada puerta,
revestida de una palidez de muerta
la costurerita de *Misas Herejes*,
tu costurerita...

Miguel de ARZUBIAGA

costa Este y comunicadas luego al Almirantazgo.

Cuando el departamento estuvo plenamente desarrollado los despachos interceptados llegaron a la increíble cifra de dos mil diarios. Ni uno burló la pericia de los dedicados a la tarea de descifrarlos.

Dos veces al día los despachos descifrados en el "40 O. B.", colocados en una caja bien cerrada, iban por medio de un mensajero de toda confianza al Almirantazgo. Allí era yo quien abría la caja, cuyo contenido se examinaba y clasificaba bajo distintos epígrafes, tales *Movimiento de submarinos*, *Espías*, *Moral alemana*, etc.

Gracias al "40 O. B." Inglaterra tenía en su mano los complots alemanes que se urdían en los Estados Unidos, podía seguir paso a paso la maraña que se tejía en México, tuvo ocasión de avisar con tiempo a Norteamérica la conjura para volar las entradas del canal de Panamá y puso al departamento norteamericano de Servicio Secreto sobre la pista de una partida de espías que estuvieron trabajando sin que las autoridades sospecharan nada hasta que nosotros las pusimos al corriente de lo que sucedía.

Llevaba también Alemania intrigas en la India, en Marruecos, y hacía todos los esfuerzos para desencadenar dificultades y desórdenes en todos los sitios del globo. Todo lo contaba en mensajes que los peritos criptógrafos descifraban uno por uno.

Los zepelines, en sus incursiones sobre Londres y sobre la costa, hacían uso también de su aparato de telegrafía sin hilos, y no se quedaban ciertamente cortos al referir sus hazañas. También estos mensajes se recogían e iban a parar al "40 O. B.". Con frecuencia los comandantes de los zepelines caían en curiosas coincidencias. Por ejemplo: se descifró un mensaje en que se comunicaba escuetamente haber volado el Tower Bridge. Dos semanas después otro comandante se atribuía la misma gloria.

La telegrafía sin hilos nos reveló de este modo secretos enemigos estrechamente enlazados con los más terribles dramas de la guerra. Asombrosos, estupendos secretos que decidían la suerte de las naciones que enviaban cuerpos de ejército al ataque o eran causa de que grandes generales alternaran sus planes de batalla.

Por la "40 O. B.", llegaron las primeras noticias de los movimientos de la flota alemana que condujeron a las batallas de Jutlandia y Dogger Bank. Mucho antes de librarse la batalla de Jutlandia el almirante Jellicoe sabía con exactitud cuál era el plan de Alemania para destruir la flota inglesa. También supimos la secreta partida de sir Roger Casament para Irlanda en un submarino enemigo y la análoga tentativa de un soldado misterioso llamado Joseph Dowling, hecho prisionero camino de Mons.

Con la "40 O. B" hicimos la más importante captura de la guerra: la del mensaje de Zinnermann, que anunciaba el propósito alemán de emprender una guerra submarina ilimitada, lo que acabó por arrastrar a Norteamérica. Se captó, de la misma manera que todos, por medio de las estaciones receptoras de la costa oriental y se envió al Almirantazgo para ser descifrado, con otros mensajes. Los peritos, que no podían suponer que este despacho fuera de distinta naturaleza que los que rutinariamente descifraban cada día, aguardaron a que le llegara su turno.

Entonces empezó la traducción dramática de aquel mensaje, que había de cambiar el curso de la guerra. Al principio se encontraron algunas dificultades para aplicar la clave alemana. No podían descifrarse las primeras palabras; pero poco a poco los criptógrafos declararon una frase que los dejó espantados con su tremenda significación. Habían leído: "Nos proponemos empezar a primeros de febrero una guerra submarina sin límites..." Se envió inmediatamente lo descifrado al almirante Hall, quien, comprendiendo su máxima gravedad, acudió rápidamente a la "40 O. B." a esperar que se descifrase el mensaje por completo.

Pero los peritos no acababan de dar con el secreto de la clave. Tenían en la mano una de las importantes captaciones que hubiera hecho nunca la "40 O. B." y no podían leerlo. Aumentaba la tensión conforme iban pasando las horas, y los peritos continuaban trabajando para resolver el problema. Al fin, después de muy arduo trabajo, lograron descifrar las siguientes frases separadas::

"Zimmermann a Bernstoff para Eckhardt W. 158: Con el mayor secreto para la información personal de V. E y para ser pasado al ministro imperial... Méjico, con tel. núm. 1. .. por camino seguro. Nos proponemos empezar el primero de febrero una guerra submarina ilimitada. Al hacerlo así procuraremos, sin embargo, que América siga siendo neutral.. Si no fuera así..., proponemos... a... una alianza sobre las bases siguientes...; Conducta de guerra... Conclusión de paz... Por la presente V. E. informará secretamente al presidente... Guerra con los Estados Unidos... Japón, y al mismo tiempo negociaciones entre nosotros y el Japón... El presidente..., nuestros sumarinos... obligarán a Inglaterra a la paz en pocos meses. — *Zimmermann*".

¿Podía haber nada más desesperante que estos claros? Pero a la tercera tentativa la ciencia de los criptógrafos triunfó y el más grande secreto de Alemania quedó revelado. Como se verá, la errónea interpretación de la clave había llevado al principio a cometer numerosas equivocaciones.

El mensaje descifrado por completo decía así:

"Zimmermann a Bernsoff para Eckhardt W. 158. 16 de enero de 1917. Nos proponemos empezar el primero de febrero una guerra submarina ilimitada. A pesar de esto procuraremos que los Estados Unidos de América sigan siendo neutrales. En el caso de que no pudiéramos conseguir esta propondremos a Méjico una alianza sobre las bases siguientes: Hacer la guerra juntos. Generoso apoyo financiero y el reconocimiento por nuestra parte de que Méjico debe reconquistar los territorios perdidos en Texas, Nuevo Méjico y Arizona. El concertar los detalles queda a cargo de usted. Informará usted al presidente, que es el presidente Carranza de Méjico, de lo expresado con el mayor secreto tan pronto como sea cierta la guerra con los Estados Unidos, y le indicará que podría él por su propia iniciativa invitar al Japón a una adhesión inmediata y al msmo tiempo mediata entre el Japón y nosotros. Sírvase llamar al presidente la atención sobre el hecho de que el empleo despiadado de nuestros submarinos ofrece actualmente la perspectiva de obligar a Inglaterra a la paz en pocos meses. — *Zimmermann*".

Herr Zimmermann era el secretario alemán de Negocios Extranjeros; el conde Bernstorff, embajador en Wáshington. y von Eckhardt. ministro de Alemania en Méjico.

Tan pronto como el mensaje estuvo descifrado. el almirante Hall lo envió urgentemente a lord Balfour. El embajador norteamericano. Mr. Wálter Page. fué informado, y él inmediatamente envió el mensaje, con clave también, al presidente Wilson.

Al principio pensaron que todo era una invención. Wáshington no podía pensar que Alemania hubiese enviado por telegrafía sin hilos cosa tan grave y comprometidas.

En consecuencia, el Gobierno inglés tuvo que probar la autenticidad del mensaje.

Y la prueba concluyente llegó al descubrirse que el embajador alemán en Wáshington se servía, en efecto de la misma clave que había permitido a la "40 O. B." descifrar el mensaje.

Hugh Cleland Hoy, director de la Inteligencia Naval durante la guerra.

TU ERES...

Dulce violeta que vive oculta
bajo las hojas sin ver el sol,
tú eres el rayo de luz bendita
que en mí forjaste bella ilusión.

Tú eres el día que me despierta,
eres rocío, divina flor
que en mis jardines abriera un día
para consuelo de mi aflicción.

Tú eres el lirio que en mi sendero
se alza orgulloso junto a otra flor,
y eres la brisa pura y serena
que me acaricia con dulce son.

Tú eres el nardo, cáliz precioso,
prieto de aromas, suave color;
tú eres el ave que anida y canta
sobre el alero de mi balcón.

Tú no comprendes cómo te sueño,
como es de firme mi tierno amor,
duerme tranquila, no desconfíes,
que solo es tuyo mi corazón.

José D. D'IMPORZANO.

ETERNIDAD

Se amaban locamente y experimentaban la necesidad aguda de repetírselo a todas horas.

—¿Me quieres mucho?

—¡Con toda mi alma!

—¿Y me querrás siempre?

—¡Toda la vida!...

Ellos lo creían así, olvidando que el amor tiene alas y le confiaron ingenuamente sus esperanzas del mañana.

Un día, sin saber cómo, el pájaro azul de la ilusión se escapó de la jaula de sus corazones. La enamorada comenzó a reparar en los defectos de su compañero. Se fijó en ciertas irregularidades de su fisonomía, que antes pasaron inadvertidas para ella. Ahora encontraba feo y vulgar aquel rostro que en un tiempo le pareció la perfección suprema.

A él le ocurrió lo propio. ¿Donde tenía los ojos, que no se había fijado en que el talle, que él comparó a una palmera, engruesaba visiblemente?

Se miraron hoscos, echándose mútuamente la culpa de su desencanto. Brotó la primera frase dura y las demás se desgranaron como las cuentas de un collar que se rompe...

Se volvieron la espalda despectivos, sin decirse adiós y emprendieron rutas diversas, olvidando que en un tiempo más bello y más feliz, se juraron amarse eternamente...

Rosario SANSORES.

Conocimientos útiles

Fórmulas, procedimientos e indicaciones de provecho para el hogar

El papel de filtro se rompe muy fácilmente; para aumentar su resistencia, conviene tenerlo durante unos momentos en ácido nítrico, lavándolo después con varias aguas bien claras. El papel así preparado se contrae un poco y pierde algo de su peso; pero conserva inalterables sus condiciones de permeabilidad, y puede ser lavado y retorcido como si fuese una tela.

Un buen modo de limpiar los papeles claros de las habitaciones, cuando por efecto del tiempo empiezan a obscurecerse, es frotarlos circularmente con pan sentado, después de quitar el polvo que sobre ellos exista, con ayuda de un plumero. La operación debe comenzarse en la parte alta de las paredes para terminar junto al zócalo.

Para escribir sobre el cinc, en vez del cloruro de platino, que es caro, puede usurse una solución compuesta de partes iguales de clorato de potasa y vitriolo azul en 18 veces la cantidad de agua muy caliente, añadiendo a todo ello un poco de mucílago.

La superficie donde se vaya a escribir se limpia muy bien y luego se escribe con la anterior solución, a la cual se la deja obrar un momento, y en seguida se seca frotando con un trapo de lana embadurnado con jabón. El jabón, del cual debe tomarse tanto como abulta un guisante, se prepara del siguiente modo: 1 parte de jabón amarillo, 3 partes de cera del Japón y 21 partes de agua destilada, se hierven durante hora y media o dos horas para que se disuelvan perfectamente el jabón y la cera y quede una pasta homogénea.

Tinta blanca. — Se machaca finamente en un mármol óxido de cinc y se le incorpora un mucílago hecho con goma tragacanto. Se aclara la mixtura para que corra bien la pluma y se añade al líquido un poco de esencia de clavo para impedir que el moho ataque al mucílago. La botella que contiene esta tinta hay que sacudirla de vez en cuando para que se conserve en suspensión el colorante.

Los cañones de fusil se broncean calentándolos y frotándolos con una mezcla de aceite común y manteca de antimonio.

En seguida se les da cera y se dejan sin tocar durante algún tiempo, transcurrido el cual, el antimonio, descompuesto por el hierro, se deposita sobre los cañones en estado metálico.

El verdadero modo de usar el betún es cortar en pedacitos el que contiene la caja y echarlo en un tarro con un poco de leche templada para hacer una especie de crema espesa.

El betún preparado de este modo, evita que se resquebraje la piel del calzado.

Para limpiar el roble uno de los mejores procedimientos es frotarlo con cerveza caliente. De este modo se quitan el polvo y la grasa. Para sacar lustre se da cera mezclada con trementina y un poco de jabón blando.

Para que salga bien el brillo hay que frotar con fuerza.

Nueva composición multicopista. — Las masas que sirven habitualmente para la policopia son a base de gelatina, la cual tiene el inconveniente de provocar a veces la adherencia del papel sobre el cual se tiran las copias, y de formar el cliché en los países cálidos. El producto ideado por M. M. Sabaté y Opinel no ofrece estos inconvenientes. Se obtiene senticillamente amasando:

Piedra litográfica pulverizada	20 gms.
Kaolín finamente machacado	80 gms.
Glicerina	50 gms.
Agua	50 gms.

Conviene añadir unas gotas de timol para impedir la alteración eventual de la glicerina. El amasado se continúa hasta la perfecta homogeneidad de la pasta, la cual se pone en un molde cualquiera, pero preferentemente de tela metálica, para activar la desecación. Las placas obtenidas se emplean del mismo modo que las pastas de gelatina.

Tinta para escribir en papeles fotográficos de sales de plata. — La tinta ordinaria puede servir, pero no es inalterable. Se obtienen trazos sólidos a base de sulfuro de plata empleando una solución acuosa al 5 por ciento, proximamente, de monosulfuro de sodio. Es preciso escribir antes del baño en hiposulfito, cuando la emulsión contiene todavía sal de plata.

Para que no salte la pintura. — En los objetos de hierro y de madera pintados, se da con mucha frecuencia el caso de que salte la pintura en pequeñas escamas. Hay, sin embargo, un medio sencillísimo para evitar tal contratiempo, y consiste en dar a los objetos, antes de pintarlos una mano de aceite de linaza hirviendo.

Las positivas fotográficas en papel bromurado o cristal, pueden reforzarse muy bien empleando el procedimiento siguiente, aconsejado por M. Lemaire. Aquellas pruebas que estén débiles ya por falta de *pose*, o por revelado insuficiente, se sumergen en un baño compuesto de 100 gramos de agua, 5 de bromuro de potasio y dos de bicloruro de mercurio, hasta que la imagen desaparezca por completo. Lavada luego la prueba abundantemente, pues hay que procurar que no queden en ella restos de bicloruro, por lo cual no estará demás rematar el lavado dando al positivo tres o cuatro chapuzones en una solución de sal común al 15 por 100, se introduce la prueba en otro baño compuesto de 100 gramos de agua y 1 de sulfuro de sodio puro cristalizado. Diez minutos de permanencia en este baño, hacen que la imagen adquiera una tonalidad vigorosa, por efecto de la sulfuración. Las referidas operaciones se terminan lavando el positivo en agua corriente, a fin de eliminar el sulfuro.

El drama del "Elisabethville"

UN MISTERIO SUBMARINO

¿Qué fué de las piedras preciosas?

El drama del "Elisabethville", el heroico paquebote de la Compañía Belga del Congo, que no quiso tomar precaución ninguna durante la guerra submarina, y que sucumbió víctima de su temeridad, ha tenido ahora una extraña derivación.

Recuérdense las circunstancias en que el "Elisabethville" fué hundido, en septiembre de 1917. Hacía el viaje entre la colonia belga de Africa y la metrópoli, a donde llevaba productos brutos destinados a la manufactura, y, no pudiendo rendir viaje en Bélgica, tocaba en Inglaterra, con lo que se exponía constantemente a ser víctima de un torpedo. Los submarinos alemanes pululaban por fuera de Belle-Ile, y aun se decía que se aventuraban a menudo "por dentro", es decir, entre las dos costas. Todos los buques viajaban con escolta, obedeciendo las rigurosas órdenes. Todos menos el temerario "Elisabethville".

A primeros de septiembre de aquel año salió del Congo con **200** *pasajeros, sin contar la tripulación, y de carga* **200** *toneladas de caucho, diez de marfil, coco y, en el camarote del comandante, trece mil quilates de diamantes. La carga estaba asegurada en una suma global de cien mil libras esterlinas. Llegados a La Pallice, donde desembarcaron el coco, como en las costas había peligro, el almirante Levavasseur dispuso que le dieran escolta dos torpederos; pero el "Elisabethville", zarpando dos horas antes de lo previsto, escapó para seguir su tradición gallarda. Fué inútil que los torpederos salieran lo antes posible en su busca.*

A las doce y media, entre Houat y Belle-Isle, el observador da el gritos "¡Un submarino!" Manda el capitán lanzarse sobre el enemigo; pero un torpedo hace saltar las calderas del buque y siembra la muerte. Los que no perecieron en la explosión fueron salvados, en número de doscientos, por navíos que acudieron a la llamada del semáforo de Arzic.

De esto hace once años. Bajo las aguas dormía un tesoro, y se intentó varias veces organizar el rescate. Por fin, en mayo de este año, el "Tourbillon" emprendió los trabajos, en unión del "Archimede", y durante treinta días sondearon y dragaron inútilmente. Intervino entonces la Sociedad Italiana Sorima, con su buque "Artiglio", y el **28** *de junio uno de los buzos encontró los restos del buque. El* **1.o** *de julio se consiguió ya determinar donde estaba el camarote del capitán con el cofre, con el tesoro... El día* **13** *se volaron los restos del barco con una bomba, en medio de una gran emoción, motivada por la incertidumbre de si el cofre, cargado con doce kilos de piedras preciosas, no habría saltado hecho añicos también. Pero el martes* **31** *de julio se izó al "Artiglio" un cofre, ¡por fin!, hallado en el camarote del comandante. ¿Era el cofre de los diamantes? Se abrió, y no había en él más que* **181** *francos en billetes belgas y cuatro libras esterlinas.*

Las averiguaciones hechas con los oficiales del "Elisabethville", los aseguradores y los directores de la Compañía Belga del Congo no aclaran del todo el misterio. El segundo comandante del "Elisabethville", M. Lemans, actualmente en el Congo, y que mandó el paquebote de Londres a Banane y de Banane a La Pallice, declara que al salir de Londres quiso abrir el cofre del camarote que ocupaba interinamente, se confundió de iniciales y tuvo que renunciar. Asegura que ni de Londres al Congo ni del Congo a La Pallice se abrió el cofre. Pero en La Pallice el comandante titular, M. Dorcheur, que estaba allí de vacaciones hacía un mes, volvió a encargarse del buque. Puede ser que él abriese el cofre e hiciera llevar a él los diamantes. Solamente él podría decirlo, y ha muerto.

Sigue, pues, buscándose las piedras, con muy poca esperanza ya; y para cubrir los gastos de la busca se proyecta sacar las diez toneladas de marfil, que se encuentran en un lugar de fácil acceso.

PAPEL Y TINTA

"Poemas y Coloquios", por Arturo Marasso.

Acaba de ponerse en venta la segunda edición de "Poemas y Coloquios", libro de don Arturo Marasso que obtuvo el primer premio municipal en 1924. Los poemas que tanto éxito alcanzaron en su hora, aparecen aquí corregidos con un acertado y ejemplar criterio de revisión, y muestran cómo se afana siempre el altísimo poeta por encontrar la expresión más ceñida a su canto. Otra novedad que ofrece la obra que comentamos, es la inclusión de un nuevo poema, "Aulos y Glauco", magnífico coro de voces, impregnado de la reciedumbre y majestad del mar.

De él sacamos estos versos, sutilizados hasta el dolor:

"Anoche el mar oscuro en honda playa
se estremecía: en la tiniebla, roja
despuntaba la luna; en la roqueda
me envolvió la quietud, brillaba Sirio;
vi al despertar en la tiniebla el claro
temblar de luz, altísimo el menguante
rielaba en la onda en plateada estela.
Aulos, cuántos espíritus en noches
antiguas, ya vivieron ese instante
y en soledad, en lo futuro, cuántos,
sintiéndose divinos y fugaces,
contemplarán el astro en el menguante,
hasta que inmensa noche su faz vele".

La poesía de Arturo Marasso es recogida y depurada, y no para todos. Como ciertos templos antiguos, hay que entrar en ella con el espíritu preparado para la honda comprensión. Poesía de fervor místico, de exaltación panteista de la vida, de vuelo cósmico, siempre levantada, perdurable. Esto, y un gran corazón de poeta es lo que salta de las páginas de "Poemas y Coloquios" el ático libro de Arturo Marasso que acaba de aparecer.

X.

Dos obras de Guillermo Stock

"...Y soplaron otros vientos". —Puede decirse, que esta obra "no representable" — es a modo de la primera escena de sus páginas, un "jardín selvático" *Novela dramática*, la ha llamado su autor desde su primer volumen bajo el título de *"Hogares sombríos"*, que a nuestro juicio, es el que convenía más. La crítica que se ha pronunciado sobre esta obra, no es en verdad en su mayoría la crítica, "constructiva", la que analiza, estudia y coteja, controlando el valor nominal y positivo de una obra de arte. En general los críticos le han dicho al autor: "su obra es interesante, sin duda, pero no tiene el complemento de la acción dramática; — por eso ha hecho mal en llamarla "novela dramática", porque nosotros los críticos de arte literario, no admitimos en la forma de la novela otra que la narración; el diálogo, no lo concebimos como género literario, sino en el intercambio de ideas filisóficas o conceptos abstractos, por eso su obra nada sugiere, solo representa un gran esfuerzo. Ud. ha querido hacer una comedia sería en un desarrollo natural, de las relaciones entre los personajes, que ha concebido como temperamentos. Ud. ha querido imitar a la naturaleza, para hacer una obra original. Pero Ud. no ha hecho una "novela", ha hecho un "drama", o una "tragedia", exenta de rebuscamientos pero sin acción dramática, y de argumento no siempre muy claro. Sus diálogos obligan a una fatigosa atención que no es favorable para el lector, aunque su estilo es elegante, conciso y atrayente". Todo esto dijeron los críticos literarios a Guillermo Stock y seguramente. Stock pensaba con Oscar Wilde: "cuando los críticos difieren el autor está consigo mismo", pues en la historia de la vida inédita de esta obra hay opiniones contrarias y un jurado de concurso de novelas rechazó la obra por "no encuadrar en un concurso de novelas". No obstante, existe la novela dialogada, como género literario de excepción y Stock, ha querido darle esta forma a su obra dramática, de acción trágica.

La crítica se ha pronunciado unilateralmente sobre esta obra. Ha juzgado solo por la "forma". Pero nadie recuerda que la "forma" no es la "esencia" que las cosas muertas, son las formas abandonadas por la Vida. Entonces, es vano juzgar la vida de las formas o mejor dicho es erróneo juzgar a la Vida por la forma. Ningún crítico ha enfocado el verdadero juicio que requiere una obra del arte. El fondo de la misma. Es como si quisiéramos juzgar la belleza o la emoción de un cuadro, no consultando el fondo del paisaje, el matiz del color, la vida de las líneas, sino la madera de que está hecho el artístico marco dorado.

Quiere decir que se ha juzgado el libro de Stock, de una manera negativa: Ud., no ha hecho una novela; Ud. ha hecho un drama. No hay novela dialogada. Pero no le han dicho, prescindiendo de la forma de su obra, Ud. ha hecho un libro de emoción y de dolor, una obra de tristeza y de amor. Pues todo esto llena las páginas del drama o de la novela de Stock.

"El paraíso futuro". — Por la dedicatoria de este libro uno se imagina el profundo amor con que el autor lo ha publicado, el supremo interés con que lo ha escrito, bajo la advocación de "Kurkara".

Son versos. Versos sin retórica, llanos, sobrios, de corte clásico, y pensamiento profundo. A veces la armonía, que es la ley del verso, está ausentede de las censuras. El ritmo es al verso lo que a la luz al prisma. El verso de Stock, en este libro, no es el verso armonioso, el de la música oculta, el que tiene la atracción del misterio y materializa la visión invisible del poeta. Pero, en cambio, tiene la emoción de la verdad y de la sabiduría, el ritmo de la esperanza y un aire de la música de Wagner.

El autor vió en una "tarde azul de primavera, en Buenos Aires, a un hombre que llevaba un estandarte, marchando por la calle al son de una trompeta, anunciando al nuevo Paraíso". Y dice Stock:

Un nuevo Paraíso...!
Un paraíso cierto: no fingido...!
Un mundo de más bien y menos mal...!
Los hombres no lo ven y está en sus manos...!

Se percibe en el ritmo severo de esta estrofa la música interior oriunda de aquel abismo emocional de su temperamento "wagnerista" y no "wagneriano". En su prosa aticas abejas deslien entre sus rosales la miel de Hibla y del Himeto. Sus parábolas, tienen un sentido oculto, interior, dentro del sentido externo, de la "forma". Es exoterico y esoterico. El crítico que avance por entre las formas creadas o soñadas por este escritor artista, debe conocer la doble iniciación que lo ha llevado al sendero del espíritu y entonces podrá juzgar sin temor de equivocarse, su obra ambidextra del verso y de la prosa, que son las dos vías de manifestación del sentimiento, corazón y cerebro. Juzgándolo separado en estas dos formas de su arte, no se puede comprender a Stock. Así a veces hace prosa y es verso y viceversa. Pero hay que comprender que en todo, verso o prosa, hay lo que él ha querido manifestar: emoción de lo Bello, espiritualidad, altruismo. Eso es Stock.

William DAVENANT

"Mingaco" cuentos camperos chilenos, por Carlos Acuña.

No es fácil espigar en esta clase de literatura, donde el cuadro debe ser pincelada rápida, y el argumento alma del cuento debe rozar pero marcando hondas huellas. Acuña en este último libro como en "Capachito", su anterior, se revela maestro en esta clase de literatura; ha tenido acierto hasta ahora, debe felicitarse. Se revela enamorado de sus campos nativos Maulinos mitad montañeses y mitad marinos; sus campesinos fuertes de alma y cuerpo son materiales nobles, dúctiles a las manos hábiles de artífice que Acuña tiene, sin rebuscamientos didácticos, ni complicaciones de alma, Acuña siente y hace sentir la sensación de sus campos bellos de que está saturada su inspiración de poeta del paisaje.

"Mingaco" el primer cuento, sírvele de portada y sin ser el mejor, ya que "La muerte de Rosarito", 'Mariposa extraña" y "Cisnes Negros" entre otros del volumen, tienen más emotividad y más belleza plasmada, es para su autor, quien habla más fuerte a su inspiración, porque todo él, rezuma sencillez campera, y huele fuertemente a las flores apolíneas de esos, campos bellísimos de un colorido detonante: Lo que más agrada en estos cuentos de Acuña, no es el fondo simple, spicológico, ingenuo, sino la brillante tonalidad del colorido y sus matices, lo hábil que es la paleta para recojer en una pincelada rotunda, toda la grandiosidad del paisaje florido.

Acuña, ha tenido acierto huyendo del calco extranjero, y sus cuentos son otros tantos pedazos de alma y tierra chilena.

J. FERNANDEZ PESQUERO

Entretenimientos

CIENCIA RECREATIVA, JEROGLÍFICOS, CHARADAS, etc. PARA DISTRACCIÓN DE CHICOS Y GRANDES

N.o 47 — CHARADA

En New York, la colosal,
al salir yo de un "subway",
que pasa bajo un *total*
vi que *cuarta tres postrer*
se oscurecían de repente,
y alarmada la gente
el por qué quería saber.
Y oí que unas "misses",
de muy bonitas *dos as*
que salían de un "dancing-hall",
donde tocan mucho jazz,
decían algo de eclipces
y se referían al sol,
y eso fué lo que pasó:
Entre mi *cuarta* al revés
y el astro que está a mis pies
la Luna se atravesó.
Los *todo* en Chicago son
de altura descomunal,
pero en la ciudad del Hudson
son más altos los *total*.

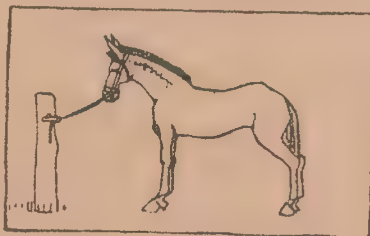
N.o 48 — JEROGLIFICO

AMOR
S A
PUNTA

N.o 49 — ADIVINANZA

Soy señora bien templada
soy unida al militar,
soy larga, seca y delgada,
pero es mi beso mortal
Yo vivo en cárcel de acero
—extraño y frío cuartel—
y allí tranquila me espero
mientras me llama el deber.
El hombre al verme tirita
cuando me mira desnuda,
tanto mi brillo le irrita
como mi frente filuda.

N.o 50 — JEROGLIFICO



N.o 51 — COMPRIMIDO

2 E E 2

N.o 52 — JEROGLIFICOS COMPRIMIDOS



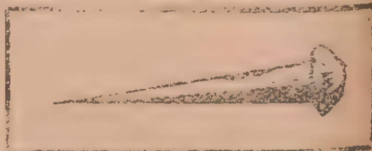
N.o 53 — CHARADA

La señora *prima cuarta*
que es mujer muy *tercia tercia*
tiene un conjunto de insectos
en una cajita nueva.
Le llevé un *todo* un día,
y alegre la pobre vieja
me obsequió como gran cosa
una *prima cuarta tercia.*
Es esto plaqué muy fino,
me dijo la anciana buena,
a mí me la dió en mi pueblo
el señor *prima tercera.*
La pagó *segunda tres*
el cura, siguió la vieja,
cuando el polvo de *tres cuarta*
de viento, nos dejó ciegas.

N.o 54 — COMPRIMIDO

M P P O O

N.o 55 — LOGOGRIFO JEROGLIFICO



2 6   4 3 5 1 7

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

N.o 34—Acólito.
„ 35—Estar sobre aviso.
„ 36—Secretario de estado.
„ 37—Quitin.
„ 38—Escorzo.
„ 39—Serapio.
„ 40—Locomóvil.
„ 41—Mujer que es pobre y es fea— y tiene poco de sabia — es lámpara sin aceite que no sirve para nada.
„ 42—Camarero.
„ 43—Embarcarse de arriba.
„ 44—Rematadores.
„ 45—No me tire con la tapa de la tinaja...
„ 46—Antonio Moreno - Greta Garbo

Mamíferos mongoles de la época de los reptiles

El descubrimiento de los huevos de dinosaurio en Mongolia fué un gran acontecimiento al que la ciencia prestó toda la atención que merecía, pero el hallazgo de sus cráneos fósiles de pequeños mamíferos, en las mismas capas de terreno donde estaban los huevos del monstruoso saurio, ha sido un acontecimiento de excepcional importancia.

Los dinosaurios de la época cretácea de Mongolia no harían caso alguno de aquellos tímidos y débiles mamíferos que correteaban bajo sus enormes corpachones.

Estos varios animales vivieron juntos miles de años, pero al terminar el período cretáceo, los gran des reptiles desaparecieron de Mongolia. Los poderosos se fueron quedando como herederos del terreno de los débiles mamíferos.

Muchos explican este acontecimiento diciendo que los pequeños mamíferos rompían los huevos de dinosaurio para comerse su contenido, y otros lo atribuyen a que los mamíferos estaban mejor equipados y acondicionados para recibir los grandes cambios de temperatura, es decir, que tenían mejores medios de transportarse de un lado a otro, más inteligencia y más asegurada su reproduccion. Sea como fuere, los cráneos de mamíferos cretáceos encontrados en Shabarakh Usu, en el desierto de Gobi, han resultado ser el verdadero eslabón que faltaba en la historia de la evolución de los mamíferos.

Como se puede suponer, los mamíferos superiores, aun en el mismo período cretáceo, se habían dividido ya en varias distintas especies. Por lo tanto, nada tiene de asombroso que en los cinco cráneos de mamíferos placentales encontrados en una localidad de Mongolia encontremos representantes de cuatro géneros y de dos familias distintas.

Las formas insectívoras recuerdan las de los insectívoros de Madagascar ; pero tanto los caracteres craneanos como la dentición, están menos definidos en aquéllos que en los de sus congéneres modernos.

Los miembros de la segunda familia son distintamente más carnívoros en la forma general del cráneo y de la dentición, y en ellos se encuentran combinados caracteres de marsupiales carnívoros-insectívoros con otros de primitivos creodontos o carnívoros placentarios de la época eocena de la América del Norte.

Los cráneos mongólicos recientemente hallados confirman que los remotos antepasados de los mamíferos placentales superiores eran insectívoro-carnívoros en sus costumbres, pues los dientes de los fósiles descubiertos presentan inequívoca semejanza con los insectívoros, aun en existencia.

Otra curiosidad de estos cráneos presenta el estudio de la evolución del famoso tipo de muelas el tritubercular.

Unos sabios dicen que los tipos más diversos de dientes entre los mamíferos placentales modernos pueden explicarse, remontándose gradualmente en líneas que convergen a un tipo central, la forma triangular con tres cúspides principales con el vértice del triángulo en el lado interno de lo molares superiores.

Otros sostienen que el triángulo en los molares de los mamíferos primitivos nacían de la fusión de tres cúspides que en un principio estaban en línea recta, de tal forma, que en los molares superiores la cúspide central mayor se cambiaba hacia el lado interno del diente.

Hay también otra opinión: la de los que sostienen que no ha habido tal cambio en la cúspide original en dirección opuesta en los premolares y molares, sino que la pequeña cúspide en el lado interno de los molares superiores no se desplazó, sino que fué una excrecencia interna en la base de la corona y que la cúspide primitiva permanecía en el centro o cerca del lado exterior del diente.

En cuanto a los molares inferiores, todos están de acuerdo en que, sea cual fuere el origen remoto de ellos, hubo un estado primitivo en que se componían de dos partes distintas: la frontal, con un triángulo de tres cúspides afiladas, y la parte trasera con una depresión o talón.

En los mamíferos modernos el talón es con frecuencia más ancho transversalmente que en la parte delantera o triángulo, y cuando esto ocurre, la gran cúspide en el lado exterior del talón del molar inferior encaja entre el lado inferior de dos cúspides bien separadas del molar superior.

El profesor W. K. Gregory predijo que los molares pretituberculares de los mamíferos placentales habían de tener el talón de los molares inferiores estrechos transversálmente, y las principales cúspides exteriores de los molares superiores, sin reparación.

Varios de los mamíferos mongólicos cretáceos permanecen en ese estado de evolución, lo que prueba la verdad de la profecía, mientras que otros han avanzado hacia otro tipo más perfecto.

Los cráneos de los mamíferos placentales encontrados en Mongolia nos explican el estado de evolución entre los conocidos mamíferos jurásicos y los eocenos.

Por esto esos cráneos pueden considerarse como el eslabón que faltaba para explicar la evolución de los mamíferos, incluyendo al hombre.

EL TEATRO DE LA VIDA

Los héroes

Los verdaderos héroes de la vida no sirven para el teatro, igual que los del teatro no resuelven nada en la vida. El silencio, la sobriedad, el valor sereno y el desinterés son las características fundamentales del héroe de la vida. Sabe a dónde va, los peligros que busca, el fin que le espera, En cambio, todo ello es ajeno al héroe del teatro, que es un producto de las circunstancias del momento.

Afortunadamente, no han desaparecido todavía los héroes de la vida, a despecho del egoísmo, y de la sensualidad reinantes, que parecería que tuviesen agobiados los sanos impulsos del espíritu. No son frecuentes, desde luego. Su misma sinceridad en su culto del valor, los mantiene alejados de toda publicidad y precisamente cuando empiezan a salir del anonimato para entrar en la atmósfera de la popularidad, ya empiezan a hacerse un poco teatrales.

Una de las últimas figuras que han aparecido en el escenario de la vida con las características de los héroes, es el aviador Mac Donald, perdido en aguas del Atlántico al intentar su travesía con un aparato insuficiente. Sabía él que su avión tenía la capacidad estrictamente indispensable para cubrir la distancia de costa a costa y sin embargo no trepidó en afrontar el peligro en el que jugaba la vida. Salió de las costas de Terranova y no pudo alcanzar su meta. El mar abrió para su aparato ineficaz y para su cuerpo de soldado de la vida, un paréntesis trágico.

Ha debido de morir serenamente, impertérrito ante la iminencia de la catástrofe. No habrá temblado su mano, ni en su mirada de águila se habrá reflejado ninguna visión de espanto. Terminado el firmamento para su aparato, habrá entrado con él en las aguas del mar como si siguiera volando, seguro y sonriente, camino de la victoria.

PINTO

LA LABOR DE LA COOPERATIVA

La cooperativa de actores que viene actuando con éxito en el Liceo, bajo la dirección de Pierina Dealessi, estrenó últimamente la pieza en un acto de E. Faggioni titulada "La señora del gobernador", en la que con un asunto sencillo pero eficaz se presentan varias escenas cómicas que logran divertir al respetable y complaciente público.

Corresponde esta pieza al grupo, bien nutrido por cierto, que forma el repertorio común de los teatros del género chico, con el que es necesario transigir porque constituye por el momento una de las formas teatrales predilectas del público.

La pieza fué muy favorablemente acogida, mereciendo muchos aplausos la labor destacada de Pierina Dealessi y de León Zárate.

Para la próxima renovación del cartel se anunciaba una producción de Carlos Alberto Silva titulada "Los parientes son peores".

En el próximo número le dedicaremos el comentario correspondiente.

TEATROS

CRIOLLOS EN EL MARCONI

No perdidos aún los ecos líricos de la compañía de opera italiana que actuó en el Marconi, cuando una troupe de cómicos nacionales se presentó en el teatro que otrora explotara el gran Miguelito durante tantos años y en donde dejara, para siempre, el tufillo de sus toscanos inolvidables...

Es un elenco en cooperativa, organizado y dirigido por Mario. Debuto reponiendo dos viejas producciones de la buena época de nuestro teatro: "Jettatore", de Laferrère, y "Marcos Severi", de Payró, las cuales, como todas las obras buenas de verdad, volvieron a ser aplaudidas. En la interpretación de la primera se destacó el veterano Julio Scarzella, precisamente uno de los cómicos que intervinieron en la época de su estreno. Scarzella, hizo el personaje de Don Lucas, con la misma eficacia de hace 20 años o poco menos...

La concurrencia saludó también con aplausos a "Marcos Severi", pieza por cierto muy interesante.

Este conjunto, si obtiene el favor constante del público, se propone en su temporada repasar las mejores obras nacionales.

EN EL IDEAL...

...donde la Pagano prosigue su donadada lucha por atraer mayor cantidad de público, se viene repitiendo "Más fuerte que los fuertes", de la Sra. Israel y Fernández Barbieri, título que ojalá resultara eficaz por su "fortaleza"...

Hoy 30, se cambiará el "fuerte" cartel para estrenar "Mujeres dignas", original de Juan C. Ferreira, en función en honor y beneficio de la actriz Blanca Alonso de los Ríos, simpática figura del elenco.

UNA SANTA EN EL ATENEO

La compañía Tudola-Latorre dió cabida en su cartel a "La Santa Fulvia", farsa en dos actos y un intermedio de Enrique Gustavino, autor nacional. A ella nos referiremos en otra edición, no sin adelantar que se trata de una pieza de vanguardia y que fué bien recibida por el público de la noche del estreno, recibiendo su autor muchos aplausos.

COMPLACIENDO

De puro complacientes y declinando toda responsabilidad, publicamos a continuación el texto íntegro de unos versos cuya inserción se nos ruega. No solemos acceder a esta clase de gestiones, pero el requirente nos ha sorprendido en uno de esos momentos en que el cronista fatigado es capaz de emocionarse con un final de acto de Tabanillo y ahí va sin quitar ni poner una estrofa.

AL GRAN ACTOR MUIÑO

Sin que la rueda se oponga
ni me achique en la revancha,
ábranme, señores cancha,
que aquí traigo una milonga.

Háganme el bien de meterla
aunque haya muchas, cuñao,
que al collar más apretao
siempre le cabe otra perla.

Es el gran Muiño, a mi ver,
cuando trabaja o recita,
grato al criollo como cita
de amor al anochecer.

Y aquí doy fin al rodeo
de mi inspiración confusa,
porque es más pobre mi musa
que nido de venteveo.

Pero antes de terminar
y como criollo sincero,
venga esa mano, aparcero,
que se la quiero estrechar.

Ernesto M. DALMAN

LAS POCHADES

En la Comedia parece que la intentona va resultando. Al menos, si se juzga por la gente que acude a ver las pochades y vaudevilles que allí se representan, la temporada está encarrilada, definitivamente. El estreno de "Un tipo de poca suerte", pochade traducida por Escobar, fué aplaudido y parece de largo cartel.

PARRAVICINI

Don Florencio, el "rajah" de la risa porteña, ha encontrado con su "harém", mejor dicho, con el que le ha proporcionado el señor Hicken, un éxito que amenaza ser sempiterno. Es casi seguro que si se hubiese estrenado al principio de temporada, habría ido todo el año, como "Melgarejo", el crack de 1923...

LA ZARZUELA

"El pobre Valbuena" y "Pepe Gallardo", puestas en escena en el Avenida, han sido dos éxitos de público.

Las bonitas piezas atrajeron a la sala a cuantos gustan del género que otrora fuera el disloque del público y que hoy, por desventura, tan poco interés despierta, estragado como está el gusto del público por la invasión del batacián y otras manifestaciones inferiores del teatro.

MUIÑO ESTRENO

La afirmación llamará en cierto modo la atención, ya que en el Buenos Aires mantuvieron durante varias semanas el mismo cartel. "Compadrón y guitarrero", título que no es, precisamente, un dechado de buen gusto, ha sido la novedad. Se trata de un sainete de Alberto Godel, del que haremos un comentario en otra edición.

DE EXTRAMUROS

No bastan los teatros centrales, aún cuando algunos elencos se vieron en la necesidad de levar anclas y tomar rumbo a provincias. En los suburbios de la capital funcionan con bastante éxito algunos cuadros. De entre ellos, los del Boedo y Verano, son los que parecen estar en mejores condiciones para capear los primeros rigores de la canícula, ya en puerta. Estas salas se ven bastante pobladas todas las noches.

BENEFICIO

La excelente compañía de opereta italiana que ha tenido uno de los -xitos más brillantes de la temporada, celebró el jueves último el beneficio de una de sus primeras figuras, el actor cómico C. Fronzi, con la opereta "La casa de las tres niñas", que tuvo una ajustada interpretación.

EN EL NACIONAL

Creemos que para estas fechas se habrá producido ya (¡por fin!) el estreno de la pieza de José A. Saldías "Pigall's" que se viene anunciando desde la época terciaria.

RUGGERQ

En el Smart ha debido producirse el estreno de "El infierno de Dante" de Rafael M. Cabrera.

GENERO PICARESCO

Una nueva revista ha ocupado últimamente en el Cómico la atención de los pescadores de estrenos. Se trata de "Las horas del vicio" revista picaresca que tuvo mucho éxito. Se ve que lo no apto para señoritas es sumamente atractivo para caballeros.

"EL AVION ROJO"

La empresa Ernemann Film ha hecho estrenar en el cine Hindú la película que lleva el título del epígrafe y que se refiere a las hazañas de aviación del famoso as alemán, capitán Richtofen, quien como se recordará durante la guerra derribó 81 aeroplanos enemigos, sin ser nunca alcanzado por los proyectiles. Dicho militar sucumbió en forma misteriosa, pues se le encontró muerto en su cabina sin presentar heridas. Se supone que sufrió un síncope cardíaco. Todo esto lo reproduce la película "El avión rojo", de fabricación germánica y que al ser conocida entre nosotros ha logrado interesar vivamente al público, descontándose que obtendrá el mismo suceso de "El submarino U. 9", de la misma empresa.

GRAND SPLENDID

La agradable estación porque atravesamos contribuye en parte para que las familias de la aristocracia que son habitúes de esta sala, concurran con mayor frecuencia a las funciones. Notables películas se exhibirán en esta semana, descontándose los llenos desde ahora.

CAPITOL

Este bonito salón ofrece diariamente bellas producciones de las mejores marcas, atrayendo por este motivo numeroso público selecto. Un cartel de todo punto interesante se brindará en esta semana.

En el cine de Max Gluckmann situado en la Avenida de Mayo, las funciones se caracterizan por la abundancia de público, siendo de advertir que el fenómeno queda explicado por la excelencia de las cintas que se pasan en vermouth y en las veladas.

PARC

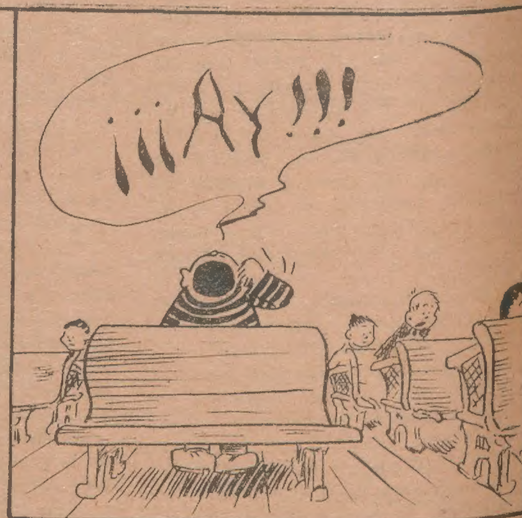
La catedral del cine en Palermo, como la llaman los habitúes atraen como siempre numerosas familias aficionadas al espectáculo cinematográfico. La empresa procura ofrecer las novedades que más gustaron en las salas centrales.

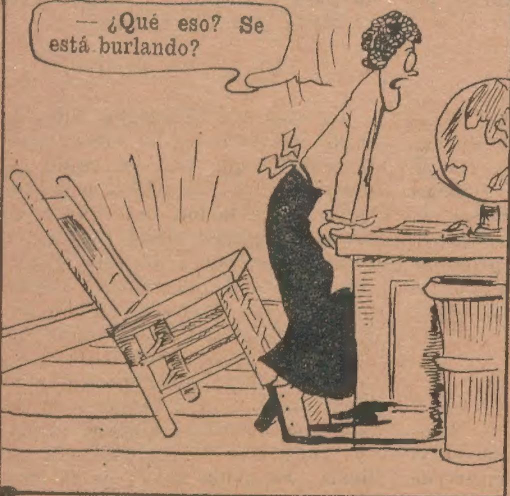
PAGINA INFANTIL

AVENTURAS DE PIPIRI













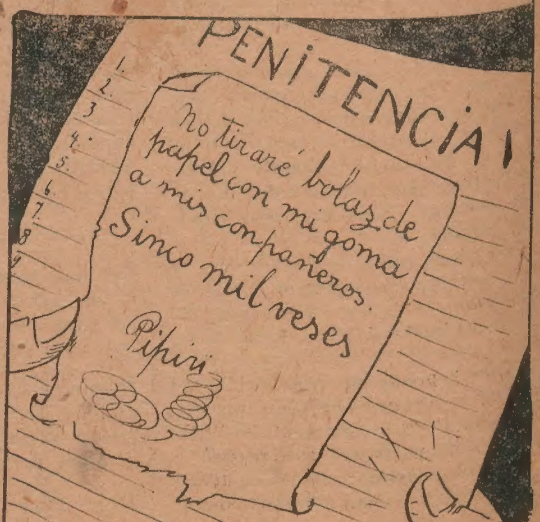




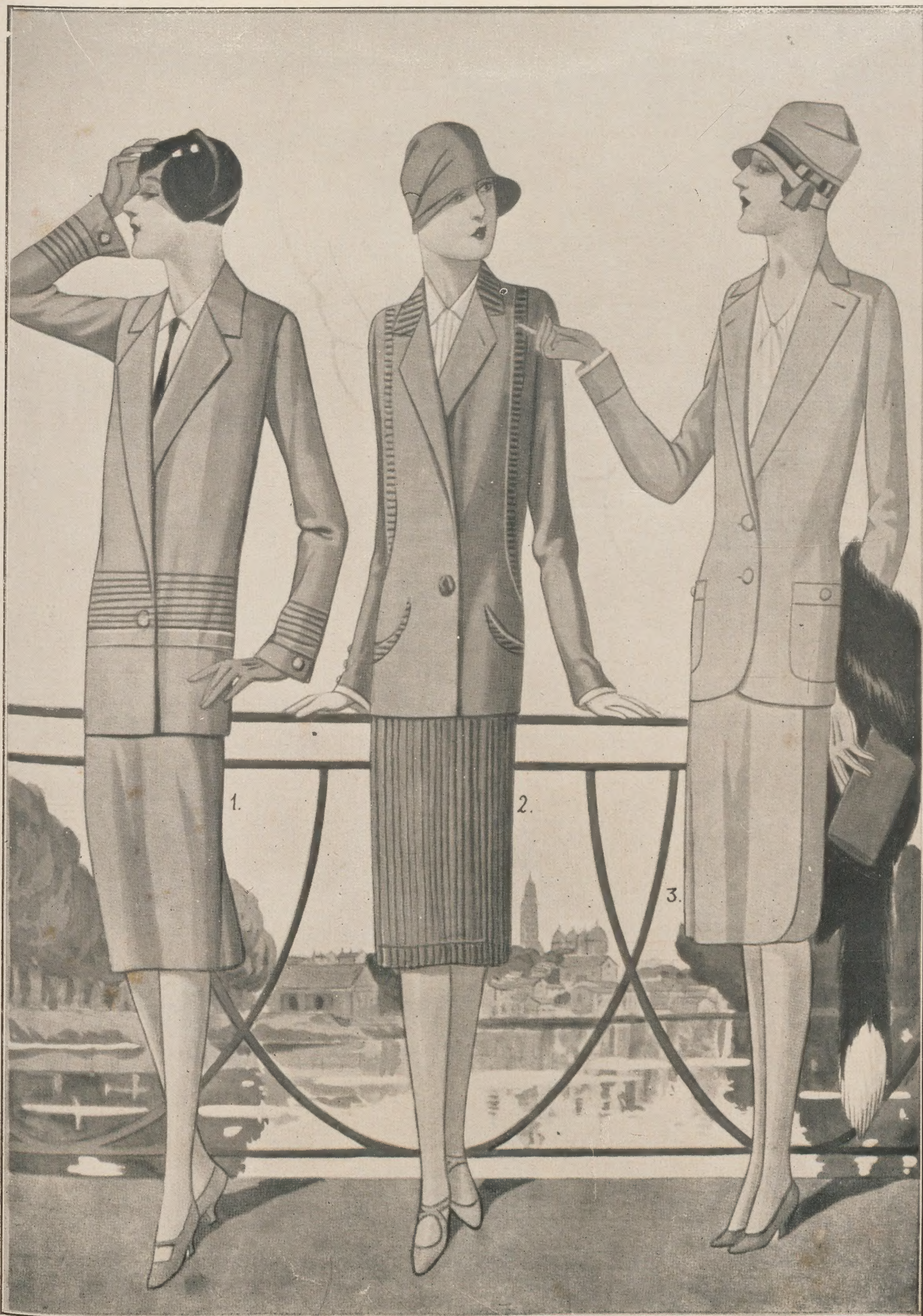








Ultimas creaciones de la moda femenina



SASTRES SENCILLOS. — 1. Traje de "freska" color beige guarnecido con pespuntes metal oro, con blusa camisero de crespón de China, color marfil, adornado con pespuntes. — 2. "Trotteur" de lana tono rosa antiguo con falda y aplicaciones en la chaqueta de lana rayada en los tonos verde pálido y rosa antiguo. — 3. Correcto traje confeccionado con "reps" de lana color verde crudo.

Qué serviremos con el te?

—se preguntan a veces las señoras

La respuesta es fácil cuando se tiene a mano una caja de galletitas *Surtido Selección Bagley.*

En este delicioso conjunto Vd. encontrará galletitas secas tan finas y ricas como Matinée, Sandwich, Petit-Beurre, Mitre, Familia, Adelina, etc., los bocados livianos más adecuados para servir con el te, licores o vinos generosos.

En el *Surtido Selección Bagley* están las galletitas que todos prefieren.

DULCES y MERMELADAS BAGLEY

Garantizamos la esmerada elaboración de estos dulces con fruta de la última cosecha y azúcar de primera calidad.





GALLETITAS BAGLEY

SURTIDO SELECCION

A. García y Cía., Perú 1746